



VOCES COTIDIANAS

Rosa María Valles Ruiz
Coordinadora

EL RETO DE VIVIR



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Humberto Veras Godoy

Rector

Gerardo Sosa Castelán

Secretario General

Margarita Irene Calleja y Quevedo

Coordinadora de la División de Extensión

Adolfo Pontigo Loyola

Director del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

Alexandro Vizuet Ballesteros

Director de Ediciones y Publicaciones

Portada: Gonzalo Ambrocio Zavala

Este libro fue financiado con fondos del Programa Integral de Fortalecimiento Institucional (PIFI) 2009.

Primera edición: 2010

© UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO
Abasolo 600, Centro, Pachuca, Hidalgo, México, CP 42000.
Correo electrónico: editor@uaeh.edu.mx
Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra
sin el consentimiento escrito de la UAEH.

ISBN: 978-607-482-076-8

VOCES COTIDIANAS: EL RETO DE VIVIR

Rosa María Valles Ruiz
Coordinadora

Agradecimientos

A la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, por valorar el esfuerzo que realizan en las aulas profesores y alumnos de la carrera de Ciencias de la Comunicación.

Al maestro Adolfo Pontigo Loyola, director del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (ICSHu), por el reconocimiento al trabajo académico y de investigación que se lleva a cabo en el Instituto.

Al Mtro. Mauricio Ortiz Roche, jefe del Área Académica de Ciencias de la Comunicación, por su calidad humana y respeto al trabajo de alumnos y profesores.

Al Mtro. Enrique Rivas Paniagua, por revisar este texto y pulirlo con su talento e inteligencia.

A mis alumnos del Sistema de Universidad Abierta de la UNAM y de la Universidad de Hidalgo, quienes respondieron positivamente a este proyecto y participaron en él.

Prólogo

Mayté Noriega

Voces Cotidianas: El Reto de Vivir es una compilación de relatos cortos que desvelan algunos misterios de la vida de seres que pueblan las ciudades. No son historias de una ciudad en particular, son relatos que pueden ubicarse en cientos de ciudades de este y otros países. El denominador común de todas las historias es la entrevista, el intercambio de información con personajes de la vida cotidiana de cualquier lugar. Y cada una de estas entrevistas nos revela pasajes de vida de seres con las más variadas profesiones y actividades, algunas de ellas comunes, otras sorprendentes, vanguardistas, en peligro de extinción, desconocidas y una que otra, francamente sórdida.

Los entrevistados no son famosos, ni se pretendía que lo fuera. Son simples mortales que se ganan la vida haciendo lo que les gusta o lo que pueden, y esa es una de las realidades que se pone al descubierto en este ejercicio. La gente trabaja en lo que puede o en lo que la dejan, aunque tenga una carrera profesional que debería permitirle el desarrollo en ese ámbito.

Cada relato es una revelación, una historia de vida, el descubrimiento de una realidad distinta y verdades que muchos se empeñan en ocultar y otros nos negamos a ver.

El ejercicio que lleva a cabo Rosa María Valles como coordinadora de este libro resulta encomiable porque viene a demostrar que no son la fama del entrevistado o la del entrevistador lo que resulta atractivo en una entrevista sino la forma en que se prepara, la agudeza con la que se pregunta y la forma en la que se redacta.

En *Voces Cotidianas*, ni los entrevistados ni los que entrevistan son personajes conocidos, sin embargo, las historias que surgen de las entrevistas resultan atractivas y despiertan el interés del lector que descubre nuevos seres y nuevos mundos y motivaciones de los personajes y formas de pensar y de actuar distintas y a veces sorprendentes.

Hombres y mujeres de diversas edades que se ganan la vida o la muerte haciendo las cosas más disímboles. Mujeres en actividades otrora exclusivas para

los hombres, hombres derrotados por la droga o el placer fácil, hombres y mujeres esforzados, diligentes, responsables, comprometidos, trabajadores, holgazanes, corruptos, insensibles o indolentes. Hay tantos calificativos para definir a los seres motivo de cada entrevista, hay tanta variedad, tantos mundos al descubierto, tanta sinrazón, tanta injusticia y tantas verdades que salen a la luz gracias a una buena técnica para entrevistar y a un buen dominio de la escritura para plasmar, de diferentes formas, el resultado de cada entrevista que, reitero, se convierte en un breve relato.

La lectura de esta compilación de relatos mueve a la reflexión sobre la indiferencia con la que vivimos frente a otras realidades y otros seres que pasan cotidianamente ante nuestros ojos sin que nos inquieten sus vidas y cómo interactúan con la nuestra o quien reparte los privilegios en el mundo y en qué se basa para hacerlo.

Son muchos elementos los que están en juego en Voces Cotidianas. El afán de una profesora, Rosa María Valles, por convencer a sus alumnos de participar en un proyecto que requería de un importante esfuerzo; la capacidad para enseñarles a preparar, hacer y redactar una entrevista, amén de buscar al personaje idóneo para ello dentro de las especificaciones del proyecto; el seguimiento del trabajo de cada uno de los alumnos participantes, la concreción del proyecto y el convencimiento de aquellos que tenían que colaborar para que éste viera la luz.

Nadie puede negar el esfuerzo de los jóvenes escritores en este trabajo y más allá del esfuerzo, el resultado que se aprecia en cada uno de los relatos. No obstante, detrás de todo está el entusiasmo de Rosa María Valles, su compromiso consigo misma y con sus alumnos y el deseo de hacer una publicación en la que quede plasmada la realidad de un país en un tiempo determinado y con las voces de aquellos que con su trabajo mantienen vivo nuestro entorno.

En Voces Cotidianas: el Reto de Vivir, se reúnen 39 entrevistas. 39 relatos de hombres y mujeres que desnudan sus almas o simplemente narran pasajes de su vida a un grupo de jóvenes que quiere saber quienes son, a qué se dedican y en ocasiones, por qué se dedican a ello. No hay un relato igual a otro, la forma de redactar cada entrevista difiere de un escritor a otro. A veces son unos cuantos datos los que se revelan, a veces unas cuantas frases las que describen y en todos los casos una forma narrativa que enlaza todo para contar una historia.

En Voces Cotidianas quedan demostrados: la importancia de la entrevista como género periodístico y método de investigación y el trabajo acucioso de 21 estudiantes que creyeron en un proyecto, resultado de un espléndido trabajo de enseñanza y motivación.

Voces Cotidianas es un documento de valor periodístico que sale a la luz para generar el interés de aquellos que creen que hay verdades en nuestro entorno que vale la pena descubrir.

Introducción

Ellas son las reinas. Ataviadas de luto o con atuendos domingueros. Las observamos en días lluviosos, soleadas primaveras o inviernos nostálgicos. Nos presentan casi siempre a los famosos o a aquellos que sin serlo, por azares del destino logran un éxito notable o acceden a sitios no imaginados.

Ellas —las entrevistas— los abrazan a ellos, felices de ser el medio capaz de presentarlos ante el gran público: lectores de periódicos o revistas, radioescuchas, televidentes, internautas.

La entrevista es un género de prismas multicolores que otorga al periodismo un alcance espectacular. Pero no es sólo eso: es también una técnica de investigación que permite conocer otros mundos, otras realidades, alejadas del glamour o de la fama. Permite acercarse también al conocimiento de experiencias traumáticas, a la incesante lucha de los seres humanos por sobrevivir en diversos ámbitos. A través de la conversación con personas de diversos ámbitos laborales, nos acercamos también a la comprensión de nuestra propia sociedad, a la forma como ellos y ellas responden a la batalla cotidiana por vivir, muchas veces sin armas eficaces; otras, con imaginación y audacia.

Estas reflexiones fueron hechas en las aulas, con alumnos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales del Sistema de Universidad Abierta de la UNAM y con pasantes de la licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH), instituciones donde laboro. (En la UNAM, como profesora de asignatura desde hace 17 años; en la UAEH, como profesora-investigadora de tiempo completo desde hace casi 5 años).

Los estudiantes y yo coincidimos en que, a través del género de la entrevista, podríamos presentar, como ya lo han hecho otros entrevistadores a *otros* cuya actividad no fuera precisamente famosa pero no por eso menos atractiva e interesante ya que podría mostrarse un mosaico de oficios y quehaceres de nuestro tiempo, un prisma que mostrara, a la vez, un trazo de la sociedad de nuestro tiempo. Por ejemplo: los oficios de quienes sabían que dentro de poco ya no existiría la actividad a la cual se dedicaban y sin embargo la seguían realizando por diversas razones. O los nuevos oficios y profesiones de la primera década del siglo XXI como el de las jóvenes conocidas como “escort” o “escora” que venden compañía, no sexo. Mario Ortiz Murillo entrevistó a una de ellas, quien resaltó que

la suya es una actividad nueva y *totalmente normal*. Otra de las actividades novedosas en el nuevo milenio es la de “maniquí humano”. Pablo Turvein Molina localizó a una de esas jóvenes bellas y esculturales que, literalmente, trabajan de estatuas.

Así se integró este texto. Se buscó a personajes de la vida cotidiana que desempeñaran un trabajo considerado “del siglo pasado” o aquellos que, como vanguardistas, realizaran labores diferentes, de las cuales no se tenía noticia hasta hace algunos años. O trabajos que aunque usuales pocas mujeres los realizan como Pamela Reveles, quien conduce un microbús y nos enseña el argot del oficio: *planchar* es quitar tiempo, *plasta* o *enconcha*, cuando un conductor con el objetivo de conseguir pasaje, maneja con lentitud. Y otros términos casi desconocidos como *cacharpo* (quien ayuda a cobrar el precio del pasaje) y la *cacharpita*, o sea las monedas chiquitar, de diez o 20 centavos.

Dulce María Alamilla platicó con un médico forense, el doctor Juan Soriano, quien dio a conocer que para hacer una autopsia, se usan martillos y cinceles especiales.

Mezclamos en este texto voces cotidianas, voces diferentes, voces urbanas y también rurales, voces que aprendieron a sobrevivir en la calle, voces que asumieron el reto de vivir. Advertimos que la mayoría tenía poca escolaridad. Sólo algunos, contadísimos, habían cursado la preparatoria o algunos semestres de una licenciatura. También registramos el caso de quienes, aunque estudiaron una carrera, la falta de empleo los obligó a ocuparse en otra tarea como Pamela Reveles, quien es conductora de microbús de la ruta 86 en el Distrito Federal, pese a haber estudiado ingeniería bioquímica industrial, en el Instituto Politécnico Nacional.

O el caso de María Isabel, quien cursó una licenciatura en Antropología por la UNAM y se gana la vida como “vagonera” en el Metro de la ciudad de México con todas las vicisitudes que ello implica como pagar “cuotas” al jefe de vagoneros e incluso al jefe de vigilancia.

Otros, como Gustavo Graf quien estudió algunos semestres de la licenciatura en Comunicación y se dedica a la fotografía de forma profesional. Graf reconoce la importancia de su trabajo en su conversación con Ma. Haydée Rivera Gómez. Sin embargo, externa:

La fotografía es muy ingrata. Hay mucha gente que se dedica a esto y son pocos los lugares que valen la pena como para trabajar aquí en México. Ser *free lance* es casi imposible, si para que te contraten y te paguen está canijo, sin contrato y que te paguen, pues más.¹

Así atisbamos rasgos, fragmentos de las historias de vida de 39 personas que trabajan en la calle, en oficinas burocráticas, en gasolineras, en el metro, o encarcelados como Ernesto Flores Castañeda, *El Neto*, calificado por Carlos Augusto de León Mejía como “uno de los jóvenes más violentos del penal Neza-Bordo”² sentenciado por el delito de robo y allanamiento de morada. *El Neto* se aficionó a las drogas a grado tal que estuvo a punto de ser violado al intentar obtener *un pase*. Su lenguaje es descarnado, directo, doloroso:

Un día que, para variar, estaba necesitado de una piedra, un cábula me dijo que sí me daba un pase pero que me dejara violar...yo lo pensé un rato, pero después lo mandé a chingar a su madre; hay cosas que no se comercian y yo, aunque no lo parezca todavía tengo algo de dignidad.³

José Manuel Romero, por su parte, habló con Óscar, de oficio embalsamador, quien comentó que trabajar con cadáveres no fue su primer acercamiento con la muerte ya que antes participaba como voluntario en la Cruz Roja, a pesar de tener fobia desde niño por el algodón. De cualquier modo, Óscar no dejó de temer a los muertos, “sobre todo al agarrarlos de la cabeza porque temía que *se fueran a levantar*”.⁴

Encontramos también a los personajes que son inmortalizados por el trabajo especializado de modeladores y escultores del Museo de Cera de la Ciudad de México. Dulce María Alamilla conversó con dos profesionales: Pedro Pérez, y Assivadan. Ellos le platicaron que las esculturas de un personaje pueden ser de espuma o de fibra de vidrio. En el caso de la cantante Thalía, la hicieron de fibra de vidrio.

Encontramos ejemplos de problemáticas añejas y actuales a la vez, como las de los indocumentados que emigran a Estados Unidos, como el *Pepe*, entrevistado por Estepanhye Reyes, quien atravesó montañas, cruzó ríos, se agotó

¹ Ma. Haydeé Rivera Gómez. “La fotografía es muy ingrata: Gustavo Graf”. Entrevista con Gustavo Graf.

² Carlos Augusto de León Mejía. “Uno de tantos”. Entrevista con Ernesto Flores Castañeda.

³ *Ibidem*.

⁴ José Manuel Romero. “Embelleciendo a la muerte”. Entrevista con Óscar.

hasta ingresar hasta territorio estadounidense y observar las tumbas de muchos que fallecieron por allá. “Él está muerto aquí y sus familiares no saben” pensó y enseguida reflexionó atemorizado: “¿Me pasará lo mismo?”

Andrés, entrevistado por Carlos Augusto de León, se rebela contra la situación económica y manifiesta así su ira e indignación:

Antes de que me vuelva un ladrón, un secuestrador o lo que es peor un político, he tomado una decisión importante, la misma que han tomado millones de personas que se han encontrado en mi situación: ¡me voy del país para no volver!⁵

En la gran urbe hay de todo. Como *El Zorro*, un *padrote* con quien conversa largamente Israel García Trejo, o Isis, prostituta de Tlalpan, a quien Arturo Sánchez Jiménez describe así:

Vestía pantalones negros ajustados estrechamente a sus muslos. El torso lo llevaba a medio tapar con un corsé rojo, satinado y apretado, que le dejaba descubierta la morena piel de hombros, espalda y brazos, y le oprimía los enormes senos. Su cabello era largo, rizado y castaño. Para adornarse, llevaba extensiones de color rubio platino, también largas y rizadas.⁶

O *El Muerto*, a quien Carlos Augusto de León percibe como un hombre que apenas llega a los cuarenta años de edad y parece un hombre avejentado, por “la violencia y la búsqueda del placer rápido”⁷ con las cuales ha vivido.

O Jaime Pérez *El Jul* quien fue criado por sus abuelos “porque sentía que estorbaba a su madre” aunque la visitaba a menudo y reflexionaba: El alcohol estaba presente en las reuniones de mi mamá y de mi papá Jaime, por eso hasta me da risa que me digan: “no sabemos, de donde aprendiste eso...”⁸ *El Jul* llega a niveles extremos de alcoholismo y drogadicción aunque también vive el amor con Silvia y declara a Luz María Hernández: “Me entusiasmé con la vida otra vez”.⁹

Hugo Enrique Cruz platicó con un sobreviviente de los sismos de 1985 en la ciudad de México, quien afirmó no encontrar “una razón verdadera” para haber “desperdiciado” su vida. “Seguido he dicho que no estudié porque tenía que trabajar, o porque no había lana, pero esos son puros *pinches* pretextos, no estudié porque me dio *hueva*,

⁵ Carlos Augusto de León Mejía. “Réquiem por un hombre sólo”. Entrevista con Andrés Flores.

⁶ Arturo Sánchez Jiménez. “Todos se enamoran de Isis”. Entrevista con Isis.

⁷ Carlos Augusto de León Mejía. “Un muerto caminando”. Entrevista con Guadalupe Hernández.

⁸ Luz María Hernández Carballo. “*El jul*: una semilla olvidada”. Entrevista con Jaime Pérez.

⁹ *Ibidem*.

Me quedé con la idea de que se podía vivir con el mínimo esfuerzo, que siempre había alguien a quien le sobraba justo lo que a uno le hacía falta, me gustó eso, vivir con el mínimo esfuerzo, y al principio era sólo eso, esperar a que llegara Don Joaquín, el ropavejero y esculcarle su carrito, encontrar alguna que otra cosa útil y agarrar, así ni dolía que se descompusieran las cosas, todo lo que teníamos era desechable, todo podía echarse a perder en cualquier momento, lo único seguro era que después habría otro, barato y feo, pero seguro habría, la mala vida era mi vida, y no me afectaba ni tantito.¹⁰

O Edgar, gerente de la tienda “Sex Capital”, con quien conversó Ana Nery Anaya Monroy sobre los clientes que acuden a una tienda ubicada en el Centro Histórico que ofrece juguetes sexuales diversos. O la historia de María del Carmen, quien, escribe José Manuel Romero, utiliza, en ocasiones, “una mascada o pañuelo para cubrir su precaria cabellera, resultado de las quimioterapias [...]” y quien siguiendo el consejo de una hermana, logró que un señor se hiciera pasar como su esposo para que ella pudiera ser atendida con un seguro médico para los trabajadores del estado de Puebla.¹¹

Estephanye Reyes rescata la historia de Claudia, quien a los cinco años de edad sufrió un accidente que le cambió la vida. Sin embargo, estudia, lucha, trabaja y posee una sensibilidad artística que la ha llevado a tocar, entre otros, la tambora, instrumento similar al arpa, pero hecha de una calabaza y un tallo de rosál, ambos gigantes.¹²

Leticia Reyes Allende, de 36 años de edad, de los cuales ha trabajado 16 como capturista, externó a Ricardo Luna su deseo de terminar una carrera y no ser “una simple capturista”¹³: estudia la preparatoria abierta y anhela llegar a la universidad. Ricardo también entrevista a Matilde Romero Valentín, una *mil usos* de la ciudad de México, que la hecho de todo: lavadora de coches, jardinera, lustradora de zapatos “y hasta se da un tiempo para ir a tocar la puerta en puerta, en las casas ubicadas en la colonia Lomas de Chapultepec, para alquilarse por dos horas y 50 pesos , para hacerles la limpieza a las señoras”.¹⁴

¹⁰ Hugo Enrique Cruz Tapia. Entrevista con un sobreviviente de los sismos de 1985 en la Ciudad de México.

¹¹ José Manuel Romero. “Incansable lucha por la vida”. Entrevista con María del Carmen.

¹² Estephanye Reyes Aguinaga. “... y al final del túnel, llegó la luz”. Entrevista con Claudia.

¹³ Ricardo Luna Barrales. “La vida en un clic”. Entrevista con Leticia Reyes Allende.

¹⁴ Ricardo Luna Barrales. “Una mil usos en la ciudad”. Entrevista con Matilde Romero Valentín.

Aunque no *mil usos*, Elsa se dedica a despachar gasolina, actividad inusual para una mujer, hasta hace unas décadas. Elsa confía a Pablo Turvein que su familia califica su trabajo como “muy denigrante, muy humillante” y, lamenta: “mis hijas se avergüenzan de mí”.¹⁵

Un personaje singular es Jesús Esparza López, de oficio barrendero, del grupo de los 3 mil 400 que limpian la ciudad por las noches. Para Jesús:

La barrida es tranquila, lo malo son los *pinches* coches que luego nos avientan la carrocería; el otro día un camión se nos aventó y por poco se lleva al *Juancho*. Nomás le alcanzamos a *mentar la madre*. Y otro día un señor con una camionetota nos dijo hartas groserías nomás porque cerramos un carril de la Avenida Observatorio y no lo dejábamos pasar –¡Pinches muertos de hambre lame huevos del Peje! Alcancé a escuchar que nos gritó. También le mentamos su madre. Al cabo que ni nos conocen.¹⁶

También en la calle pero instalada en un modesto puesto, Christian Cedillo Castañeda encontró a María Espinoza, voceadora de corazón, quien le aseguró que será vendedora de diarios, “hasta que muera”.¹⁷ Además, muy a tono con su oficio, María declaró ser fiel lectora de *El Universal*.

Considero que es el mejor periódico que existe, y para poder terminarlo, empiezo a leerlo temprano para después poder vender el periódico que leí y a mí me salga gratis la hojeadita.¹⁸

Christian Cedillo Labastida habló con un vendedor de dulces, quien, supersticioso, afirmó que no cuenta los dulces que lleva en su canasta porque “una vez que lo conté no vendí, por eso nunca lo cuento. Nada más llevo, lo echo y ya, sale para vender, pero nunca lo cuento”¹⁹

La ciudad está pletórica de personajes de la cotidianeidad aunque también en el sector rural, en los pequeños poblados de México, existen seres humanos de tal singularidad que llegan a formar parte muy importante de la comunidad como las curanderas y las parteras empíricas. Chantal Johani Vargas Cerón entrevistó a Ma. de Jesús Méndez, de San Miguel la Higa, municipio de Mineral de la Reforma, Hgo., mujer de 75 años de edad, quien en secreto, casi al oído, le dijo:

¹⁵ Pablo Turvein Molina. “Mis hijas se avergüenzan de mí”. Entrevista con Elsa.

¹⁶ Ricardo Luna Barrales. “Barrendero”. Entrevista con Jesús Esparza López

¹⁷ Christian Cedillo Labastida “Voceadora hasta que me muera”. Entrevista con María Espinoza

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ Christian Cedillo Labastida. “Dulces mexicanos”. Entrevista con Juan X.

La gente del pueblo confía en mí, a veces me da miedo no encontrar el mal, porque me ha sucedido y es entonces cuando me encomiendo a Dios y él me da el camino para encontrarlo²⁰

Azul Kikey Castelli Olvera habló con Lorenzo, un minero de su tierra, Hidalgo. Su entrevistado le habló de su pasión por la mina y cuando Azul le preguntó porqué no entraban mujeres a la mina contestó:

Era tabú, era tabú, no entraban mujeres, porque [...]dicen que la mina se ponía celosa si bajaban las mujeres, ¡cómo iban a ir con sus hombres de la mina, no, eso no lo permitía la mina!²¹

Técnica de investigación social por excelencia, reinas de los géneros periodísticos, las entrevistas aquí presentadas muestran, en apretada selección, un panorama de voces cotidianas, y confirma la capacidad y el talento de los jóvenes que se preparan en las aulas universitarias.

²⁰ Chantal Johani Vargas Cerón. “Cuando no encuentro el mal, me encomiendo a Dios...”. Entrevista con Ma. de Jesús Méndez.

²¹ Azul Kikey Castelli Olvera. “Metal de buena ley”. Entrevista con Lorenzo Vargas.

“Sex Capital”

Ana Nery Anaya Monroy

“Sex Capital”, La Capital Mundial del Sexo, son las letras que se leen en la calle 16 de septiembre, esquina con el Eje Central Lázaro Cárdenas; en la fachada de lo que fue el cine Olimpia, donde se proyectaban películas clasificación XXX. El letrero es rojo y las letras amarillas.

Son muy pocos los locales ocupados en la planta baja de la plaza, en ellos venden celulares, consumibles para computadoras, artículos de belleza y bisutería, los que siguen vacíos, están tapados con grandes mantas de fondo azul y rojo con espermatozoides en tercera dimensión que apuntan, no sé si intencionalmente, hacia las escaleras que llevan a los siguientes pisos.

Al inicio de las escaleras eléctricas se encuentra un tipo grande y gordo, vestido de negro, con un *walkie talkie*, está parado obstruyendo el paso hacia las escaleras que suben; cuando me ve, hace un gesto dubitativo y se quita de mi camino, por un instante pienso que me pedirá mi credencial de elector; después, decepcionada, me doy cuenta que no, me abre el paso, me sonrío y dice ¡adelante!

Empiezo el recorrido por el primer piso de las tiendas observando los variados contenidos de una misma temática: el sexo. Librerías, lencería y zapatos para damas, disfraces para hombre y mujer, juguetes eróticos, condones, lubricantes. Incluso en la zona de comidas, idéntica a la de todas las plazas comerciales, ubicada en el segundo piso, los lugares llevan nombres sugerentes como “Sexy Burger” o “Placer Oral”.

Decido entrar a una tienda llamada “Erótica”, la más grande de todas, está pintada con franjas de dos tonos de rosa, me parece conocido, pero no es así, lo que sucede es que es una sucursal de una cadena bastante grande a nivel internacional, veo a los empleados portar un uniforme que ya he visto antes, deambulando por las calles del centro.

En el lugar se encuentran dos mujeres y un hombre, los tres portan el uniforme, una pareja de clientes y dos hombre solos, cada uno por su cuenta, me acerco a uno de los aparadores que exhiben los lubricantes y le pregunto a la chica cuál es la diferencia entre uno y otro, muy amable me dice: éste es de silicón, lo puedes usar

en albercas y regaderas y no se cae; éste es térmico, al contacto con los genitales se calienta, este es hipoalergénico, es de agua y éste es normal, -yo le pregunto ¿tienes de sabor? Y me dice, “sí, están ahí, son éstos, en presentación de sobrecito”.

Me llevaré éste, le señalo y me dirijo con ella a la caja, ahí conozco a Edgar, le pregunto que si acepta tarjetas de crédito, afirma diciendo: “¡claro amiga!”

Es un chavo de 28 años, aunque a mi parecer es más joven, quizá por su apariencia o su facha; su ajustada playera negra; con la silueta de un busto de mujer pintada en rosa, al parecer evoca a una punk; su peinado a la Beeckam que en los últimos cinco años ha estado de moda; todo su cabello levantado apuntando al cielo y juntándose en el centro de su cabeza, como una mohicana o más parecido a un remolino justo en el centro y en el tope de su figura.

Es atento, sonrío a cada momento como lo hacen todos los que trabajan en tiendas, el tono de su voz es muy suave y deja salir un leve acento norteco, me pregunta “¿sólo esto amiga?, y afirmo, sí.

Entonces se dirige a la chica que me atendió, mientras teclea en su computadora los códigos del lubricante que compré; todos sus movimientos son delicados, mueve mucho las manos de arriba abajo mientras habla con una compañera “¿La visteee?, le dije: vienes a trabajar oyeee... pero llegó y así se encueró!! El tono de su voz es muy agudo y cuando termina una frase la última letra es alargada y acentuada al final; sus movimientos y el tema de su charla con su compañera, me dan de inmediato la idea de que es gay.

La chica que me atendió se va a recibir a una pareja que va llegando y al encontrarme a solas con él, pregunto:

- ¿Tú eres el encargado, el gerente?

Se había volteado para pasar mi tarjeta por la terminal, pero al escuchar mi pregunta, sorprendido volteó y con gesto de sorpresa, me dijo, “siii, ¿por qué?”

Su tez morena pareció por un momento palidecer, pero sólo por un instante, sus pequeños lentes rectangulares de armazón negro, dejaron ver sus ojos engrandecidos, así que sonreí tratando de mostrar la misma amabilidad con la que él me había atendido en un principio y tratando de que me tomara un poco de confianza, le pedí la entrevista. Argumentó que había escuchado que no permitían hacer entrevistas en el lugar, pero ¿Para qué? ¿Qué revista?”

Al parecer intentaba que fuera yo la entrevistada, así que le contesté con la idea de que él me contestara a mí. Le di una breve explicación del proyecto y pareció que le gustó la idea.

¿Me vas a grabar? No me gusta mi voz grabada

En estos escasos cinco minutos de interacción con Edgar, su delgado cuerpo de 1.60 aproximado de estatura, se levantó de su banco unas cuatro veces y se volvió a sentar; me entregó el baucher y lo firmé, me devolvió mi tarjeta, mi ticket, mi comprobante y mi bolsa negra con mi compra; los guardé y enseguida saqué de mi bolso la grabadora, la pluma y la libreta.

Entonces me volvió a cuestionar “¿me vas a grabar? ¡Ash! “Es que no me gusta como se oye mi voz grabada””

-A nadie le gusta, eso te lo aseguro, por alguna razón lo que escuchamos en una grabación no tiene nada que ver con la idea que nosotros mismos tenemos de nuestra voz, no te apures que sólo yo la escucharé. Además, argumenté, de otro modo, nos tardaríamos mucho tiempo. Accedió.

Al preguntarle su datos generales me dijo su edad y sus apellidos: Roa Cervantes. Parece más joven de lo que es; y una vez que se ha relajado un poco, observo los gestos de su cara, son muy varoniles, sus facciones lo son, tiene la barba partida y al parecer debe rasurarse todos los días pues aparentemente le crece muy cerrada la barba.

Cuando le pregunté sobre su grado de estudios, respondió: licenciado en Administración de Empresas “¡con títuloo en manooo y todo!”; descubro que estaba quizá un poco prejuiciada o simplemente no tenía la idea del tipo de gente que trabaja en este lugar.

Edgar acaba de llegar a la Ciudad de México, después de trabajar dos años y medio en la tienda “Erótica” de Torreón, le ofrecieron la gerencia de “Sex Capital”. Llegó por dos semanas y ya tiene más de dos años trabajando en la empresa, a la que confiesa quiere mucho.

Su visión, a no tan largo plazo, es tener su propia cadena de Sex Shops “Quitando, ¡claro!, el color rosa, porque me alucino!!!”

Conforme se desarrolla la entrevista me doy cuenta que además de extrovertido, es un chavo entusiasta, mejor dicho muy decidido y orgulloso de sí mismo; todo parece indicar que le ha ido muy bien en la empresa, además se autoelogia al decir que él hace de todo. “Pues obviamente como yo soy el gerente, debo saber más de

todo, desde atender a los clientes, hasta capacitar a los nuevos empleados, además de todo el control administrativo de la sucursal”.

Me cuenta que la capacitación es muy completa, pues toman cursos de superación y motivación, además de algunas cursos para aprender acerca del tipo de productos que manejan. “¿Estás de acuerdo que no vendemos pan?, entonces debes saber tener tacto con los clientes y con el tiempo, él ya tiene bastante experiencia”, dice que cree que conoce a la gente y ha aprendido a distinguir cuando un cliente necesita su ayuda, o cuando no quiere ni que se le acerquen.

Al tocar el punto de los clientes, me acuerdo que debo pedirle que haga una clasificación de los mismos, pero la pregunta parece ofenderlo: “no, mira, nosotros tomamos un curso para aprender a no prejuiciar a los clientes, nosotros estamos para darles un servicio y no podemos ni clasificarlos, ni prejuzgarlos”. Afirmo que ellos están ahí para atender, como los anfitriones de una casa y que todos se sientan a gusto y en confianza, no para vender, sólo para atender. Aquí surge mi duda ¿Trabajan por comisión? No, es sueldo fijo. ¿Cuál es el servicio que das? “Principalmente resuelvo las dudas de la gente en cuanto a toda la gama de productos: si son comestibles, si son compatibles con el látex; las necesidades de la gente varían de acuerdo a los productos, los tamaños, las formas y las texturas; la funcionalidad, si son manuales, si vibran, si pulsan, si usan pilas, etc.

Asegura es muy importante conocer al cien por ciento los miles de productos que manejan, pues confiesa, en una ocasión vendió un lubricante normal por uno anal, “¿te imaginas?, pues no es lo mismo, el cliente casi me mata, me cuelga, me vino a reclamar, no, no, no.” Se ríe un poco mientras se inclina hacia atrás y se recarga en el respaldo de su banco.

Al hacerle ver que lo considero un chavo extrovertido, me dice que es un requisito para el trabajo, ser abiertos y muy buenos para las relaciones públicas. Éste no es un trabajo para todos, advierte. Dice que entre la gente que acude a la tienda se puede hablar de un 60 por ciento hombres y 40 por ciento mujeres, lo más vendido son los lubricantes, los condones y los juguetes. Por lo general, los hombres van solos mientras las mujeres siempre con su pareja o con amigas, — ¡ahora entiendo esas miradas durante toda mi estancia ahí!—

Su vanidad aparece cuando le digo que le tomaré una foto, me dice que no está arreglado para la ocasión, con sus dos manos agarra su cabello de la parte superior de la cabeza y hace un movimiento hacia arriba, entrelazando los dedos de sus

manos como si quisiera unir su melena en una sola fila, “aquí que se vean los juguetes”, dijo.

Todos se enamoran de Isis

Arturo Sánchez Jiménez

“Para ti y los clientes soy Isis. Tengo 38 años. No se me notan pero los tengo. También tengo tres hijos, uno de doce años, una de 17 y otra de 19. Sólo la mayor sabe que soy prostituta. Se enteró el año pasado. No te creas, se enojó conmigo y se desilusionó. No se imaginaba que su mamá... pero yo le expliqué el motivo. Le dije que a veces la necesidad te orilla a hacer cosas que no deseas. Que ha sido muy difícil para mí dedicarme a esto, pues vender tu cuerpo es todo un sacrificio. Bueno, eso al principio, porque aquí *entre nos*, luego llega el momento en que dices: ¡Ay, ya me gustó!”

—En serio, sí me gusta mi trabajo. No te creas, luego consigo clientes de mucha... personalidad. De veras, luego hay unos que se cotizan y se aplican. No todos quieren sexo. Unos sólo quieren platicar, otros me dicen: ¿Quieres un masaje? y yo acepto el masajito.

—Eso sí, todos mis clientes se enamoran de mí. Pero yo no me enamoro de ninguno. Me invitan al cine o a cenar, pero no acepto. Nunca acepto. Ya los conozco: me quieren enamorar para que yo les deje de cobrar. Pero no caigo. Ya no. Te digo que el papá de mi hija se fue y luego tuve otra pareja, el papá de mis otros dos hijos también se fue. Nunca, ni yo ni sus hijos hemos vuelto a saber de ellos. Por eso ya no caigo y vivo sola, sin pareja: todos los hombres son iguales”.

—A mí se me acercan hombres de todo tipo: jovencitos de 17, 18 años, de 24, 30, casados, solteros, gordos, feos, guapos, viejitos. Con los chiquitos no me voy, pues me recuerdan a mi hijo y yo no quisiera que si él se acercara a una mujer así, ella aceptara irse con él. ¿Por qué? Pues porque sería feo ¿no? Los viejitos sólo se la pasan acariciándome y diciéndome: estás muy bonita, pero ya ni *se les para*. De los otros, unos hacen cosas medio raras: se visten de mujer, se maquillan, me cuentan de sus esposas... Eso sí, hagan lo que hagan, yo les cobro por adelantado. No vaya a ser que luego se les olvide pagar.

Vamos al hotel

Conocimos a Isis literalmente en la esquina. Dimos con ella en Tlalpan, entre las estaciones del metro Xola y Villa de Cortés. Eran las dos de la tarde de un caluroso viernes y ella estaba parada en el filo de la acera sonriéndoles a todos los conductores que al pasar frente a ella disminuían la velocidad. Vestía pantalones negros ajustados estrechamente a sus muslos. El torso lo llevaba a medio tapar con un corsé rojo,

satinado y apretado, que le dejaba descubierta la morena piel de hombros, espalda y brazos, y le oprimía los enormes senos. Su cabello era largo, rizado y castaño. Para adornarse, llevaba extensiones de color rubio platino, también largas y rizadas.

El rostro de Isis es redondo, de mejillas regordetas, frente amplia, nariz fina y cejas tan depiladas, que son sólo una insinuación. Ese día se pintó los párpados con una sombra plateada y brillante que enmarcaba sus ojos, esos ojos azul pupilente que me miraron cuando me armé de valor y me acerqué a ella.

—Hola, dije algo intimidado.

—Hola, respondió, no estirando la mano ni inclinando ligeramente la cabeza, sino poniendo por delante, como tarjeta de presentación, sus desbordantes pechos, sonriéndome e invitándome a que me acercara.

—Te tengo una propuesta un tanto extraña, dije yo, creyendo que una invitación a ser entrevistada no es habitual para una prostituta.

—¿Ah sí?, dijo poniendo cara de *ya llegó el fetichista*.

—Sí, es algo que quizá no te hayan pedido antes, expliqué.

—A ver, explícame de qué se trata, solicitó.

—Tal vez no te guste lo que te voy a pedir, pero estoy dispuesto a compensarte por el tiempo que me dediques, me apresuré a afirmar, pues veía que su expresión se hacía un tanto recelosa. Le expliqué muy serio que deseaba conversar con ella, y ella ya no hizo comentario alguno sino que se limitó a soltar una carcajada. Luego negociamos y accedió a concederme media hora de plática a cambio de 300 pesos.

Le aseguré que su comodidad era importante para mí, y que por ello la dejaba escoger el sitio donde realizaríamos la entrevista. No dudó un instante y me dijo: vamos al hotel. Yo me negué y le comenté que no iba solo, pues una amiga mía nos acompañaría. Isis comprendió y caminamos con ella unas cuadras, hasta llegar a una fonda. Al sentarnos en una de las mesas nos dijo: La dueña no se molesta si vengo, pero mejor hablemos en voz baja ¿sí?

Edecán de un restaurant de lujo

— Empecé en esto de la prostitución a los 24 años. ¡Uy, ya son muchos años de carrera artística! Antes yo era secretaria. A eso me dedicaba. Vivía en Veracruz, con mi familia. Tenía mi chamba y mi pareja, pero cuando me embaracé, él se fue y no volvió. Mi niña nació y yo no podía darle todo lo que necesitaba con el sueldo que ganaba. Un día una amiga me dijo: “Estás muy bonita, deberías animarte a ir a bailar conmigo y verías que ahí ganas dinero y sales de apuros”. Pasaron unos días y me

volvió a decir: ¿Qué? ¡Te animas? Yo le dije que ni siquiera tenía ropa apropiada y ella se ofreció a prestarme la suya. ¡Ándale, vámonos! me dijo. Y total, nos fuimos”.

—Yo creía que eso de la bailada era nomás bailada y que ahí paraba la cosa. Me imaginaba una cantante dando el espectáculo y a nosotras haciéndole la coreografía. Y cuando llegué, pues qué sorpresa, porque ni había cantante ni había nada, puros señores echándose sus copas y bailarinas encuerándose.

—Esa primera vez que trabajé de esto, lloré mucho. Sentí feo y pensé que ése era el precio del fracaso, pues tuve una hija y mi pareja me dejó. Así empecé.

Isis ahora prefiere hacer calle, “porque las cosas aquí son más tranquilas que en el *table*. “No hay música, ni hay que usar las zapatillas todas incómodas, ni están todos con la *fumadera*, ni está lleno de borrachos, ni tienes el estrés de bailar con las luces toda la noche y, además, cuando quiero me tomo el día y me voy a mi casa. En esos ratos de descanso me gusta leer libros de superación personal. Los de Cuauhtémoc Sánchez me agradan. Pero te digo, en aquel tiempo puro *table*, pues vi que ganaba bien y me quedé. Yo podía comprarle cositas a mi hija y a mí. Ya podía pagar lo que quería y vivir más relajada”.

—Pero *hacer calle* es más tranquilo. Hace unos diez años allá en el *table*, me tocó un loco. Ha sido la única vez, gracias a Dios. Sacó la pistola y me obligó a hacer lo que quiso. Me espanté y le obedecí. ¿Qué otra me quedaba? Afortunadamente, no me ha vuelto a pasar una cosa así.

—Ahora, te digo, me voy ahí donde me encontraron. Ahí trabajo. No es gratis pero es seguro. ¿Ya ves que no nos molestan las patrullas ni nada? Es porque nosotras pagamos derecho de piso. Les pagamos una cuota a unas personas que son como nuestros representantes. No son *padrotes*. Eso es aparte. Yo no tengo padrote, ésa es la ventaja. *Pérame* un momento dice mientras saca un celular. Oye, mi amor, ahí dejé el número de Jordi, me lo traes cuando vengas. Sí. Un besote, bye. ¿Qué? Yo también te amo, bye. ¿Qué? Sí, mi amor, no te preocupes. Te mando un beso. Te amo, bye —cuelga—. Perdón. Era mi hijo. El lunes es su cumpleaños. Tiene doce años. Luego me pregunta en qué trabajo y yo le digo que soy edecán de un restaurant de lujo. Cuando viene y ve a esas señoritas, me dice: ¿Así eres tú, mamita? Sí, le digo, igualita a ellas”.

¿Qué más quieren saber?

Isis tiene un aroma que es mitad aliento a tequila y mitad perfume de suavizante para ropa. Cuando habla sonrío y se acaricia los cabellos. Dice que no se dedica de tiempo completo a la prostitución, pues tiene otro trabajo: es maestra de aerobics y da clases todas las mañanas y todas las noches a las ocho. Siente que su trabajo es bueno, pues le ha permitido volverse independiente y no necesitar de los hombres para ganar dinero y sacar adelante a sus hijos.

—Así estoy mejor: sola. Vivo con una amiga nada más. Mis hijos y mi familia están en Veracruz. Ellos no saben a qué me dedico. Creo que empiezan a sospechar por cómo me expreso, por cómo me comporto, por cómo me visto... Pero no saben todavía y no les voy a decir. Además, pienso quitarme de esto en unos meses. En un año cuando mucho. Tengo esa idea desde hace tiempo, pero no me he animado. A veces han salido oportunidades de trabajo de otro tipo. Me dicen: vente con nosotros de secretaria. Y alguna que otra vez me he ido, pero siempre regreso, porque aquí saco más dinero. Cuando me va bien, tengo cuatro o cinco clientes al día; cuando me va mal, sólo uno. La tarifa es 400 pesos media hora, así que hagan cuentas. Pero díganme, ¿qué más quieren saber?”

—Oye, ¿en qué piensas cuando estás con tus clientes?

—“Mmmhh... que qué rico...”

“Conmigo es con condón o nada”

—Tengo unos clientes que me buscan mucho, que vuelven conmigo. Eso me demuestra que hago bien mi trabajo. Si no, no regresarían. Hay unos que vienen seguido durante una temporada; a otros los conozco desde hace años y otros sólo me contratan una vez y ya no los vuelvo a ver.

—Eso sí, a todos los hago ponerse su condón, por más dinero que me ofrezcan y por más que me supliquen, conmigo es con condón o nada, porque me cuido. ¿Oye, qué te crees? así como me ves, todavía me quiero. Cada semana nos toca a todas el examen en la clínica y ahí vemos como andamos de salud.

—Y a todos les doy lo que me pagan. Si me pagan media hora, su media hora les doy. Si me pagan una hora, su hora completita les toca. Y a ustedes les prometí media hora y ya se acabó, así que me voy, pues me tienen checada. Pero ya saben, ahí en Tlalpan tienen una amiga. Y la próxima vez que me busquen para un trabajo... ¡no les cobro!

Metal de buena ley

Azul Kikey Castelli Olvera

Una sola llamada y la cita quedó concertada: viernes a las 10 de la mañana, la cruz de piedra en el Real del Monte, el lugar del encuentro: Llegué con anticipación, no conozco bien el pueblo y temí perderme.

Un hombre mayor, alto y moreno eran los únicos datos que tenía de don Lorenzo Vargas, el minero que iba a entrevistar; vi pasar a varios individuos mayores pero ninguno se detuvo, pensé que no iba a reconocer a mi entrevistado, pero a las diez de la mañana en punto, un señor moreno, alto, de lentes se acercaba al lugar donde yo estaba sentada, inmediatamente tuve un presentimiento, tenía que ser él. Efectivamente, se acercó saludando; me había reconocido.

Caminamos hasta su casa, me invitó a pasar a la cocina. El lugar tiene una vista hermosa pues hay tres ventanales, desde donde uno de ellos se observa la mina “La Rica”, por el otro, la mina “Dolores” y en el tercero se puede contemplar todo el pueblo de Real del Monte. Antes de iniciar la entrevista don Lorenzo se apresuró a preparar café y a ofrecer una rosca, desayunamos juntos y se inició la entrevista:

¿Cuántos años trabajó en la mina?

“Veinte años” fue la respuesta inmediata, después de pasar tantos años en un trabajo, pensé que la pregunta obligada sería:

¿Extraña la mina?

“Sí, muchísimo, todos decíamos que nada más íbamos a trabajar unos meses y nos quedamos ahí hasta 50 años”. No hubo ningún titubeo, ninguna duda, la añoranza se traslucía en sus palabras, en su mirada amable, y en su sonrisa franca.

¿Por qué?

“La mina significó para muchos, para mí, un amor, yo tuve la desgracia de tener dos accidentes graves y cuando estaba en el hospital ya me andaba de aliviarme pero para regresar a la mina”. Yo ya había escuchado algo sobre que los mineros se enamoran de la mina, así que retomé el tema y pregunté sobre este sentimiento tan poco común.

Don Lorenzo miró un momento al frente, como tratando de hilar sus ideas para explicarme algo, que quizás no tiene explicación, después de aspirar profundo se volvió hacia mí y dijo: “bueno, los sicólogos, algunos sociólogos dicen que se da esa relación “amorosa” dijera yo, porque la mina es femenino y los mineros

masculino, entonces yo pienso que todos, todos amamos la mina. A lo mejor es cierta magia o nosotros se la damos....O nosotros se la dimos porque de ella vivimos muchos años, pero yo siento que sí, la mina nos atrapaba”.

“Nos atrapaba”, dijo con un suspiro y me miró como escudriñando en mi rostro alguna reacción, como para ver si entendía lo que me decía.

Después hablamos de la religión en la mina, “la verdad –dijo entre risas- yo no soy muy religioso, pero para el 99% de los mineros la religión es muy importante, especialmente, la Virgen de Guadalupe”, la explicación continuó, “antes se celebraban misas el 12 de diciembre abajo, en la mina, pero una vez...- empezó a reír, muy divertido- encontraron unos chones en el cable donde corre la locomotora por eso quitaron eso de bajar, después hicieron una capillita afuera y ahí ya, hacían primero la misa y luego el festejo de beber y comer y tomar pero te digo muy devotos, muy devotos los mineros”. Para este momento don Lorenzo se me asemejaba un personaje fuera de lo común, con enormes manos anchas, cálidas y trabajadas que tosía de vez en cuando como un recuerdo más de la mina.

El tema de la religión terminó con la leyenda del señor de Celontla, el santo minero que ya no quiso salir de Real de Monte porque “le gustó mucho el pueblo”, y que con mirada dulce, tierna, cuida de los mineros, luciendo en premio a sus milagros, un sombrero, un borreguito, una lámpara de carburo, todos obsequios mineros.

“Nunca pensé en la muerte, ni cuando bajaba, ni cuando subía”

Ya en el tema de leyendas, pregunté por un personaje legendario que en Pachuca es llamado “el Duende” perteneciente a la tradición minera, Don Lorenzo asintió con la cabeza, y dijo “mire, yo nunca lo vi, pero algunos compañeros, me juraron y me perjuraron que sí lo habían visto, el duende como quien lo vio, dicen que era un ser pequeñito, como un niño de 3 o 4 años que andaba deambulando por la mina, cuando llegaba encontrar a un trabajador el duende le pedía que le llevara comida, tacos que son la comida tradicional del minero o que le mandara hacer sus zapatos, si el minero cumplía, el duende le ayudaba a hacer su trabajo como por arte de magia, pero ay, de los mineros que no le cumplían porque los agarraba, los arrastraba y los iba a echar a los vacíos, los mataba, pues”

¿Los mataba? Ah. Reflexioné y aproveché para tocar un tema delicado, la muerte:

¿Qué concepción tenían ustedes de la muerte?

Un breve silencio, una mirada fija en mí, las manos entrelazadas, acompañaron la respuesta. “pues... si lo pensaban casi no lo decían, porque la verdad hay lugares muy peligrosos, en la mina se era muy mal hablado y a veces se decía “a ver si no me lleva la chin...” pero nada más, yo en lo personal nunca pensé en la muerte, ni cuando bajaba, ni cuando subía”

La vida de los mineros, me pareció difícil y pregunté sí a pesar de los riesgos deseaba regresar a la mina, sí la soñaba. “sí como no, el otro día soñé que estaba ahí abajo y yo decía, estoy soñando, pero veía a mis compañeros y decía no, cómo, esto es cierto, inclusive sueño que voy a otro lado y lo que veo es la horca de la mina” . Esta remembranza, la contó don Lorenzo con tanta emoción que sus ojos brillaron y en su voz se traslucía la nostalgia del que desea volver a un lugar que en verdad ama.

Los mineros eran muy pulqueros...

Hablando de mineros, la “taqueada” como la llamó don Lorenzo no podía faltar, esta tradición era como un convivio donde el minero nuevo que recibía su primer sueldo invitaba un pollo enchilado o algo por el estilo a los demás compañeros, “la verdad –dijo don Lorenzo- esos convivios se hacían en cantinas, no crea que me da mucho orgullo” señaló con una sonrisa, demostrando que le daba mucho gusto recordar esos eventos; “los tacos” son otra tradición que don Lorenzo disfrutó mucho, así lo demuestran sus palabras, “en el turno de noche, a las 11:30 el encargado mandaba a lavar la mesa del comedor en la mina, y que bajara todos los morrales, a las 12 de la noche nos bajábamos todos, empezábamos a calentar lo que todos llevábamos, comíamos de todo, y tomábamos refresco o pulque, porque una cosa si he de decirle, los mineros eran muy pulqueros, pero era una cosa de muy, muy... de mucha convivencia, yo les digo que en ninguna parte encontré el compañerismo de la mina”.

Los ademanes acompañan sus palabras y demuestran su entusiasmo, la claridad y seguridad de las palabras, reflejan su pasión. “las mentadas de madre, no eran ofensas era una forma de ser, de tratarse, las mentadas de madre aquí afuera pueden ser muy peligrosas pero allá no”, don Lorenzo se ríe francamente feliz.

Los amantes de la mina

La cultura minera ha sido considerada misógina en extremo, porque no permitían la entrada de mujeres a la mina; el tema sumamente interesante hizo aventurar una pregunta:

¿En la mina no entraban mujeres?

“Era tabú, era tabú, no entraban mujeres, porque otra vez el aspecto femenino de la mina, dicen que se ponía celosa si bajaban las mujeres, cómo iban a ir con sus hombres de la mina, no, eso no lo permitía la mina”.

La explicación continúa, “las mujeres nunca entraron en la mina, ni siquiera las nobles, hasta la actualidad, que en 1999 trabajaron dentro de la mina, antes, en la antigüedad, trabajaban de pepenadoras, escogían el mineral, el que tenía mayor ley y el de menor, pero nunca entraron a la mina”. Se trasluce en Don Lorenzo el conocimiento de su trabajo y sobre todo de la historia de la minería en su tierra, pues los datos históricos, las fechas y descripciones abundan en su relato. Sorprende saber que la figura principal para el minero fue la madre y después la esposa, que los mineros no fueron todos infieles, que había quienes eran fieles y amaban a su esposa.

“Carmelo, Carmelo, no te metas, se va a hundir”

Los recuerdos se agolpan en la mente de don Lorenzo, parece muy emocionado, las manos se agitan, los ojos brillantes y palabras que se escapan de los labios, mezcladas con sonrisas, historias de juventud, amores, amigos, parrandas, pero también imágenes dolorosas de experiencias terribles “un sábado, no vino el ayudante, entonces vaciábamos en lugares donde se había sacado el mineral piedra, “tepetate” le decíamos, que servía para rellenar, yo vaciaba las conchas²², en eso estaba yo vaciando la piedra, que se hunde, el lugar donde estaba parado, me tragó hasta la mitad y empecé a gritar “Carmelo, Carmelo” ya, que va mi compañero, ¿qué te pasó? Y que se mete le dije “no te metas, se va a hundir, está tronando”, no me hizo caso y se metió, estuvo como una hora rascando, yo sentía que me hundía un poco más, mi compañero no se daba cuenta que sus manos ya las tenía sangrando, me amarró, pero la reata se estiraba y yo sentía que me reventaba, como pudo me sacó, brincando fuera de esa zona, oímos un ruido, ¿qué pasó? el lugar donde estaba yo atrapado acababa de hundirse.....” La voz de don Lorenzo se quiebra y las lágrimas se asoman a sus ojos, su cuerpo se estremece, el momento

²² Grandes recipientes cóncavos donde se transportaban piedras de relleno y minerales por toneladas.

que aflora a sus recuerdos es muy fuerte, agradece que Carmelo, su compañero, no lo dejara sólo y rememora que al regresar a su casa, miró el cielo cubierto de estrellas y agradeció a Dios por permitirle regresar con su esposa y sus dos hijos. Después de un momento, don Lorenzo se rehace poco a poco y recupera su firmeza y su sonrisa.

Don Lorenzo, el orgullo de Real del Monte

El tiempo transcurre rápidamente cuando la charla es agradable, después de varias horas de plática don Lorenzo se me antoja un hombre magnífico, que a la edad de 75 años aún practicaba el alpinismo, deporte que dejó hace un año, no por cansancio, sino por un accidente, donde se rompió una clavícula. Un lector empedernido, que consume lo mismo novelas que los “Diálogos de Platón”, un abuelo cariñoso que se enorgullece del premio literario que ganó en el concurso “Carta a mi nieto”, un incansable investigador que conoce la historia y las leyendas de Real del Monte, que busca fósiles en el Cerro de las Navajas, que colecciona cuarzos y amatistas, un escritor amateur con mucho talento que cuenta entre sus obras miles de relatos y su propia biografía, un hombre que señala con orgullo la fotografía de una mujer con guantes de boxeo que dice es su tía, que fue boxeadora y le decían “la chueca” porque era zurda, que plantó un árbol en su jardín hace más de medio siglo y no dudo en entablar una demanda que ganó para que no lo talaran, es una mezcla de valor, de inteligencia, de dulzura y amabilidad y sobre todo de mucha fuerza.

Mientras me alejo de su casa, lo veo parado en la puerta asegurándose de que no me pase nada, miro la Horca de la Rica y pienso en el amor de don Lorenzo por la mina, que se trasluce en esa composición que él denominó “Mi amada mina” y que termina así “Cuando sienta que llega el final, y es momento de dejar la vida, que me cubra la tierra de mi Real, para estar por siempre cerca de mi amada mina”²³ y viene a mi mente la imagen del escultor griego Pígalos, quien se enamoró perdidamente de su propia creación.

²³ Lorenzo Vargas, “Mi amada mina”, octubre de 1999, poesía inédita.

Uno entre muchos...

Carlos Augusto de León Mejía

Actualmente de 21 años de edad, Ernesto Flores Castañeda, es uno de los jóvenes más violentos del penal Neza-Bordo, tanto que sólo en los tres años que lleva recluido en la cárcel ha tenido más enfrentamientos que cualquier otro interno, “la neta las cosas en este chiquero son de esta forma; o le pones *en la madre* al bueno o, cualquier pendejo te baila, y como yo no soy ningún *guey*, pues me la tuve que rifar casi con todo el mundo, sólo así te respetan. Además cuando llegué aquí me iban a mandar al sector más tranquilo, al de los delincuentes menores, y eso a mí no me latió, cómo me van a mandar con los tiernos, *nel* yo les dije que me mandaran con los pesados y aquí estoy, con más de diez tiros en mi haber, no soy el más respetado pero algunos cuando oyen mi nombre; *El Neto*, le huyen”.

En este lugar la memoria se vuelve nebulosa para todos. Es un día como cualquier otro, pero nadie sabe a ciencia cierta qué horas son, ni les importa. La basura, las drogas, la promiscuidad, la corrupción y la violencia son el pan nuestro de cada día. Las chinches se cuentan por miles en cada celda y la comida es poco menos que asquerosa. El hogar desde hace dos años de Ernesto, otro de tantos jóvenes detenidos en Nezahualcóyotl por delitos relacionados con la adicción a las drogas, acusado de robo y allanamiento de morada.

Ernesto o el Neto, como le gusta que le digan, porque siempre le preguntan si es Don Neto, el famoso narcotraficante, tuvo una infancia como la de muchos niños en Ciudad Nezahualcóyotl: creció, jugó y estudió rodeado de enfermos de alcoholismo y drogadicción. Tuvo acceso a las drogas a muy temprana edad, “me empecé a drogar como a los catorce, cuando iba a la preparatoria, aunque me parecía de lo más natural, pues todo mundo en mi barrio lo hacía, mis carnales, mis cuates y hasta mi propia hermana, ella era la buena para repartir droga en la colonia Metropolitana, cuando yo estaba muy chavo. *La neta*, esto de las drogas es muy raro, es decir, cuando estás en el *pasón* todo está muy chido, pero cuando se te pasa, ahí es cuando viene *lo culero*, te sientes de la chingada, sobre todo con la gente con la que te *pasaste de lanza*. Afíurate que yo le robé de todo a mi familia; hasta lo del gasto a mi mamá; bueno, con decirte que llegué a andar descalzo y con un mecate de cinturón”.

“Un día que, para variar, estaba necesitado de una piedra, un cábula me dijo que sí me daba un pase, pero que me dejara violar...yo lo pensé un rato, pero después lo mandé a chingar a su madre; hay cosas que no se comercian y yo, aunque no lo parezca todavía tengo algo de dignidad. El día que me *apañaron*, la neta sólo quería para *un papel*. Después de horas y horas de tratar de conseguir para un pase se me hizo fácil saltarme la barda de un templo para atracarlo. Una vez adentro me agenció unas bocinas bien chonchas, yo creo que eran las que utilizaban para sus pinches misas, y ahí me ves con las bocinas en las espaldas saltando la barda de nuevo y ¡zas! Que me caigo con todo y maleta, poco faltó para que me matara, nada más me rompí dos costillas, sólo de esta forma me pudieron apañar”.

Mientras presume su tatuaje, una Virgen de Guadalupe que ocupa todo el ancho de su espalda, con el nombre de Toña, su mamá, habla acerca de la violencia que utilizan los celadores para con los reos; mientras nos explica se le atropellan las palabras, “aquí adentro nosotros no valemos nada para los hijos de puta de los celadores... de cualquier cosa nos *apandan* y nos *madrean*. La otra vez que se dio una fuga masiva eran madrizas diarias, y no eran golpes a lo pendejo, sino golpes que no te dejaban levantar en una semana. Durante ese tiempo estuvieron torturando a todos para que soltaran la sopa, cómo se hacen pendejos si ya sabían quien los dejó salir. Se echaron como a tres, se les pasó la mano. Esa fuga ya estaba planeada; aquí, si tienes lana, como la tenían los cabrones que se fugaron, compras fácil al director del penal, nomás le dices: te vas a llevar tanto y si le conviene se avienta el tiro; total ellos salen en menos de cinco años...aunque con un chingo de lana, dos o tres millones de pesos, si mal le va, pero si el que se fuga es un narcotraficante, el director sale rayado; buen negocio ¿no?”.

Cuando Ernesto dejó de asistir a la escuela significó el principio de su “infierno”, como él lo llama, “de muchas cosas no sé y no me interesan, pero lo que sí me gustaría es echar el tiempo atrás para volver a mi escuela y disfrutar de ese tiempo, con mis cuates y mi Lupe, ella era mi *jaina* desde que yo tenía como trece años, llevábamos una relación muy chida hasta que yo comencé con la droga y ella con sus reproches, aunque me la pasaba a toda madre”.

El tiempo transcurre tan despacio en este lugar, aunque no importa, Ernesto o el Neto, asume que por el momento y, por lo menos el siguiente año, si bien le va, su lugar esta aquí adentro, dentro de estas cuatro paredes sucias y malolientes. Y, aunque

tiene la certeza de que mañana tampoco será un día distinto, no pierde esperanza de volver algún día a la calle, en donde, jura, todo será diferente.

Réquiem por un hombre solo...

Carlos Augusto de León Mejía

Así es señores y señoras, conciudadanos y conciudadanas, amigos y amigas, chiquillos y chiquillas, finalmente me he cansado de ser una jodida persona normal más, indefensa ante los agandalles del gobierno, su cinismo y su hipocresía. Así que, antes de que me vuelva un ladrón, un secuestrador o lo que es peor un político, he tomado una decisión importante, la misma que han tomado millones de personas que se han encontrado en mi situación: ¡me voy del país para no volver!

Mi nombre: Juan Pérez, Pedro López, Armando Quintero, Claudio Flores o muchos nombres más. No, no es que tenga múltiples personalidades, ni es que yo sea todos esos hombres, sino que los represento a todos, y, como los represento a todos termino siendo uno más... aunque eso no importa, lo realmente importante es que me voy y espero, en lo más profundo de mi corazón, no volver...

Si, sé que suena duro y radical, pero, a mis treinta y dos años, yo ya no estoy dispuesto a estar del lado de los débiles, de los que menos tienen, de los harapientos, de los chiquillos mentales a los que refería el señor Fox. Si ustedes están dispuestos a seguirle el juego a los que se enriquecen con el sufrimiento de los demás: me parece a toda madre, pero yo ya no. Estoy preparando mis cosas, mi itacate, mis trapos, en una maleta cabe mi vida, como dice Emmanuel. A partir de enero del 2008 seré un trabajador anónimo más en los Estados Unidos, al servicio del imperialismo, al servicio del lado oscuro, al servicio de lo que más odio, al servicio de los que nos maltratan, de los cuales desprecio su american way of life, su establishment, su laissez-faire y hasta su chingada madre, con la pequeña diferencia de que allá ganaré el dinero que aquí se me ha negado.

Que cuándo me desilusioné de este país: no lo sé, no recuerdo bien, tal vez fue cuando paulatinamente me fui quedando sin chamba o tal vez cuando fui cayendo lentamente en la agonía de la desesperanza. Yo, tengo una profesión, pertenezco a esa nueva generación de hombres que emigran contados con preparación, soy sociólogo, egresado de una de las mejores universidades del mundo, la UNAM, nuestra máxima casa de estudio, pero que quiere decir eso en un mundo en donde la tecnocracia es donde impera. Lo realmente importante es que ya no hay trabajo, y el que hay está muy mal pagado. O tal vez fue cuando me harté de ver las mismas caras de conformidad en mi gente, la desesperanza, el cansancio, el

hartazgo, la lastimera mediocridad de quien no espera nada...¡no! ¡Yo no quiero estar así para siempre! Por eso me voy.

Me inspiraré en el corrido de los Tigres del Norte del Mojado Acaudalado. Allá, en los yunaites, los gringos verán crecer mi fortuna, viviré en una magnífica casa, con piscina y todo lo demás, algo que les causará coraje y resentimiento, pero no importa porque yo trabajaré con tesón, ganándome cada dólar con el sudor de mi frente. De vez en cuando me iré a chupar con mis cuates, a los teibols, dicen que las güeras están bien buenas. ¡Ya me vi! ¡Ya me vi...!

Claro que no será tan fácil. Debo, de entrada, pintarme el pelo de güero, para adquirir la apariencia de un gabacho, poner cara como de que estoy oliendo caca cada que veo a un mexicano, adorar las estupideces que dice Bush, eso no me costará mucho trabajo, ya estoy acostumbrado. Aparte, debo conseguirme unos lentes oscuros, desarrollar mi sentido del cinismo, aprender inglés, jugar con la manguera del agua cada que lavo mi carro convertible, volverme joto y hasta travesti, en fin todo lo que hacen los gabachos.

¿Qué pasará con mi familia? No lo sé, tal vez mande por mi hija ya que este establecido allá. De mi esposa no me preocupo, ella sabrá arreglaselas sin mí, como siempre lo ha hecho, tiene mucho tiempo que ella no me necesita. Me lo decían sus ojos cada vez que llegaba temprano todos los días, cuando llegaba sin trabajo por enésima vez, cuando llegaba oliendo a mediocridad, a falta de dinero, porque la falta de dinero huele feo, ¡si lo sabré yo!

Ustedes se preguntarán, ¿este tipo se ha de marchar con todo el resentimiento del mundo hacia México? Pues no, la verdad no, me voy sin rencores, seguro que hice todo lo posible por llegar al punto donde estoy, seguro de que si estamos jodidos nosotros y sólo nosotros tenemos la culpa, seguro de que mal de muchos, consuelo de diputados...

En fin, amigos... ya descansó mi alma, me despido por última vez. Esta Navidad, la del dos mil cinco, será la última que pase como mexicano, ya no veré más a Adal Ramones destrozando nuestro lenguaje e intelecto, me perderé “Bailando por un Sueño”, mi intransigente odio por el América por fin terminará, lo único que me consuela es que en los Estados Unidos si se ve Laura en América.

Andrés Flores, como realmente se llama nuestro personaje, es uno de tantos hombres que decidieron abandonar el país y marchar hacia los Estados Unidos en busca de trabajo: de acuerdo con el CONAPO, el número de migrantes mexicanos

que viven en Estados Unidos ascendió el año pasado a 9.9 millones de personas y considerando a sus descendientes se estima que la cifra se eleva hasta los 25.5 millones de México-americanos. Una nota importante es que desde la década de los 60 alrededor de 30 mil personas cruzaban hacia el país vecino, esta cifra ha venido aumentando año tras año, teniendo así que para el año 2004 se registraron alrededor de 400 mil cruces.

El dinero que gane con esfuerzo servirá, aparte de ayudar a su familia, para que los gobiernos, sean de derecha o de izquierda, nos sigan convenciendo de las bondades de sus políticas económicas: De acuerdo con el Instituto Nacional de Migración (INM), los envíos de dinero de los migrantes mexicanos representaron el 2.2 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB), una suma de 13,265 millones de dólares, lo que significó la segunda fuente de ingresos en dólares de México por encima de la inversión extranjera y el turismo internacional, así como, superó en 35.2 por ciento el monto de dinero recibido en el año 2003. Y así como vamos seguirá en aumento este 2007.

Él, como la mayoría de los mexicanos que se van, sabe que está sólo en esta guerra por la sobrevivencia, pero, como muchos otros mexicanos también, ha decidido tomarlo con buen humor.

Un muerto caminando

Carlos Augusto de León Mejía

Guadalupe Hernández, alias *El Muerto*, es un hombre surgido de nuestra realidad, aunque pareciera por momentos un personaje salido de alguna novela del Realismo Mágico. Ingresado varias veces en hospitales psiquiátricos como producto de una sociedad en decadencia que no termina por definirse, Guadalupe, el cual acaba de salir por enésima vez de la cárcel, acusado por diversos delitos, entre ellos violación y robo, hace un alto en el camino para hacer un recuento de su tormentosa historia:

Nacido en la Ciudad Nezahualcóyotl, *El Muerto*, de cuarenta años actualmente, aparenta mucho más, conoció a muy temprana edad lo despiadado que puede ser la vida para quien no tiene alguien quien lo defienda. “La neta yo empecé en el desmadre desde muy chavo, como mi mamá no se preocupaba de mí, me comencé a drogar a los doce años y luego, luego me di cuenta lo cabrón que es ese mundo, todos me querían madrear. Mi primer desmadre, por el cual tengo fama de hijo de la chingada, lo hice como a los quince años, eran pasadas las doce de la noche cuando tres de mis cuates se llegaron todos ensangrentados gritándole a la banda, mi banda era la de los Panatos, los más cabrones de la colonia Metropolitana, que les había partido la madre y que querían un paro. Nosotros que éramos un chingo, salimos en bola a corretear a esos hijos de la chingada. Por fin pudimos alcanzar como a cuatro, uno por uno les fuimos partiendo la madre, pero como yo no tenía con que pegarle al morro, agarré una piedra como de treinta kilos, en ese tiempo abundaban en la colonia, la levanté y se la estampé en la cabeza al bato, se oyó cabrón, volví a levantar la piedra y se la dejé ir de nuevo, quería que toda la banda se diera cuenta de quien era el más mierda y así me respetaran. Cuando terminé ya no tenía cabeza el chavo. Por ese pedo mi fama traspasó las fronteras. Mucho tiempo cargué con los remordimientos, aunque después se me olvidó”.

De esta forma, *El Muerto*, empezó su carrera delictiva, aunque poco tiempo después de eso sufrió un terrible trauma que lo dejaría marcado para siempre,

“cuando se me murió mi jefecita yo tenía como veinte años, fue lo peor que me pudo pasar, me tiré al desmadre sin nadie que me dijera nada. Empecé a drogarme más pesado: pasas, chochos, activo, chemo, todo lo que me apendejara era bueno. Y cuanto más me drogaba más violento me volvía. Atracaba a cuanto gey se me

pusiera enfrente, ya no tenía freno. Asalto a mano armada con mis cuates de la banda para sacar para la mota, asalto a casa habitación y un chingo de mamadas de las cuales ya ni me acuerdo. La leyenda del *Muerto* apenas comenzaba y yo la quería hacer más grande. Más tarde me junté con una chava de San Miguel Teotongo y me tranquilicé un poco”.

Aunque para *El Muerto*, de entonces veintidós años, la nueva experiencia de vivir en pareja fue algo muy bueno, pronto se le pasó la emoción, “mi vieja me empezó a hartar con sus exigencias; que trabaja, que no hay para comer, que eres muy mujeriego, de todo me decía hasta que le empecé a pegar. La primer golpiza estuvo cabrona, la pateé hasta cansarme, casi la mato. La segunda fue más leve, no quería mancharme, estaba muy flaca. Como a los dos años de vivir en pareja yo ya estaba hasta la madre, y que de repente me da la funesta noticia; estoy embarazada. No sé qué sentí, si alegría o tristeza, hasta después me empezó a caer el veinte. Poco después mi vieja cayó enferma, el matasanos dijo que era anemia profunda, y que no soportaría el embarazo, así fue; murió al dar a luz”.

La muerte de su esposa causaría un gran dolor en *El Muerto*, el cual, sin darse cuenta se hundía cada vez más en el mundo de las drogas, “cuando murió mi primer esposa fue algo muy cabrón para mí, pues me quedé sólo con mi chavo sin saber qué hacer con él. Sólo lo aguanté como dos años, me estorbaba, después se lo regalé a mi cuñada, y a disfrutar la vida. El mundo de las drogas es muy chido cuando estás en el pasón, cuando se te pasa haces cosas que harías solamente un mal parido, como soy yo”.

Locura aparente

“Más adelante, cuando ya nadie me apuntaba me fui a recluir a un hospital psiquiátrico, pensaba que estaba loco o ya no tenía para la droga, yo creo que las dos cosas. En esa clase de hospitales está de la chingada la vida. Aunque tienes donde dormir y tienes de comer, te dan unas pastillas que te apendejan todito. Yo no me las comía, pero hacía como si, sino, me madreaban los enfermeros. En ese lugar vi lo más culero de gente que se supone que te va a ayudar, los enfermeros y los doctores se cogían a las loquitas más buenas, simplemente las jalaban para dentro de un cuarto y papas. Y me dejaban los cabrones, como pensaban que estaba loco pues les valía, y a ver el cinito. La doctora que me atendía me preguntaba de todo: por qué estoy así, a chinga qué no es ella la que me tiene que decir eso, que por qué le pegaba a mi vieja, todas las viejas son iguales les gusta

los chingadazos, que esto, que lo otro. Cuando me preguntaba se alzaba la falda y se masturbaba enfrente de mi... ¡hija de la chingada! Y yo que me le quería aventar, pero me tenía que hacer pendejo, sino se iban a dar cuenta que no estaba loco. Yo nomás me cogí como a tres viejas, de las más culeras pues esos cabrones de los doctores apartaban las más buenas. Después me empecé a aburrir, las viejas que me dejaban estaban cada vez más culeras. Como a los cinco meses de estar ahí, que me manda a hablar el doctor. ¿Ya estás bien Guadalupe? Me preguntaba y yo redecía: si señor, yo creo que estoy bien. Antes fumaba y tomaba alcohol, pero ahora me quiero regenerar, quiero salir adelante, pero sólo si usted lo autoriza, todo eso se lo decía sin mirarlo a la cara, como se sienten muy chingones los culeros les gusta que los consideren superiores. Y el pendejo que se la cree, un día después ya estaba en la calle con mi papelito que garantiza que no estoy loco...pendejos”.

Después de su segundo fracaso matrimonial, Guadalupe conoció lo que es la vida en la cárcel, “por una pendejada fui a caer la bote; fue uno de esos días en los que, como de costumbre, estaba hasta la madre chupando con los cuates, cuando pasó una vieja, pero ¡vieja! Estaba buenísima la desgraciada y a mí, por supuesto, se me antojó. Le dije a la banda; vuelvo al rato cabrones, y ahí voy a seguir a la vieja, era más o menos como de veinte años, tiernita, como me la recetó el matasanos. Nada más esperé que pasara por un lado oscuro y que le llego; ¡órale culera! Ya valió madres, vas a hacer lo que yo te diga o te lleva la chingada. Yo pensé que luego, luego iba a aflojar, y no, que se pone como loca a gritar y para mi mala suerte empezó a salir gente de las casas, que me apaña el pueblo. Ya me querían linchar, pero llegó la tira, ahora si pendejo, ya te llevó la chingada”.

Universidad del crimen

“La cárcel es el infierno en la tierra. Cuando llegas eres el tierno, para todo te agarran de su pendejo, que lava la celda, que friega aquí, que vete por los chochos. Hasta que le dije a un culero: ya estuvo, puto vamos a aventarnos un tiro para ver quién es el que tiene más guevos, le solté un putazo que lo dejó desmayado, cuando despertó ya estaba muy blandito el puto. Sólo así te haces respetar en ese mierdero. Ya cuando agarré callo era de los buenos, era yo el que me agarraba de bajada a los tiernos. Entonces yo contaba con una celda para cuatro gueyes, cuando llegas te encierran junto con otros tiernos en una celda de dos por dos, y para doce cabrones; no se podía ni respirar. En esa madre me hice más -coco- y menos mariguana, nada más de pensar en donde traían la yerba los hombres topo: les

decíamos así porque, cuando venían de visita, esos gueyes se la metían por el culo, para evitar que les cayeran, ya adentro la vendían de a treinta y de a cuarenta, eran unos carrujotes como de veinte centímetros. Yo creo que eran putos; a ver por qué mejor no metían cocaína, era más cara, y no, preferían meterse esos armatostes por el culo, por eso mejor las pastas o los chochos, es más sano”.

En la actualidad, Guadalupe, o El Muerto maneja un bicitaxi en Ciudad Nezahualcóyotl. Triste y cabizbajo se le ve pedalear hasta altas horas de la noche. La violencia y la búsqueda del placer rápido han hecho que parezca un hombre avejentado, aunque apenas llega a los cuarenta. Del suicidio de su hijo de dieciséis años no quiere hablar, es muy reciente; el año pasado. Mientras se despide y se aleja, se queda estático, mira la oscuridad y se sumerge en ella, camina, cargando su cruz en el apodo.

El Paletas

Carlos Rueda Pérez

En la escuela todos le dicen *El paletas*. Por el sobrenombre uno podría pensar que es uno más de los muchos vendedores de paletas, nieves y bolis que recorren las escuelas primarias, secundarias y jardines de niños de la ciudad de Iguala.

Pero no es así, Vicente Rodríguez Lucino, no es uno más; abajo del sombrero que lo protege del inclemente sol que alumbra por esta tierra, está todo un comerciante que no vive sólo de vender paletas; en su casa hay gente que trabaja para él, haciendo bisutería y pinturas en papel amate, mercancía que cada dos meses lleva a vender al puerto de Acapulco.

Originario de Amayaltepec, un pueblo situado en el Alto Balsas de Guerrero y en el que nunca quiso ir a la escuela, *El paletas* aprendió a pintar pájaros y flores en el papel amate, a tejer hamacas, a hacer ollas y vasos de barro, desde muy pequeño.

No sabe leer porque según cuenta, en la escuela de su pueblo a sus hermanos los maestros les gritaban y los regañaban y a él no le gusta que le griten o regañen “porque no es burro”. Por eso prefirió *chambear* y llevar dinero a su mamá.

Huérfano de padre, el menor de tres hermanos –Telésforo y Josefina- Vicente salió de su pueblo cuando tenía ocho años; junto a sus tíos conoció Acapulco, lugar al que iban a vender su artesanía.

Allí acompañado de su tía, ofrecía las pinturas y la cerámica a los turistas extranjeros, luego de venderlas entregaba el dinero de lo que vendía, ahí aprendió la primera lección que lo llevó a hacer cuentas y darle la parte que le correspondía.

Decidido a ganar dinero, empezó a escuchar con atención la forma de vender las artesanías a los *gringos*, de puro oído, se aprendió los diálogos y comenzó a guardar el dinero de lo que vendía.

De figura menuda, piel blanca y el estilo peculiar de hablar de los indígenas amuzgos, Vicente no denota los sesenta y cinco años que ya tiene; padre y abuelo a la vez, comparte su vida con su tercera mujer con la que ha procreado dos hijos –uno de tres años y otra de ocho meses-.

Durante su estancia en Acapulco cuenta que pintó el *lobby* de los hoteles Holiday Inn, Elegante, Plaza, Paraíso Marrito; y fue el *Elegante* el primero que pintó ya que ahí llegaban casi todos los gerentes de los demás hoteles a quienes ofreció sus servicios y

así pintó todos los demás. Recuerda que por el primero le pagaron mil pesos y por el último dos mil quinientos, hace ya treinta y un años.

Reacio a contar cuánto invierte y gana en las pinturas, las hamacas y la bisutería, prefiere hablar de lo que gana vendiendo paletas, y dice: “en un día bueno es de quinientos pesos para arriba”.

Por la mañana recorre más de seis kilómetros, con el carrito lleno de paletas, va a la secundaria Bandera Nacional; luego a la primaria Andrés Figueroa, enseguida se *arranca* para el jardín de niños Antonia Nava de Catalán y la primaria vespertina 24 de Febrero, en ésta termina su día.

Le insisto sobre lo que gana con las artesanías y nuevamente cambia la plática, prefiere hablar de las tres mujeres que ha habido en su vida, a las que deja si ya no quieren vivir con él.

Le insisto y por fin, se anima y menciona a María la primera y quizá –según él- la única mujer que ha amado en su vida; pero como no tenía dinero para la boda, los padres de María la casaron con otro paisano. Luego de contarme de María, acompaña sus últimas palabras pronunciadas con un suspiro y agrega: “ya no voy a decirte más de mis *viejas*”

Enseguida vuelve a la venta de las paletas y su mercancía y menciona que los sábados y domingos se va al Naranjo o Ahuehuepan y que cada dos meses lleva su mercancía a Acapulco, allí se la deja a sus hijas que tienen locales en el mercado de las artesanías. Pero de cuánto invierte y cuánto gana, nada, ni una palabra.

La charla es interrumpida varias veces por los niños que le dicen: platicar menos y vender más, Vicente, *el paletas* lo atiende y finaliza diciéndome: “no dejes de enseñarme lo que vas a escribir de lo que te dije”.

Reportero de policía por accidente

Carlos Rueda Pérez

Desde hace seis años vive en la ciudad de México: “Venía de Acapulco después de haber estado quince días en plena *farra*, sin dinero más que para el boleto hasta Iguala; luego en el autobús en que venía nos asaltaron, entre mis cosas traía una cámara digital que no se llevaron los ladrones, con ella, después que se bajaron, empecé a tomarles fotos sin que se dieran cuenta; cuando fuimos con el chofer y los demás pasajeros a levantar la denuncia, les dije que yo tenía fotos de los tres asaltantes, ahí estaban unos reporteros de nota roja que me pidieron que se las vendiera, les contesté que mejor me dijeran donde estaban las oficinas de los periódicos; obviamente no me quisieron decir; hicimos la denuncia, saliendo me fui a buscar donde estaban las oficinas de los diarios locales, así llegué a las de *El Correo*, después de que el director y dueño del diario las vio en la computadora, me pagó por ellas y me ofreció la *chamba* de reportero de nota roja”.

—¿Cuánto te pagaron por las fotos?

—Me pagó mil pesos, en ese momento no supe sí porque eran buenas o malas fotos o porque con ellas tendría la *exclusiva*. Al día siguiente las publicó en primera plana y yo hice el reportaje o la nota informativa –no me acuerdo bien que fue-, pero pasaron unas semanas y agarraron a los ladrones. Desde entonces yo me llevo bien con Don Raúl, el director, y lo que es más, nunca me ha dejado de pagar semana tras semana.

Leo como lo llaman en el medio, cuando habla es tan expresivo que sus ojos se agrandan más de lo normal, y le encuentro cierto parecido a Jack Nicholson en la película *El Resplandor*.

Se ha distinguido de los demás reporteros del medio porque a pesar de que el vehículo de transporte que usa es una bicicleta, es el primero en llegar al lugar de los hechos. “Al principio los compañeros se burlaban de mí y me daban mucha *carrilla*; pero cuando vieron que estaba ahí antes que ellos, se empezaron a calmar y más cuando después se fijaron en mi *bici*, no es una bicicleta común, tiene un arreglo especial, es una bici de montaña que he ido arreglando poco a poco”.

Al observar la bicicleta uno se da cuenta que es diferente, la marca es Benotto, el cuadro es reforzado y con suspensión de aceite, los frenos son de disco, sus colores combinados –azul y amarillo oro- semejan a la playera del equipo de fútbol América y su precio es de nueve mil pesos.

Al preguntarle porqué una bicicleta, contesta: “Antes fui corredor en bici de montaña, conozco de bicicletas, cuando empecé de reportero me encontré con el dilema de que si usaba los taxis o las combis de servicio urbano, gastaba más y llegaba tarde. Además añoraba la bicicleta, entonces tuve que decidir si una *carcacha* o la *bici*. Pudo más la bicicleta, y hasta hoy no me arrepiento; hago ejercicio, llego primero y no sufro por los embotellamientos”.

—¿Te has acostumbrado a fotografiar y escribir sobre heridos, muertos, golpeados, demandas, accidentes?

—De algún modo sí, creo que mucho me ayudo a vencer el miedo cuando tomé las fotos de los que nos asaltaron —esa vez fueron mucho los nervios y decidir, finalmente lo hice-. Por eso en las ocasiones en que llego primero y el forense no lleva más que un ayudante, *les echo la mano con los muertitos*.

—¿Qué cámara usas ahora?

Hasta eso me ha ido bien, empecé con una cámara Genios de 1.5 pequeñita como de bolsillo; ahora uso una Cannon digital que me costó once mil pesos.

—¿Por qué no usas cámara de rollo?

Mira, para el trabajo de reportero policiaco o de nota roja tienes que batallar con el tiempo, llevar a revelar, esperar una o dos horas, pagar por el revelado y la impresión, esto significa tiempo y dinero.

Me pagan por el trabajo, no me pagan por el material, ya lo hice; por eso tuve que regresar a la cámara digital. Además las cámaras son más, no de Don Raúl —el dueño del periódico-.

Ahí dejo la entrevista; porque en ese momento en la radio transmisor de *Leo*, se oye la clave y una voz que le informa de la ubicación de un hecho de sangre, él se trepa en la *bici* sin darme tiempo para decirle: gracias.

Chuchita Méndez: Curandera y partera por vocación

Chantal Johani Vargas Cerón

La curandera es el personaje por excelencia de la historia cultural en México. Una mujer de respeto con amplia sabiduría, dotada del poder divino de sanar al enfermo. Una tradición que se ha ido conformando por costumbres, creencias y relatos del pueblo, que se van transmitiendo de generación en generación, de madres a hijas, de padres a hijos.

Cada generación recibe el legado de las que la anteceden y colabora aportando lo suyo para las futuras. Así es como la tradición de una nación constituye su cultura popular y se forjan las costumbres de cada región.

De esta manera, tradiciones como las festividades religiosas, ritos indígenas relacionados con las leyes de la naturaleza, supersticiones, cánticos, bailes, vestimentas, juegos, músicas, comidas, etc., dan cabida a las conocedoras, a las sabias, a las que todo lo saben, a las que alivian el sufrimiento con un ungüento caliente aplicado con las manos divinas, a las que quitan el mal de ojo con una limpia bajo la sombra de un árbol, a las que curan a los pequeños del empacho, a todas ellas, mujeres que con el paso de los años no han dejado de ser el personaje popular en la cultura tradicional y costumbrista de México.

Las creencias populares, nos indican las actitudes de compromiso de las gentes ante determinados hechos concretos que se consideran dignos de una aceptación verdadera. Platicando con María de Jesús Méndez Hernández de 75 años de edad, mejor conocida en San Miguel la Higa comunidad del Municipio de Mineral de la Reforma, Hidalgo, como Doña Chuchita la curandera, nos dice “con la ayuda de Dios, todo sale bien, hay que creer y con eso basta para tener el alivio”

Las creencias crean una actitud mental que sirve de base a la acción voluntaria y lleva a los individuos a una actuación enérgica. No importa tanto la imagen externa que se percibe, sino la convicción en la veracidad de determinados hechos los cuales son alimentados por curanderas, parteras, brujas y personas en general que colaboran en hacer supervivientes aquellas expresiones del pasado que se presentan como "creencias populares" legadas de los antepasados.

“La gente del pueblo, confía en mí, a veces me da miedo no encontrar el mal, porque me ha sucedido y entonces es cuando me encomiendo a Dios y él me da el camino para encontrarlo”

El mito: ¿Una curandera nace o se hace?

Doña Chuchita explicó que su mayor fuerza viene del don que Dios le ha dado. "A veces una está tan cansada y llega una mujer y hay que ayudarla. Si no tuviera el don de Dios, uno no se levantaría por la pereza. Pero la energía de la comunidad da la fuerza a nuestro cuerpo y mente. Hay momentos en que uno está tan cansada que no quiere continuar. Pero después de un descanso de cinco o diez minutos, regresa la energía y se puede volver a salir."

Hace ya algunos años doña Chuchita también fue partera, ahora ya no lo práctica por su edad. Comentó que entre las experiencias que recuerda está el agrado de poder ver la confianza de las mujeres y la manera en que le pedían a Dios que todo saliera bien. Le encantaba ver a la familia apoyar a la mujer.

Antes de atender un parto, se daba el tiempo para orar a Dios para que todo saliera bien. También pedía por la mujer. A veces toda la familia se unía en oración. A doña Chuchita no le importaba la religión de la familia. "La partera tiene que adaptarse a la familia. Les respetamos cualquiera que sea la religión."

Pero también menciona el papel de la comadrona "la comadrona durante el parto anima a la mujer y la ayuda si quiere caminar, descansar o lo que sea. Lo más importante es que cuando empiece a pujar, se le ayude a tomar la posición que desee. Puede ser en cuclillas, hincada, o algo diferente..." A doña Chuchita le enseñó un doctor de la ciudad a decirles a las mujeres que se acuesten, pero algunas de las comadronas mayores le enseñaron que es mejor que la mujer escoja la posición que le conviene.

Al relatarme su historia en el papel de partera, doña Chuchita, menciona que el fundamento de un buen parto es la buena nutrición que incluye comidas que contienen hierro, como las hojas verdes. Les recomienda a las mujeres que coman mucha fruta y verduras. Para ella la mala nutrición es un problema grande en México, porque las mujeres comen demasiada comida empaquetada y pastas y no suficiente fruta y verdura. Doña Chuchita cree que en conjunto con la buena nutrición e hidratación, un buen parto requiere de buen apoyo emocional. A la vez cree que es importante que la mujer misma conozca las señales de peligro para que pueda buscar ayuda si lo necesita.

La tradición: “Mi abuela nos enseñó a mi madre y a mí”

La transmisión de los conocimientos de madres a hijas y de padres a hijos, ha traído como resultado que las curanderas, parteras y yerberas no desaparezcan. Los conocimientos populares han sobrevivido a la modernidad.

Doña Chuchita relata que en su familia era común que sus parientes tuvieran premoniciones, clarividencia y habilidad de curar. Comenta que su madre tenía gran intuición y clarividencia, mientras que su tía Conchita, la hermana de su padre, fue curandera y psíquica hasta el fin de sus días.

El trabajo de estas doctoras tradicionales adquiere su competencia, apoyando su concepción y tratamiento de las enfermedades en la revelación. Esto es, mediante la transmisión que un ser sobrenatural que puede ser un dios, un santo o alguna otra fuerza mística, le hace de sus conocimientos y habilidades.

La competencia para curar los males la recibe a través de un medio insólito que le transporta fuera del mundo natural y en esta situación acoge, de un golpe, la gracia de sanidad. La competencia técnica, adquirida por revelación, no implica que el médico tradicional, no haya observado y practicado al lado de otro igual, de quién sin duda, adquirió las técnicas y conocimientos que le permiten ejercer el oficio. Empero, la adquisición empírica de esos conocimientos y técnicas es, para ella y para la gente de su comunidad; algo secundario, la sabiduría y la práctica obtenidas por la revelación son lo relevante.

Esto no es poco usual en México, ya que los 56 grupos indígenas en existencia continúan practicando la medicina popular. Puesto que, el curanderismo incorpora el uso de las hierbas, masajes, rituales al igual que el espiritualismo y el misticismo en sus prácticas.

Igualmente, doña Chuchita menciona que como curandera atiende a las personas con enfermedades ahora llamadas sobrenaturales como son "el mal de ojo", "el susto" y "el empacho". La curandera menciona “esas enfermedades son causadas por uno mismo, por un desequilibrio espiritual”. La forma más común del tratamiento es la "limpia". “El método favorito de mi tía Conchita era la limpia con un huevo y una solución de aroma dulce”

En las limpias que hace doña Chuchita, utiliza un ramo de diversas plantas curativas que busca en las faldas de los cerros y otras en el mercado “a veces es cansado buscar las yerbitas, pero al saber que es para un bien, uno continua la búsqueda”. Entre las hierbas del ramo están: el pirul, la ruda, el hisopo, la

albahaca, la manzanilla y el toronjil. El ramo es empapado en una solución con base de agua florida, bálsamos, colonia de flor de naranjo y otros líquidos antes de iniciar "la limpia".

La oración es parte de esta práctica, ya que la curandera realiza su trabajo invocando la ayuda de Dios, los Arcángeles, la Virgen y los Santos para que intervengan, con su gracia divina, en la curación del paciente.

Aunque para la mayoría de los médicos, el curanderismo no tiene ninguna base científica y debe verse como un producto de la charlatanería, está enraizado no sólo en la tradición sino en la realidad social. En las comunidades rurales y urbanas de México, el curanderismo sigue siendo una opción viable para quienes no pueden pagar las consultas de los doctores alópatas.

Por otra parte, el curanderismo no excluye a la medicina alópata, sino que es un recurso con buenos resultados para ciertas enfermedades. A diferencia de los charlatanes, los curanderos tras escuchar los males que aquejan a la persona que busca su ayuda le dicen con honestidad qué pueden o no hacer por dicha paciente.

Doña Chuchita cree que dependiendo de la enfermedad, la medicina alópata puede ser la única alternativa, pero para otros malestares tanto físicos como espirituales, el curanderismo ofrece soluciones de sanación realistas.

El don de saber preparar “brebajes naturales”

Los Mayas son depositarios de una rica cultura de medicina tradicional que fue practicada por las curanderos y curanderos de todas sus poblaciones. Actualmente esa serie de sabidurías y conocimientos sobreviven en los pueblos mexicanos. Además la elaboración de amuletos y el uso de plantas en sus curaciones se mezclan la fe y la magia en la preparación de las pociones que han de salvar al enfermo.

De estas virtudes o acción de las plantas sobre las enfermedades se han recogido por la tradición, un cuerpo de materia médica vegetal popular utilizada por las curanderas y yerberas, para una multitud de remedios naturales.

De dónde surge tan abundante y eficaz recetario. Las plantas y hierbas han sido consideradas como remedios de males por contener en sí mismas principios capaces de oponerse a la acción dañina de las enfermedades. Aunque Chuchita nota que disminuye el uso de plantas entre la población que sirve. Cuando le pregunté porqué la gente deja las hierbas medicinales, respondió: La mayoría de las personas ya no ocupan las hierbas. Se demoran más que la medicina química.

Hay que preparar y tomarlas a diario. “La medicina natural es más lenta, pero más segura”

Menciona que todo ha cambiado mucho por las promociones de venta. Es también por lo rápido que funcionan. La gente quiere resultados rápidos.” Valoran más lo que cuesta más.” Para doña Chuchita es muy importante valorar más a la medicina natural. “Se debe ocupar primero a la medicina natural, si la situación no es seria, y la medicina química en segundo lugar.”

Cierto que empíricamente, la mayoría de las curanderas-comadronas, conocen por tradición las virtudes curativas de muchas plantas, que utilizan al natural, en infusión y hervidas. Ellas poseen además el verdadero arte en la fabricación de numerosos ungüentos "untos" dice doña Chuchita.

Las creencias sobre la medicina popular y la herbología son la base fundamental para las curaciones. Las campesinas creen con fervor en los yerbateros, curanderos y parteras. Un tipo popular es la "medicina mágica" con la cual se busca el origen de la enfermedad y se señalan lugares que transmiten enfermedades. Por ejemplo; doña chuchita dice que el asma se atribuye al pelo de los gatos y la fiebre es siempre señal de enfermedad caliente.

Doña chuchita nos relata como es qué utiliza las hierbas en sus pacientes. “Las mujeres que acaban de dar a luz, deben llevar un proceso de limpia. Primero, se acude al temascal a sacar los petates al sol, se barre y se ponen flores y una veladora. El agua para bañarse se prepara con ramas de salve real. Esta hierba es exclusiva para el niño para que no le provoque el "insulto", también se le agrega pirul, romero, muicle, rosa de castilla y malvón rojo para que no saque pá fuera la leche. A la parturienta antes del baño se de da a tomar ruda, romero, tlanchana, hierba de San Francisco con chocolate”.

“Las señoras después del parto tienen una dieta de café con leche y bolillo tostado para que se limpien del estómago, después del primer baño, que es a los ocho días, pueden comer caldo de res y tortilla recalentada.” El temazcal debe ser respetado en todo momento, si se enoja alguna persona, agarra aire y lo tiene que curar un claclauxqui con limpias, piden perdón también ofrecen flores con estambres de los colores del arco iris.

También comenta sobre la costumbre de llevar a la recién aliviada al baño de temazcal sentada en cuclillas sobre un ayate, cubierta con una cobija, quien era trasladada sobre la espalda de un señor (hombres fuertes de la comunidad que

prestaban este servicio); quien la cargaba, sosteniéndola en un ayate con un mecapal; la dejaba en el temazcal y regresaba por ella después de que la partera la bañaba.

La partera se sentaba en el axochtle (lugar donde colocan la tabla en la parte media del baño). Para que la partera aguantara la temperatura alta se sentaba mirando hacia la entrada para que le diera el aire y en su espalda le daba el calor de las brasas, terminando de bañar a la parturienta la dejaban que reposara unos minutos y después la regresaba el señor a su casa en la misma posición de llegada.

Curanderas y parteras, todo un acervo cultural

Las curanderas, parteras y yerberas, son y serán protagonistas en la historia de la medicina. Mientras las enseñanzas sigan transmitiéndose de generación en generación, la tradición continuará.

El conjunto de mujeres sabias en el arte del curanderismo, han legado sabores que la medicina moderna científica, ha perfeccionado para ofrecer un medicamento cada vez más eficaz y útil. Sin embargo aunque la ciencia nos hace olvidar los remedios caseros y los tés preparados por las ancianas, es incuestionable el efecto curativo de estos remedios.

En manos de estas mujeres estuvieron miles de vidas que fueron salvadas por la naturaleza, sanados por unas manos viejas y arrugadas, vidas que vinieron al mundo bajo la mirada cansada de nuestras ancianas curanderas y parteras, que siguen llevando la sanación a los miembros de su comunidad. Personajes protagonistas de la identidad popular de los mexicanos.

“Voceadora hasta que muera”

Christian Cedillo Labastida

Un trabajo humilde, en un pequeño puesto de lámina pintado de color azul. Todos los días, sin descansar y con una carga de problemas encima, María Espinoza sale de su casa con alegría, esperanza y ganas de salir adelante, pero sobre todo, con deseos de sacar “aunque sea pa’l taco”.

Vendedora de periódicos, o voceadora de noticias, lo mismo de periódicos o revistas, esta pequeña mujer de ojos café claro, ofrece pasatiempos, cuentos, crucigramas y comics, además de tener un espacio en su modesto local para vender dulces: chicles, paletas, pelones, muéganos, chamois, entre otras cosas.

María Espinoza tiene más de 34 años vendiendo periódicos y a sus 59 años de edad, su rostro refleja ternura y cansancio, “... estoy agradecida con este trabajo porque nos ha dado a mí y a mi familia pa’ salir adelante, pero no es una tarea fácil pasar aquí la mayor parte del tiempo”.

Vender periódicos requiere tiempo, y para una mujer delgada como ella, el día comienza a las tres de la madrugada, cuando tiene que ir por los periódicos hasta la calle Bucareli, en el centro histórico, siempre acompañada por su esposo, quien se dedica a lo mismo.

De inmediato, dejando un espacio para el desayuno, tienen que buscar un taxi para que cada uno regrese a su lugar de trabajo, él hasta Chiconautla, cerca de donde viven, y ella hasta la avenida San Juan de Aragón, en la Colonia Casas Alemán.

La señora María dice que gana poco más de tres pesos a cada periódico, y “en el caso de las revistas en ocasiones es un poquito más”, pone un ejemplo: “Mira, en el caso de El Universal, hoy domingo, a mí me cuesta siete pesos con diez centavos y está al público en 12 pesos por la revista que lo acompaña”.

En el diminuto puesto podemos encontrar todos los periódicos que se editan en la ciudad de México y un sin fin de revistas que van desde lo político hasta lo pornográfico. En cuanto a esto María nos comenta: “Los periódicos que más vendo son El Universal, el Esto, la Prensa, el Ovaciones y el Record; en cuanto a las revistas obviamente las de espectáculos como el TV Notas, TV Novelas, Teleguía, Mi guía y por supuesto las pornográficas”.

¿Las pornográficas?

Sí, así es

Y, ¿Qué tipo de personas las consumen?

Los hombres —responde ella con seriedad—.

¿Hombres, pero... de qué edades aproximadamente?, —después de hacer una larga pausa, responde.

Señores de más de treinta...

La señora es de buen carácter, aunque en ocasiones muy seria, después de la charla sobre su trabajo, se atreve a comentar “me siento muy sola después de que mis ocho hijos se casaron, y aunque quiero mucho a mi esposo, a veces acepto que lloro de tristeza por ya no poder ver tan seguido a mis hijos...”.

Pero a pesar de éste y muchos problemas económicos que últimamente han surgido, la señora María dice estar contenta con su trabajo, y se reconoce fiel lectora de El Universal, “yo considero que es el mejor periódico que existe, y para poder terminarlo, empiezo a leerlo temprano para después poder vender el periódico que leí y a mí me salga gratis la hojeadita”.

En cuanto a los periódicos menos vendidos, asegura que todos se venden, aunque reconoce que “el Excelsior, Monitor y el Sol son los periódicos con menos seguidores”. En cuanto a los pasatiempos, crucigramas, comics y cuentos, comentó “es una desgracia que ya casi no se vendan, pero la culpa la tienen sus mismos dueños porque cada vez son más caros”.

En cuanto al lugar que ocupa su puesto, no tiene problema alguno, ya que el lugar es suyo y no tiene que pagar nada por estar ahí.

Su jornada laboral es de aproximadamente 14 horas, desde que se levanta, a las tres de la mañana, hasta a las cinco de la tarde aproximadamente, que es la hora en que cierra su negocio. Sin embargo, su trabajo no termina ahí, María llega a su “humilde casa, a lavar, planchar, cocinar —algo rápido y económico— y por último a descansar”.

“Mi trabajo es cansado y además tengo que mantener de pie mi casa, a la mejor si dejara de trabajar mi esposo Víctor, buscaría la forma de salir adelante, pero yo, mi trabajo ya no lo dejo, estoy enamorada de él y me siento muy satisfecha de lo que soy... voceadora hasta que me muera.”

“Yo creo que mi trabajo es muy importante ya que los periódicos mantienen informada a la gente sobre los problemas del país, y si la gente leyera un poco más,

se daría cuenta de las mañas de los asesinos y rateros que gobiernan actualmente el país..., me confieso fiel seguidora de López Obrador.”

Dulces mexicanos

Christian Cedillo Labastida

Él sólo estudió hasta el quinto año de primaria, no le interesó seguir. No le gustaba la escuela, aunque dice que antes —en su niñez— se tenía la posibilidad de seguir estudiando. A la edad de 10 años comenzó a trabajar, después de ir a la escuela se iba al campo, “me gustaba más, se cosechaban flores, calabazas, maíz y otros productos naturales durante 15 años”, comenta. Después, decidió dedicarse a... dulcero.

“Hace falta el estudio y del estudio tienes que sacar algo...”, piensa mientras se encuentra sentado con una canasta a su lado, en las bancas colocadas frente a la base de los “Pumitas” —transporte interior de Ciudad Universitaria—, donde siempre, todos los días espera a que llegue un cliente a comprar por lo menos un dulce, uno de toda la variedad que produce.

Lleva 43 años —ininterrumpidos— vendiendo dulces mexicanos, elaborados todos los días por él mismo, en su casa. “Yo no tengo porque pedir nada... Ni al propio gobierno para terminar rápido”, por eso siempre ha salido a vender sus dulces, dice que no recibe ayuda por parte del gobierno, no le interesa “para ir ahí estarme parado de limosnero..., agarro mi canasta y me voy a vender y puedo sacar hasta más” dice mientras se expresa con sus manos morenas, y un poco torcidas por la edad. Con esa voz aguda y de tono bajo, que muestra poco interés por hablar, pero secretea con su interlocutor.

Parece triste, su mirada lo dice, y en sus ojos se ve el cansancio de tantos años de trabajo, sin embargo la imagen que aparenta contrasta —en ocasiones— con la energía que proyecta al hablar, al expresarse y a alzar la voz para enfatizar algunas de sus respuestas. Él, es un hombre de 65 años aproximadamente, de piel morena y complexión delgada, con cabello negro y algunas luces blancas que dejan ver los años que ha vivido.

¿Que por qué no sabe cuántos dulces lleva en su canasta para vender?

Entre el ruido de los motores y del murmullo de miles de personas que pasan y atraviesan ese pasillo, el señor permanece tranquilo y paciente, esperando que de la venta, saque un poco de ganancias para llevar a casa y seguir con la elaboración de dulces. No sabe cuantos lleva en su canasta acomodados, listos para vender, los

dulces están protegidos por papel celofán que deja ver el conjunto de sabores y colores cristalizados.

¿Que por qué no sabe cuántos dulces lleva en su canasta para vender?, pues porque “una vez que lo conté no vendí, por eso nunca lo cuento. Nada más llevo, lo hecho, y ya sale para vender, pero nunca lo cuento.” Sus dulces no sólo los saborean en la Universidad (UNAM), también sale a vender a Oaxtepec. A donde quiera que vaya, vende, “nada más que uno sea movido puede vender.” Y dice que todos los dulces que lleva se venden.

Al cuestionarle qué pasa cuando no vende nada, se extraña y con cara de asombro menciona que “nada; no le pasa nada al dulce, se guarda pa'l otro día”, pero si no gana nada entonces... “Ah! no, al otro día tiene que ir a buscarle uno y tiene que salir”.

El señor disfruta su trabajo, pues es en lo que ha trabajado la mayor parte de su vida y lo demuestra. Le gusta todo de su trabajo y no le llamó la atención ningún otro, aunque antes de dedicarse a vender dulces, trabajó dos años en Vigilancia de la Universidad, pero “no me gustó... no me gusta que me manden... que venir a la hora, que córrele, que ir a checar y que... vas a hacer esto”, no, dice que eso no es para él, mientras dirige su mirada hacia la zona donde se encuentra la vigilancia y base de los camiones, recuerda su época cuando trabajó en el lugar.

“Yo sé lo que tengo que hacer, nadie me manda..., mi obligación yo la tengo...”

“Yo seré muy flojo para trabajar, pero no tengo quien me mande y yo soy libre de venir cuando yo quiera”. El señor es monótono en cuanto a su vida, pues no la quiere cambiar, no quiere cambiar sus modos, su visión, pues al no interesarse por ejercer algún otro oficio, menciona que aún le “ruegan de venir a trabajar; pero con los años... ya no.”

Dice conocer muy bien su trabajo y no lo cambiaría, se siente bien en hacer y vender sus dulces, es *su obligación*, “yo sé lo que tengo que hacer, nadie me manda..., mi obligación yo la tengo...” Sin embargo, dice que no trabaja todos los días, o “ahí de vez en cuando... no se crea, también se cansa uno”.

Horario no tiene, dice que “bien puedo salir temprano —de casa—, como bien puedo salir yo tarde”. No sabe cuántas horas trabaja al día, pues “puedo vender en una hora, bien puedo vender en cinco horas, como bien no puedo vender nada.”

Su vida ha transcurrido entre los caminos y calles de Xochimilco, lugar donde nació y ha vivido toda su vida, y en la que ha seguido una tradición familiar con la elaboración y venta de dulces con la que por muchos años ha mantenido a su familia, y principalmente mantenido los estudios de sus seis hijos.

“Nada más tengo seis hijos, ellos —ahora— están trabajando... estudiaron enfermería y les mantuve sus estudios con la venta de los dulces.” A pesar de que la elaboración de dulces mexicanos es una tradición familiar, sus hijos no se dedican a esto, aunque es un oficio muy tradicional que muestra la calidad y habilidad del mexicano.

Después de la charla, el señor, que en este caso llamaremos Juan “X” —por no querer aportar su nombre—, decide terminar con la plática, sin querer dar explicación y mucho menos sin querer aportar más datos, para la realización de esta pequeña entrevista.

Pero, aceptó revelar el motivo de su negativa al contestar: “una vez se me acercaron así, con el pretexto de una entrevista y me preguntaron cuánto ganaba y me sacaron muchas cosas, y por eso ya me querían sacar de aquí. Me querían quitar no’ más por eso...”, dice con firmeza, mientras que comienza a incorporarse en una posición recta, para terminar la conversación con su interlocutora... “Ya hasta’quí no más”.

¿Profesión? Convivir con la muerte

Dulce María Alamilla Uribe

Me encuentro en el Hospital General de México con el doctor Juan Soriano, quien es el jefe de departamento post-mortem, desde hace 27 años.

El Dr. Soriano nace en la ciudad de México hace 66 años. Es un hombre de tez morena clara, cabello entrecano muy corto, cejas semipobladas, con ojeras y ojos pequeños, que fijaban la mirada sobre el cadáver de un hombre (como de su edad) a quien haría la autopsia.

Soriano estudió medicina en la UNAM; al término de la carrera inició casi inmediatamente la especialización en Patología Forense. En el transcurso de ésta se casó con una mujer que no tenía relación alguna con la medicina y con quien duró casado hasta 2006, cuando quedó viudo. Tiene 2 hijos, un hombre y una mujer. Ya los dos están grandes -ella estudió arquitectura y él Contaduría Pública-; a ninguno de los dos le llamó la atención la medicina.

El trabajo forense

-En este lugar nos encontramos divididos por unidades, esta unidad se llama anatomía patológica la cual se subdivide en áreas, una de ellas es la de post mortem que significa “posterior a la muerte”, me dijo.

Como al inicio le expliqué que realizaría esta entrevista para conocer y dar a conocer su trabajo que aunque común no muy conocido, empezó a describirlo mientras lo realizaba.

-Aquí realizan las autopsias a las personas que mueren en el hospital, no a los externos. Lo que se hace es esperar de las diferentes unidades (ginecología, terapia intensiva, quirófano etc.) un aviso en el cual se solicita que debemos ir a recoger un cadáver. En la notificación se indica el lugar, la cama y el nombre de la persona finada, sexo, número de expediente etc. Los médicos forenses tenemos que poner el horario en el que estamos recibiendo este aviso y la firma de quien lo reciba.

-Puede ser uno mismo y/o otro administrativo, pero generalmente somos nosotros quienes lo recibimos.

¿A qué hora murió?

Su afirmación despertó la inquietud de preguntar el porqué la importancia de colocar el horario exacto.

-Es de alguna manera respaldarnos ante algún familiar porque en algunas ocasiones la gente llega molesta. Porque se da el caso de que el cuerpo ya lleva 3 o 4 horas sin tener ninguna atención, y para tranquilizarlos se les muestra este aviso donde especifica a qué horas lo recogimos haciéndoles ver que a partir de ese horario nosotros ya somos los responsables en cuanto a la atención que se le da al cuerpo.

En ese momento pasaron el cuerpo de una de las camillas de traslado a otra que se encontraba fija.

-Nosotros tenemos unas camillas de traslado las cuales deben estar al cien por ciento limpias, y nosotros mismos les damos el mantenimiento, es decir, en algunas ocasiones algunos cuerpos presentan hemorragias, tienen catéteres y sueltan líquidos o si fueron operados, sangran y manchan.

-Esto se hace para evitar contagios, a otras unidades, y por supuesto por higiene.

-A veces se confunde esta acción porque piensan que lo hacemos por no contagiarnos nosotros con alguna bacteria, bueno, en parte sí, pero es más fácil que se contagien las otras personas que se encuentran en la misma habitación del finado.

-De ahí los trasladamos a patología, y de patología a otras camillas especiales que permanecen en este lugar en donde el cuerpo permanece en una cámara fría, la cual sirve para detener el proceso de descomposición, en ocasiones en patología les toman muestras de acuerdo al diagnóstico o el tipo de enfermedad que tuvo el paciente.

¿Cuanto tiempo permanecen en patología?

-Ahí pueden permanecer hasta 72 horas.

¿Y después?

-Digamos que hay familiares que se olvidan de sus enfermos o de plano nada más van y los abandonan y cuando fallecen ni siquiera se enteran, para esto existe trabajo social, éste lo que hace es localizar a los familiares.

-Pero no les dice que falleció, les dice que es necesario y urgente que se presenten en el hospital ya que trabajo social no puede decir que tal persona falleció.

¿Y que siente al hacer este trabajo?, le pregunté, porque supuse que algún tipo de sentimiento se crea cuando se ve a un cuerpo en esta condición.

El Dr. Soriano, respira profundo y se sienta en un banquillo, segundos después responde: Al inicio de este trabajo pues tenía un sentimiento normal, de respeto, pero ya estando en la unidad y con el paso de los años pues te bloqueas al estar haciéndolo y lo ves como un trabajo común y corriente y ya lo puedes realizar. Además que no ves que ahora soy el jefe? (risas)

Se levanta rápidamente porque viene otro médico forense a iniciar junto con él la autopsia del cuerpo, continúa explicándome que pasadas 72 horas se da aviso al Ministerio Público, notificándoles que hay un cuerpo que no ha sido reclamado dentro de las 72 horas señaladas por la ley..

Se les da todo el expediente, el cual forzosamente trae el nombre de un responsable. Y ellos ya se encargan de darle continuidad. Después de este tiempo se toma como abandono de cuerpo.

Explicación de lo técnico

Regresando a lo que en ese momento iban a realizar, le pregunto cómo es el procedimiento.

-Debes ser muy metódico, en post-mortem hay 3 mesas, entonces se pasa de la camilla a la mesa, el médico hace una revisión óptica ligera, para saber si trae, cicatrices, tatuajes, manchas en la piel, ya que cuando un paciente fallece la sangre tiende acumularse en el cuerpo y puede confundirse con otras manchas.

-Posteriormente se empieza a hacer la autopsia, para protegerme utilizo todo esto, y me muestra un uniforme quirúrgico, que consta de una camisa, pantalón y botas de hule.

Material para el personal

-Procuramos no entrar con nada que tenga que ver con el contacto directo con el cuerpo.

Enseguida Soriano y el otro médico se pusieron unos guantes de látex, un cubrebocas, googles y unos lentes. Adicionalmente, explicó, se pueden utilizar guantes largos debajo del de látex para cubrir lo que es la piel y así es como empezamos.

Desarrollo de autopsia

En ese momento ambos guardaron silencio y al poco tiempo el Dr. Soriano empezó a explicar:

Se hace una incisión en el manubrio del esternón, 3 centímetros. arriba por donde está la tráquea y se hace la incisión hacia abajo, pasando por la caja torácica

hasta llegar al hueso cifoide, claro respetando el ombligo, en el cual se hace una pequeña glorieta continuando hasta terminar en la región púbica.

-Se empieza a separar la piel, de lo que es la caja torácica por lo más pegado a las costillas, a la altura del abdomen para el tejido adiposo, hasta llegar al peritoneo, (el cual cubre todo el abdomen) después se corta el diafragma, el cual separa de la caja torácica hasta la columna, al abrir se separan todos los órganos hacia abajo, se corta por dentro de las costillas, este diafragma y se saca hasta la columna, se llega hacia la parte inferior del recto, igual todo se separa, en el caso de ambos sexos sacamos completos los órganos genitales y se cortan.

El Médico volteó y me dijo; tócate el mentón, y vete a la parte interna, recorre la parte interna de la mandíbula en forma de U, esta acción se corta con bisturí ya que es únicamente músculo, y esto es para que salga desde la lengua (parte interna de la clavícula) hasta el recto. Ahí jalo fuertemente hasta abajo, a esta acción se llama desprendimiento de “el bloque”.

Me pareció que el Dr. Soriano se encontraba un poco nervioso, quizá por la presencia de alguien extraño para su trabajo. Pero continuó diciendo que posteriormente se pone en una tabla especial y los médicos separan los órganos del cuerpo para buscar los presuntamente dañados.

Se le da muestra de piel, a los hombres se les retiran los testículos y de las mujeres se da muestra de mama.

En ambos casos se da muestra de vértebra. “Y después nos vamos a la cabeza y hago una incisión de la parte de atrás de la cabeza y corto de oreja a oreja y pasando por el parietal, como cuando te pones unos audífonos. Se jalan y separan ambas pieles para que quede el cráneo al descubierto”.

¿Por que hacer este tipo de corte? ¿Por qué de esta manera? pregunté.

-El cabello de alguna manera tapa la incisión, es en parte por estética y principalmente por la técnica la cual es la más viable, porque imagínate que hiciéramos una que incluye desde la frente pues como se vería la sutura ¿no?

-Después hago el corte de cráneo, desde el borde de la ceja dos centímetros hacia arriba y se hace el corte, pero ya es alrededor, con una sierra y/o cerrote esto no se debe de cortar todo lo que es el grueso del cráneo, es solamente hacer una marca de milímetros de profundidad, esto es para que no corten de más porque pueden dañar el encéfalo.

-Después de hacer este surco, se debe de separar con un martillo y cincel especial; no son pequeños son comunes y corrientes. Con esto se fractura el cráneo y ya no se lastima el cerebro, viene el patólogo y saca el cerebro y lo deposita sobre una solución de formol diluido para que se conserve y adquiera otra consistencia. Y sea más fácil de realizar los cortes. Sacan la pituitaria para cualquier información que quieran tomar y ahí finaliza.

Se sutura el cuerpo

-¿Qué tipo de sutura realizan?

-Es una técnica burda, ya que no es la que utilizan en cualquier cirugía con paciente vivo. El hilo es de cáñamo negro y la aguja es la que está en forma de S.

-Los técnicos lavan el cuerpo(entre dos o tres personas) y lo meten nuevamente a la cámara fría. Llega el servicio funerario, llega la familia a identificarlo y ahí termina nuestra labor.

-Yo estoy dentro de esto y sé que a lo mejor el hilo cáñamo no se debe utilizar, porque deberíamos estar en mejores condiciones.

¿A que te refieres?

-Te lo digo porque no todos tenemos la misma percepción y hay mucha gente, sobre todo los moralistas que dicen “como con ese hilo si son personas” y por esa actitud normalmente no se debe saber que utilizamos este material no tan adecuado. Como verás, me encuentro con incertidumbre, pero es por prevenir, no por miedo.

En cera hasta la inmortalidad

Dulce María Alamilla Uribe

“El molde de las manos y los pies de todos los personajes del museo son los míos, excepto los de las mujeres, para esos utilizamos los pies o manos de una de las compañeras de aquí mismo”.

Pedro Pérez tiene 24 años, mide 1.63 metros, es de tez morena clara, cabello negro lacio, rígido ya que su corte es estilo militar, tiene cejas gruesas pobladas y barba cerrada, aunque se la rasura. Él es egresado de la Escuela Nacional de Artes Plásticas (ENAP) y, por estar relacionado con sus estudios, solicitó trabajo en el Museo de Cera de la Ciudad de México: es su primer trabajo formal.

-Tengo experiencia en pintura, escultura, metal y piedra grabada, pero aquí me engañaron, me dijeron que me iban a pagar 2 mil 500 por cada cabeza terminada y por el cuerpo completo 10 mil. -Se empieza a reír y dice- lo que no me dijeron era cada cuando porque para terminar un personaje completo solo, te tardas como 6 meses.

Trabajo 8 horas: de las 8 de la mañana a las 5 de la tarde y de 1 a 2 de la tarde es la hora de la comida. Me queda medio lejos porque vivo por la Villa, pero me estoy acostumbrando, apenas llevo 2 meses trabajando aquí.

-¿Y *te gusta?*

-Claro, tiene que gustarte lo que estás haciendo porque si no, pues se te hace pesado, imagínate estar aquí las 8 horas, pues te aburrirías.

Material

-Platícame, ¿Cuál es el material que utilizan?

-Plastilina café para esculpir, de la modelina, de la café nos dan 3 barras, éstas son duras y son para fijar la base y de la otra pues agarro la que quiera ésa ya es para el trabajo general; resina, una es gris en bruto y la otra es transparente, ésta nos sirve para los dientes y para los ojos; los ojos los hacemos como salgan y como siempre nos salen mal, sólo es para ver como queda la cara y si queda bien y la autorizan, entonces ya le ponemos los ojos importados y caros (ríe), espuma de poliuretano y cristal, éste lo usamos junto con la resina para lo mismo.

Descripción del trabajo de modelado de cabeza

La cabeza se hace con espuma de poliuretano. El material se vacía en una bolsa que tiene un tubo que está hueco y con pies de metal, en ese lugar gira la pieza

hasta lograr que la espuma empiece a expandirse y en ese momento le ponen un poco de poliuretano, todo este proceso es en caliente.

Ya una vez que la bola queda toda polimorfa y fría, la cortamos con la escofina hasta que quede devastada y con la forma que se desea, nada más le dejas unos huecos para los ojos y ya. Ya que tienes *chido* tu mono, si te quieres ver bien, la encapsulas con esas bolsas que usan para la carne para que no se te ensucie con la plastilina, y si no, pues le pones la plastilina en directo y ya como salga.

Sacas la plastilina café dura y la fundes en una olla; le calculas lo que vas a utilizar en el rostro, esperas a que enfríe un poco y la viertes sobre el piso en una bolsa especial, te queda con un grosor como de un centímetro y medio. Se la pegas a la espuma de poliuretano y le das forma, mientras haces eso le vas poniendo los ojos y si va a ir el personaje pues se le coloca la dentadura y si no pues nada más los ojos.

Accesorios elementales

-¿Cómo sacan los dientes? ¿También los haces?

-No, ya hay moldes, bueno sólo tenemos dos, uno es para los hombre y el otro para las mujeres y si de plano es muy detallado el trabajo dental, se le colocan dientes postizos, así se le hizo al de Celia Cruz, ya vez que tiene una ligera separación entre los dientes centrales, entonces se le pusieron postizos y quedó muy bien ese trabajo. Las pestañas son compradas y las cejas simuladas.

-¿De dónde sacas el modelo o cómo lo vas copiando?

-Lo copias de un dibujo o foto que le sobresalgan los detalles más minuciosos del personaje, que se parezca demasiado, si el personaje va a salir sonriendo, entonces todas las fotos e imágenes de éste deben de ser riéndose, para poder encontrar los detalles, rasgos principales primero y después desglosas las señas particulares.

-Los que a veces quedan desiguales son los ojos, uno más arriba o más separados, entonces tienes que volver a hacerlos; es muy fácil modelar los párpados.

Detalles de modelado de cabeza

-Pero continuemos, cubres el rostro (le quitas el pelo) se le pone plastilina alrededor; se le vierte el silicón y después se le echan 3 capas, te tienes que esperar a que se seque y encima le echas el yeso; es para que el molde no se vaya a

deformar, ya cuando está seco se voltea el molde se le quita la plastilina con jabón Zote revuelto con agua para que sea más fácil y se resbale.

-Después le echas encima silicón para hacer la parte trasera del rostro; le echas tres capas de silicón y esperas a que se seque y en un día se hace. Esperas a que repose el yeso; lo amarras para verterle la cera previamente calentada a 100°, para saber que está a esa temperatura tenemos un termómetro especial como la brújula con una varita que te marca los grados.

-Agarras el molde, lo viertes en una cubeta y esperas a que cuaje una hora como la gelatina, bueno, más o menos, el chiste es que esperas a que espese y después lo picas para ver el grueso que se obtuvo; lo desmoldas y ahí pasa algo chistoso, como choca la temperatura con el calor y el frío más los químicos, pues se hace chiquito y si la cabeza era de 23 cm. queda de 22.

Entonces lo vuelves a calentar y lo vuelves a verte otra vez, ¡¡¡imagínate!! Hasta lograr que quede con la medida que debe llevar, después le pones un foco de calor ésos que le ponen al chicharrón unos minutos y después se lo pones en los ojos y en esos momentos se moldean con los stikeas.

Los stikeas

Y ¿qué son los *stikeas*? son moldeadores para escultor, los venden en el depósito dental, es para mayor perfección en los ojos, y cuando ponemos diente por diente con cera, porque los otros dientes ya vienen en plaquetas, esos dientes que te digo se los hicieron al personaje de Celia Cruz, se les copia la dentadura tal y como la tiene el artista. ¿Ya vez que Luis Miguel tiene una abertura mínima entre los dientes centrales? Pues así los tiene Celia Cruz y Assivadan (escultor también del Museo) lo hizo y le quedaron igualitos.

-Después se le manda a poner el cabello, cejas y pestañas que son las que van al final; después del pelo sigue el maquillaje y después lo pintan con óleo con una técnica de punto por punto y para que dé el efecto de rosado le ponen puntos rojos.

Assivadan es el nombre de uno de los escultores de cuerpo, ya que cada uno de los escultores tiene su área, ésta se divide en cuatro; modelado de cabeza, modelado de cuerpo; maquillaje y colocación de cabello, para los dos primeros, son hombres quienes lo trabajan y los dos últimos las encargadas son las mujeres, hay nueve trabajadores en el museo.

Assivadan me comenta los personajes que él ha estado haciendo pero que aún no se estrenan en el museo, como Angelina Jolie, David Beckham, Principe William, y algunos más que están en proceso como Celia Cruz.

¿Cuanto tiempo te tardas en hacer el cuerpo? 2 semanas más o menos, no tenemos un tiempo en específico, es dependiendo la solicitud de Emma (encargada del departamento de relaciones públicas) si ella nos dice tienen un mes para hacer a tal personajes pues nosotros administramos ese tiempo y ya. (Cabe mencionar que tarda este tiempo, porque ya es uno de los escultores más experimentados en este lugar, lleva 4 años trabajando para el museo de cera.)

Medimos a Luis Miguel en Acapulco

-Yo ocupo 3 barras de plastilina dura y después barras de lo normal modelina blanca etc, de ésta me llevo como 12 y 3 amarillas, espuma de poliuretano, y ya.

-¿Cómo le haces para las medidas corporales del personaje?

-A Luis Miguel le fueron a hacer el molde a su casa de Acapulco; Marcos es el encargado de salir a hacerlos cuando el artista se deja, entonces ahí mismo le hicieron el enyesado y las muestras de las extremidades.

-Y ¿cuando ese personaje ya no vive?

- Ángela (encargada de la publicidad del museo) busca modelos que tengan más o menos la complexión de ese personaje y los trae para la toma, o si no por internet busca esas proporciones en una dirección que tiene vínculo con el museo.

-¿Y las manos o los pies de donde los sacan? Porque una cosa es la proporción general del cuerpo y otra las extremidades donde las manos y los pies tienen otras medidas.

-¡¡¡Ahhh, pues son las más¡¡¡ (risas) las manos y los pies de todos los personajes del museo son míos, excepto los de las mujeres, para esos utilizamos los pies o manos de una de las compañeras de aquí mismo. Lo hacemos con un catalizador especial y un guante de diferentes tamaños.

-El cuerpo completo se cubre con una venda de yeso, resina con fibra de vidrio y una capa más de resina al final. El molde lo hago en un día y cuando hay presión y se tiene que entregar rápido hasta en 3 horas lo termino.

-Todo lo que se vea en el personaje, es decir lo que está al descubierto como la cara, las manos o alguna parte más del cuerpo está hecha de silicón, todo lo demás que está cubierto con la ropa está hecho con fibra de vidrio, y espuma de poliuretano.

Los tiempos

-¿Cuándo tiempo te tardas en hacer uno completo?

Tienes un tiempo en específico, cuando es una figura de espuma nos dan diez días, cuando es de fibra de vidrio es más tiempo, aproximadamente un mes, depende del personaje, la mayoría de las mujeres son de fibra de vidrio, por ejemplo ahorita están haciendo a una Thalía nueva porque la que está en exhibición ya está muy deteriorada.

-Aquí por ejemplo inauguran con el artista (siempre y cuando éste quiera y pueda.) Vino Eugenio Derbez, Cuauhtémoc Blanco, Palencia, Ana Guevara, A todos ellos se les tomaron las medidas e incluso se les hizo la toma con yeso. Adal Ramones fue uno de ellos, Omar Chaparro, él también se dejó hacer la toma en yeso.

Ingresos

-¿Cómo es el taller dónde trabajan?

-Grande y feo (Pedro)

-Grande, feo y como están hasta arriba con las láminas de asbesto nos acaloramos mucho (Assivadan)

Pedro agrega: “Y no nos dan ni siquiera agua”.

-Son como casas provisionales, interrumpió Assivadan.

-¿Y en general laboran en buenas condiciones?

-Yo pedí unos extractores hace 2 años y no me han dado nada a la fecha, trabajamos 8 horas diarias, de lunes a sábado, nos pagan mil 400 o mil 500 a la quincena, más o menos.

-¿Les dan las prestaciones de ley?

- Sí, todas las de ley, seguro social, etc. por eso sigo aquí si no imagínate, tengo una hija de un año y sin el servicio médico entonces si estaría pesado.

-Entonces ¿te gusta tu trabajo?

Sí claro, si no tampoco estaría aquí, es que a mí me gusta esto desde chico hacía dibujos y conforme fui creciendo me fui apasionando más en esto, ya de adolescente me aventaba mis figuras de poliuretano de los comic's y hasta llegué a venderlos y ya desde ahí decidí que esto era lo que quería hacer entonces pues mi trabajo es lo mas relacionado a ello. De hecho Mauricio Rabner fue quien me invitó a trabajar aquí, yo no pedí trabajo.

- *¿Quién es Mauricio Rabner?*

-El nieto del dueño y el publicista general del museo; él me preguntó en una feria del empleo que si quería trabajar como escultor y yo acepté, también me engañaron como a Pedro (risas) me dijeron que ganaría 10 mil por cada figura que yo realizara, lo malo es que no me especificaron en cuánto tiempo.

¡Pague con cacharpita, por favor!

Dulce María Alamilla Uribe

...Entonces iba manejando de a cafre, dando cerrones y acercándome lo más que pudiera para darles un golpe, sin dejarles caer el micro fuerte, porque entonces ya sería otro problema, pero sí darles uno leve sólo para desquitarme, porque sabía que lo habían hecho porque se dieron cuenta de que era una mujer la que manejaba.

¿Quién es?

Pamela Reveles es el nombre de la conductora del microbús de la ruta 86, la que va de Tepalcates a Tacubaya en la ciudad de México; ella recorre este camino todas las tardes de 2 de la tarde a 10 de la noche.

Pamela es Ingeniera bioquímica; tiene 23 años, mide 1.55 metros es de complexión robusta, morena clara, cabello corto oscuro pero teñido de color rubio, trae una perforación en la nariz lo que la hace ver con facciones más duras.

Estudió Ingeniería Industrial Bioquímica en el Instituto Politécnico Nacional (IPN), egresó hace 2 años y como no encontró trabajo de su primer carrera decidió en “por lo mientras” estudiar pedagogía en un colegio particular, sólo terminó el primer semestre ya que pensó que si estudiaba para ganar dinero tenía que hacerlo y no seguir estudiando ya que esta segunda carrera no le garantizaría conseguir un empleo y mucho menos dinero.

“Fui a pedir trabajo a varias industrias, pero no me lo daban que porque no tengo experiencia, y me encontré con el problema de muchos egresados; la experiencia ¿pero cómo la vas a tener si no te dan la oportunidad de trabajar? entonces yo regresaba, te lo juro, llorando y mi papá al ver que yo estaba desesperada por no encontrar trabajo de lo que estudié, pues me ofreció el microbús, porque él es el dueño y también lo trabaja y me propuso que lo manejara en lo que encontraba un trabajo de mi profesión; él no me pidió experiencia previa para manejar parte de su patrimonio”.

-¿Cuanto tiempo llevas trabajando en el microbús?

El 27 de diciembre de 2008 cumplí tres años apenas.

- ¿Y te fue difícil agarrarlo?

- Pues sí, fíjate que al principio eso de cobrar, manejar, espejear e ir viendo para todos lados pues por supuesto que se me complicaba y al inicio sí tuve que ir

acompañada por un *cacharpo* (el cobrador) y pues ya acompañada por él me era más fácil preocuparme sólo por manejar.

-¿Qué tan difícil para ti es ser conductora de un microbús tomando en cuenta la sociedad en la que nos encontramos, su cultura y la ideología que se tiene para una mujer en este trabajo?.

-Definitivamente muy difícil, empezando por tus compañeros de trabajo, a pesar de que mi papá y mi hermano y ahora yo, trabajamos en la misma ruta, para empezar no es el mismo trato que llevan ellos con los demás conductores que conmigo; ahí en la ruta somos pocos los chavos de mi edad que trabajamos y con ellos tengo buena relación, pero por el simple hecho de ser mujer las conductas y actitudes hacia mi persona, son diferentes.

Experiencia laboral

-Fíjate hace un mes tuve un altercado con unos chavos de La Salle, me chocaron la parte trasera del microbús, pero yo dije; si no me hicieron gran cosa no les digo nada, pero en lugar de que ellos siguieran su camino, iban dándome cerrones, han de ver dicho; “como es mujer a ver qué hace”, entonces les di menos importancia porque pensé en el pasaje y que aparte iba yo sola, pero como los tipos seguían, lograron tirarme la calavera del microbús, entonces sí me enojé y que los empiezo a seguir, con el único objetivo de darles un golpe (risas)...

-Mira siempre critico a mis compañeros por hacer este tipo de cosas, sin importarles las personas que llevan a su cargo y que por acciones de algunos nos critican y clasifican a todos, pero hasta ese momento entendí que cuando te quieres portar lo más racional y educado posible. los demás *te agarran de a su puerquito*, entonces pues me comporté de manera irracional, como vil microbusera.

-Entonces iba manejando *de a cafre*, dando cerrones y acercándome lo más que pudiera para darles un golpe, sin dejarles caer el micro fuerte, porque entonces ya sería otro problema, pero sí darles uno leve sólo para desquitarme, porque sabía que lo habían hecho porque se dieron cuenta de que era una mujer la que manejaba.

-Pero todo me salió mal, porque ellos dieron vuelta en un lugar al que ya no podía seguirlos porque traía pasaje y pues me quedé trabada del coraje, con un nudo en la garganta porque en ese momento me sentí impotente, porque ni groserías les pude decir y aunque el pasaje se dio cuenta pues no podían hacer nada, pero ningún señor me ayudó.

-Ya después llegando a la base que me suelto a llorar, por coraje, por mi golpe y por mi impotencia de no haber logrado nada por prudente y por.... bueno ya sabes.

-Y ahí en la base no estaba ni mi papá ni mi hermano y los señores pensaron que me habían robado o algo así y cuando les platicué pues yo esperaba que me dijeran otra cosa menos lo que escuche, sólo me dijeron “gajes del oficio”.

-Sabes que ésa es sólo una mala experiencia, de muchas que vendrán más adelante y con todo lo que conlleva ser conductora de este medio de transporte, ¿piensas seguir trabajando aquí?

-Pues mira, seguir estudiando ya no, porque yo estudié para trabajar y ganar dinero y si me niegan el trabajo por el motivo que tú quieras, pues yo necesito conseguirlo de alguna u otra forma y si mi papá me está ayudando y me está dando trabajo y estoy consiguiendo dinero pues aquí me quedaré hasta que encuentre trabajo de lo que yo estudié.

Ingresos

-Además aquí es más tranquilo en horario porque yo decido si trabajo en la mañana o en la tarde o si sencillamente no trabajo. Cuando quiero o necesito más dinero organizo mi tiempo de tal manera que hay semanas que las trabajo completas, es decir los dos turnos, es pesado pero sé cuanto le voy a ganar.

-¿Y cuanto ganas aproximadamente en un turno?

-Pues varía, pero en un sólo turno sacas de base \$260 porque tienes que apartar o sacar la cuenta, ahorita esta en \$300 y cuando te va bien, cierras hasta con \$500 pesos libres.

-Muchos carros tienen relevos, es decir en la mañana lo trabaja una persona y en la tarde otra, el horario en turnos va desde las cinco de la mañana hasta la una de la tarde y las 8 horas restantes *se las avienta* otra persona. ¡Ah pero ya lo debes dejar con gasolina y con el aceite, no creas que sólo lo dejan así!

Actividad laboral

-La base del microbús en el que yo trabajo se encuentra en Tepalcates (al oriente de la ciudad de México) y va a la base de Tacubaya, aquí cada microbús tiene un tiempo de salida que va de 6 a 10 minutos de espera entre uno y el otro, la ruta es la número 78. Y una hay una persona encargada de contar el tiempo de salida y la espera de otro microbús, también lleva el registro de las vueltas que cada conductor lleva y su tiempo trabajando.

Las carreras entre micros

-¿Por qué es muy común ver a los conductores de este medio de transporte, dándose cerrones, echando carreras, metiendo los frenos cuando menos lo esperas y peleando entre ellos?

-Lo que pasa es que algunas personas como todo, se quieren pasar de listas y no respetan el tiempo de cada micro, entonces empiezan a acelerar tratando de alcanzarte y cuando te das cuenta ya te van *planchando* (robando tiempo), entonces te quita tu pasaje si te rebasa y eso hace que tu ingreso baje y no puedas sacar ni la cuenta. Por eso los micros van echando carreras uno por mala onda y el otro por no dejarse y también por eso hasta se pelean y se van diciendo groserías.

Fuente de trabajos

-Yo estoy a favor de que los microbuses sigan circulando, sé que por unos pagamos otros, pero esto es una fuente de trabajo para muchas personas y por quitar tan sólo una ruta dejan sin trabajo a muchas familias, por ejemplo mi papá tiene 5 microbuses: uno lo trabajamos mi hermano y yo, el otro lo agarra él y 3 los da a trabajar, si quitaran por ejemplo esta ruta (78) nos dejarían sin trabajo no sólo a nosotros.

-Ésta es una fuente de trabajo casi independiente, y digo casi porque no tenemos seguro médico, o seguro contra accidentes, no tenemos derecho a alguna vivienda a pagos como lo hace un asalariado, hay que pagar los golpes, choques, y otros factores más arriesgados pero a cambio de todo esto, tenemos un ingreso económico mayor al de muchos asalariados, mi papá saca 14 mil pesos mensuales, pero de éstos tiene que dividirlos para el mantenimiento de los micros, el de la familia y lo que vaya saliendo, entonces pues son unas con otras.

El futuro

-Mi papá piensa poner un negocio más estable en un futuro, porque este trabajo en realidad es muy arriesgado. A mí me gusta mi trabajo, pasas corajes, nervios, accidentes, de todo pero con todo me siento orgullosa, personalmente sé que este trabajo no cualquiera es capaz de hacerlo, la intimidación en este país hacia las mujeres es fuerte y en este trabajo más pero afortunadamente hay más mujeres con mayor actitud y cultura que no permite este tipo de ofensas, aunque por dentro sí le da un poco de miedo.

-Yo me imaginaba a los 27 con mi camioneta X-Trail y mi estéreo a todo volumen, y mis amigos cuando me ven me dicen; órale esta *chida* tu camionetota y tu estero también. (Risas).

-Sin embargo aunque estoy orgullosa de mi trabajo si encontrara una oportunidad en alguna industria por supuesto que me iría a trabajar ya que tengo otras expectativas para mí, ahorita me gustaría que me llamaran de la empresa que maneja la marca L'oreal; ya dejé mi currículum y tengo unos conocidos que me van a echar la mano para entrar, entonces a ver qué pasa.

Frases célebres

-Aquí en este trabajo tenemos las frases célebres por ejemplo *planchar* es robarte tiempo, *plasta* o *enconcha*” es cuando el conductor va manejando muy lento tratando de conseguir pasaje, *cacharpo* es el cobrador y la *cacharpita* es el cambio, las monedas de muy baja denominación como los 10 ó 20 centavos; *pollero* es la caja grande donde va el motor y le dicen así porque ahí sientan a sus novias, o a las chavas que les gustan.

El paso a *Gringolandia*

Estephanye M. Reyes Aguiñaga

Yo soy José: José Ramírez Sánchez. Estudié un poco, hasta segundo de secundaria porque veía la escasez del dinero en mi casa, preferí tomar un camino diferente, trabajé de carpintero como ocho meses aquí en el DF. Decidí probar suerte en otro país y platicué con mis primos para saber cómo estaba el movimiento en Estados Unidos y resolví que no trabajaría toda la vida de carpintero porque soñaba tener una casa, sacar a mi familia adelante, por mis hermanos más que nada, los veía como vivían con mi mamá, rentando, eso se tenía que acabar, no toda la vida teníamos que vivir así.

Le dije a mi primo si podía *echarme la mano* para irme; al principio no quería porque decía: “eres muy niño”. No me aceptarían en los trabajos porque la edad mínima es de 16 años y sólo tenía 14, eso fue hace ocho años, entonces él me propuso: “si no trabajas, vas a ir a la escuela”.

El trayecto

Para llegar a Utah tuve que tomar un avión a Piedras Negras, ahí me instalé en un hotel que se llama “Olivia”, lo recuerdo bien por mi hermana, así se llama. Llegué un martes a las tres de la mañana, el día miércoles en la noche intenté cruzar la frontera, tuve que caminar por las montañas para llegar a Phoenix, Arizona.

No puedes cargar muchas maletas porque te vas a cansar y aparte vas a llevar garrafones de agua, yo decidí tirar mi ropa y en su lugar meter un garrafón, aparte otros dos porque es más importante el agua que la ropa. Allá llegué prácticamente sin nada. Pero siento que te da fuerzas al decir “si sufrí, no te puedes quejar porque ya tienes un futuro por delante”, hay que construirlo pero si uno es inteligente y tiene el valor para conseguir lo que quiere, lo va a lograr.

En ese trayecto te encuentras con muchas cosas; por ejemplo, te asaltan los mexicanos, los famosos *cholos*, te quitan tu dinero, te dejan descalzo, recuerdo en esa ocasión, me uní a varias personas para cruzar y a una le quitaron sus tenis. Recuerdo, les dijo “los tenis no porque hay que caminar” y le contestaron “te voy a hacer un favor, te voy a dejar los calcetines”.

Te da coraje como te tratan tus propios paisanos y quieres agarrarlos a golpes pero no se puede: son varios, traen armas y no sabes quién *le va a brincar* contigo; entonces uno se queda callado y sigues caminando. Si corres con suerte, te los encuentras una vez. A los hombres nos revisan bien, y quieren a veces revisar a las mujeres y da coraje porque las manosean, un hombre como quiera aguanta, pero una mujer...

Cuando entras al territorio americano te encuentras con cuerpos humanos y da tristeza y dices “él esta muerto aquí y sus familiares no saben” y te entra en la mente “¿me pasará lo mismo?”. Ahí es cuando te arrepientes de haber salido de tu casa, pensé “por lo menos allá tenía un trabajo y podía pagar mi renta y no estar aquí viendo los cuerpos”. Creo era una familia porque era una señora, un señor y un niño. Me dio coraje por el niño, si él todavía no sabe, no conoce de la vida, sus padres, por lo menos, vivieron un poco. Y los tienes que dejar ahí, seguir tu camino, no es válido tener sentimentalismos de ayudarlos o hacer algo por ellos. Simplemente no puedes.

El guía camina y no se detiene, si te quedas, él no se regresa por uno, lo advierte desde el principio: “si son diez y llegan cinco, cobro por éstos pero no me quedo por uno”. Eso te impulsa a llegar adonde vas.

A la hora de recogerte en las carreteras es un relajo porque es por tiempos, y si tú no caminaste rápido y no llegaste a donde estaba el coche para llevarte a otro lado te tienes que quedar en el monte una noche o días, y si se pone por ejemplo un retén en ese lugar porque es la carretera patrullada por migración, a lo mejor te quedas tres días allí.

Yo me quedé una noche porque no llegamos, te quitan mucho tiempo las personas que te asaltan. Y esperas, no hay de otra. En esa noche pasó toda mi vida, lo que hice de niño, me puse a pensar en mi familia. No te duermes aunque tengas sueño, porque no te deja la preocupación, el ¿voy a salir de esto? Y es cuando Dios más te ayuda porque tantas cosas en el camino y tú todavía sigues. Recuerdo que habían dicho “si a las cuatro no pasan por nosotros nos vamos a migración”, pues estaba como a tres metros, “y cada quien se regresa a su pueblo”, y no pasaron, nos dijeron que a las nueve, sucedió igual, y se regresaron tres personas, sólo nos quedamos cuatro mujeres y tres hombres. Me preguntaron qué iba a hacer si ellos también se retachaban y decidí quedarme hasta las dos de la tarde que prometieron ir por nosotros, pero mientras no me iba a ir y se quedaron conmigo.

Ya estaba más adentro, me tuve que esperar, no te dan de comer y tienes hambre, si te dan una vez en tres días te fue bien y si no, te la vas a aguantar. A mí no me daba hambre, yo decía “quiero llegar allá”. A las dos de la tarde nos avisaron que otras dos horas, enseguida nos pasó a recoger el coche y nos fuimos a Phoenix, dentro del carro no la tienes tan segura pero es un 50 por ciento para estar en ese país.

Llegando a la casa donde te llevan *ya la hiciste* automáticamente. No te atienden muy bien pero por lo menos te prestan una toalla y ropa para que te bañes y ya estás dentro de Estados Unidos.

La bienvenida al sueño americano

Al irme para allá no sabía a donde iba, lo único que me impulsaba era mi familia, darles una casa y no contar el dinero para ver si nos alcanza, llegué un sábado en la mañana y ese mismo día me preguntaron si quería trabajar, contesté “Sí”, acabó el día y el gringo me preguntó: “¿tú no deberías ir a la escuela?”, no supe qué responder; mi primo le explicó la situación y él me dijo: “eres muy chico para trabajar en este país, pero se ve que tienes ganas de trabajar, te vamos a probar por un mes, si no la haces en este trabajo, mejor ve a la escuela”.

Tuve un mes muy presionado, porque pensaba “quiero quedarme aquí, esto es para mí”. A la quincena recibí mi primer pago y me dijeron “tienes trabajo el tiempo que quieras permanecer en esta compañía”. Yo procuré echarle ganas y en ese entonces recibía menos que alguien con licencia para trabajar.

A los ocho meses...

Mi madre y mis hermanos no sabían que me había ido a los Estados Unidos, fue hasta los ocho meses o al año que mi mamá habló para que mi primo le echara la mano a un amigo. Él preguntó -¿quién habla?

—Matilde

— ¿Quieres que te pase a José?

— ¿José no está en México?

—“Ahorita hablamos tú y yo”, me dijo. Si no he hecho nada, contesté. Me pasan a mi mamá y me dice ¿tú que haces allá?. Observando la ciudad a ver que sale, contesté. Ella se puso a llorar porque no le avisé. Y no lo hice porque siempre he pensado que debo hacer las cosas solo para sentirme mejor y voy a decir “esto es mío, yo lo hice, nadie me ayudó, nadie me dijo camina por aquí porque es lo

correcto, eso no va conmigo”. Esa es la vida que yo llevo, procuro hacer las cosas bien y de las malas tomo lo bueno. Por eso no le avisé.

Después me comunicaba de vez en cuando con ella porque rentaban y no tenían teléfono, a veces le pasaban la llamada o me decían que estaba lloviendo y no podía salir o “está trabajando y ellos en la escuela”. Así nos la pasamos como dos años, después ya tenía dinero, compré un terreno, hice la casa y puse el teléfono. Ya podemos hablar constantemente, a veces cada tercer día, para preguntarles cómo van en la escuela o para regañarlos porque hacen las cosas mal, ahora tenemos más comunicación.

“Trabajo en la construcción, poniendo los techos”

En lugar de concreto se pone madera, encima papel para que no se meta el agua, después unas piezas que se llaman “shingles”, eso se va clavando con una pistola a presión. Hay diferentes tipos de techos, por lo menos ocho. Además de shingles, “sheks” de madera, hay otros de lámina, pero los comunes son los shingles. Ese es mi trabajo y me gusta mucho porque hay adrenalina.

No es pesado, más bien complicado por la forma en que hacen los techos, hay que pensarlo un poco, el que surte el material lo pone arriba donde hay una persona, mientras nosotros estamos colgados y nos avientan de a pieza, que no pesa.

“Si hay peligro”

Un error te cuesta la vida, nos ponemos arneses y un lazo, pero ese lazo lo tienes que clavar en la madera, en la parte más fuerte, de lo contrario tú te cuelgas y te caes. Muchas veces no está alto, pero otras, las casas son de tres pisos, y otro factor de riesgo es la inclinación, hay techos normales como el 6/12, en éste no utilizas lazo porque es plano, me entiendes, pero va subiendo, el 12/12 es casi vertical, hay un 16/12 todavía te puedes colgar pero tienes el lazo casi en la cara. También tienes que estar checando tu cinturón, el arnés, seguido, pero no es común que se desabroche, donde hay más peligro es cuando uno se confía.

Me he caído tres veces pero no me ha pasado nada grave. La primera vez lo que pasó fue que me saqué el aire, me levanté y me puse a trabajar. La segunda caí mal, recuerdo cómo estaba viendo donde iba a caer, pero al llegar había un palo cruzado, me pegué en un costado, cuando reaccioné estaba arriba de la ambulancia y les decía “no me pasó nada”, porque no me dolía, sólo perdí el conocimiento un rato. Lo más grave fue en octubre, me lastimé la rodilla y el brazo, es por eso que

estoy en México porque me dijeron que tenía que descansar unas tres semanas y qué mejor oportunidad de ver a mi familia.

Dentro de la compañía sí hubo accidentes más graves, el más delicado fue el de un mexicano, se le fracturó la cintura, lo operaron y estuvo en el hospital dos meses. Sucedió por errores de no asegurar las cosas, yo me confié porque él tiene más tiempo que yo en la compañía, yo no lo chequé: le molestaba. Mi trabajo es revisar los trabajos pero sobre todo, la seguridad. Un día antes él me dijo que a poco yo le iba a enseñar si era un escuinle, pensé “probablemente tiene razón” y al siguiente día no le revisé, cuando escuché ya se había caído.

El papá de un compañero también se cayó; tenemos que bajar la nieve de los techos también, eso es normal, el problema es cuando se hace hielo y no se ve, es como una resbaladilla, pisas y adiós. Ese día ellos dijeron que iban a empapelar esa casa porque un día antes habíamos empujado la nieve y yo les pregunté: ¿quien me va a acompañar a la otra casa? y nadie quiso. Revisé los lazos, el problema fue que él nunca se enganchó, se le olvidó, pero al voltearse se cayó y ya no supo más, según él.

No sabría decirte como pasó exactamente, ya me iba para la otra casa, estaba en la camioneta, me gritaron, me bajé y lo fui a ver, estoy hablando de una altura de dos niveles de 20 pies. Yo lo medí porque en el hospital te piden la altura de dónde se cayó, básicamente todo porque tenemos un seguro, y debemos reportar quién fue el culpable, qué pasó para la cobertura del seguro. Luego hay problemas, porque si dices que se cayó pero no lo viste y dudaste, el seguro sólo paga la mitad. Cuando eso sucede el inconveniente viene para mí como encargado, entonces decidimos decir lo mismo porque nos investigan.

En los seis años que llevamos en la compañía son dos accidentes los más graves, los demás los llamo pasatiempos porque no te pasa nada, sí te duelen los golpes, pero al otro día puedes caminar. Los otros, te tienen que atender, llevar a terapias para que quedes bien y por lo regular ya no quedas bien.

La supervivencia en los Estados Unidos

La vida allá es dura cuando empiezas; cuando estás establecido es buena en todos los aspectos.

El idioma lo hablo poco pero sí puedo entender, mi propósito es saberlo escribir, hablarlo mucho mejor y leer.

Vivo con mi primo Javier, el ya tiene casa propia. En la parte de arriba vive él y su esposa e hijo y en la parte de abajo estamos seis hombres. Con todos nos llevamos bien, somos una familia. Pero ellos ya volvieron para no regresar allá.

Procuró distraerme a veces cuando tengo tiempo, trato de conocer otros estados, me la paso bien, voy a Las Vegas, pero no me divierto bien porque sería diversión estar con mis hermanos y mi mamá, pero desafortunadamente no se puede, ellos tienen que estudiar y tienen una vida aquí, en México.

He estado en Las Vegas, en las playas de California, en Miami. Y cuando viajo por trabajo procuro tomarme un día, por ejemplo en Idaho, Iowa, Indiana. He llegado a tener mejores carros que mis primos, un ejemplo, en el 2001 me compré un BMW, pero lo máximo que me duró fue cuatro días porque nos fuimos a estampar en un árbol.

Debes tener 18 años para ir a un baile y vas a entrar en lugares para menores de edad, eres mayor a los 21 y tampoco puedes hacer mucho desastre porque te echan a la policía. Siendo ilegal tienes libertad, no al 100 por ciento como los gringos pero sí un 60 por ciento que es muy bueno ahorita; recuerdo que en el 99 no teníamos mucha, siento que conforme pasan los años les vamos ganando, hasta les estamos imponiendo nuestra comida, antes apartaban los chiles, ahora preguntan ¿dónde están los chiles?, también les imponemos nuestro idioma, para ellos existen dos: el suyo y el español, se esfuerzan por aprenderlo, y prefieren México, sobre todo sus playas.

Cumpliendo metas

A los 17 años ya ganaba bien y pude empezar a hacer una casa para mis hermanos, tenerlos mejor en lo económico y cumplí mi meta; a los 19 tenía casa, un poco de dinero, ya era momento de volver a México.

Me puse a platicar con una persona, una mujer, y me dijo: “ya estás en la cima, puedes cosechar muchas cosas ¿por qué tener que regresar a tu país cuando te puedes llevar más de lo que has hecho?. Tenía razón, ahora mi meta es hacer casas y rentarlas para que en un futuro ellos, (señala a sus hermanos) no se preocupen por el dinero o dónde vivir.

El propósito ahora es comprar una casa en los Estados Unidos y un futuro que ofrecerle a la persona con la que me case, pero no en este momento. El amor no lo he tenido en ocho años; lo he cambiado por los carros, el dinero. Eso es amor para mí. No he estado estable con una pareja porque a veces no tengo tiempo, debo

trabajar ocho horas pero a veces agarro trabajos de otro lado. En algún momento lo quise hacer, el problema fue que el trabajo me absorbía: en el verano cuando salgo a las cinco de la mañana regreso a las nueve de la noche. Sé que es necesario porque te vuelves frío. Pero no sé donde quedó, hay que sacarlo, pero no en este momento.

El regreso después de ocho años

A mí me preguntaban : ¿dónde está tu casa?

—Está en Atizapán, por el Estado de México

—Y la dirección.

—Qué pasó, no me preguntes, si yo ni sé-. Y ellos me hacían burla.

—Saca la casa que ni la dirección sabes.

Y eso es cruel, resulta que tienes casa pero ni conoces dónde está. Y decidí regresar para ver cómo era mi casa.

Reencuentro

Cuando los volví a ver, creo que me puse a llorar, no lo recuerdo bien porque trato de no llorar enfrente de nadie, pero en los ojos ya tenía las lágrimas. Mas cuando tuve a mi mamá de frente y ella le preguntaba a mis primos ¿dónde está José? yo no sabía qué decir, sólo quería llorar y pensaba ¿por qué me sucedió esto? ¿por qué pasó tanto tiempo?. Y la vi y le dije “Yo soy José” y no me creía. El tiempo en los Estados Unidos se me fue muy rápido. Y esto es una de las cosas más tristes que me han pasado, mira que no reconocerte tu mamá.

Ellos tenían una imagen mía de niño, y me dije “no hubiese vuelto, me hubiera quedado en los Estados Unidos”. Y me pasaba lo mismo, tenía a Óscar como un niño, a Carlos como un bebé, pero sí me daba a la idea que ya son jóvenes y lo que más lamentaba era no conocerlos, era lo que me preocupaba, pero nunca me pasó por la mente que ellos no me reconocieran.

No estoy ciego, soy débil visual

Estephanye M. Reyes Aguinaga

“Mi nombre es Hernando García Gutiérrez, tengo 22 Años, estudio en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales la carrera de Ciencias de la Comunicación, especialidad Producción, soy débil visual. Mi discapacidad es genética; nací bien, al año se desarrolló y va disminuyendo la visión y no hay nada que pueda hacer. De hecho todavía veo un poquito, a las personas ya casi no, algunos colores sí, veo siluetas, en fin, me quedan algunos reductos de visión. Es muy difícil explicar cómo veo las cosas”.

“No me gusta hablar de mí, prefiero que los demás me cuenten cosas, yo soy hermético, así me hice, casi no hablo de mí... Me cuesta mucho trabajo describirme porque tengo muchas facetas, hasta estuve en una terapia psicológica y fue muy difícil figurarme. Hoy estoy vestido de verde fosforescente y azul porque me gusta que me vean. Soy altruista, sincero”.

“Un día en mi vida, es algo que ya tengo previsto, no soy de las personas que sale y dice: “...a ver qué pasa”. Ayer me levanté, me bañé, desayuné, salí de mi casa, tomé el metro. Estaba lloviendo, el transporte especial me dejó aquí en la alberca, nadé en la lluvia, esperé el camión y no vino por mí, me desesperé y ya no fui a mi clase, preferí ir a comer, regresé y escuché el camión, me subí y le reclamé porqué no había ido por mí. A la una me fui al museo y a las seis salí para ir a mi casa. Más o menos así son mis días”.

“Cuando conocí a Estephanye también el camión me dejó y ella me llevó a tomar un taxi, igual, fue un día lluvioso y la segunda vez que nos encontramos pasó lo mismo”.

“Antes me molestaba que hablaran de mi discapacidad, en la primaria me hacían sentir mal, no aceptaba que la tenía, a veces se me olvidaba. Decía ¿por qué me tocó a mí?, ¿por qué tenía que disminuirme la visión?, en la secundaria fue un proceso rápido de aceptación, en un abrir y cerrar de ojos acepté la realidad. ¿Cuál es? Tengo una limitante, a partir de allí puedo desempeñar algunas cosas y otras no, habrá algunas que no puedo hacer como el automovilismo pero no por ello debo estar frustrado. La computación me gusta y hay cosas que no puedo hacer más no debo detenerme y he seguido adelante con lo que tengo”.

La natación, una gran experiencia

“Aquí estoy más tiempo desde hace dos meses que práctico la natación porque me gusta, mi meta es ser campeón paralímpico por ello le estoy dedicando un tercio de mis actividades, ya forma parte de mi vida cotidiana. Empecé desde los nueve años, dos años estuve nadando, lo dejé por la escuela, volví como a los trece años pero lo abandoné y hace como dos años regresé para quedarme.

“La natación me ha dado algunos logros, he participado en dos campeonatos nacionales, en el primero gané dos segundos y dos terceros lugares y en el pasado, tres de bronce, a partir de ese nacional entreno diario para un distrital, después participaré en un nacional, todo como preámbulo hacia un campeonato mundial.

“La natación es completa porque se ejercita todo el cuerpo y por mi discapacidad lo puedo desempeñar en ayuda de nadie; en los demás deportes necesitas de un guía y el voleibol por ejemplo, es un deporte grupal, donde por muy bueno que seas no funciona si no es en conjunto. La natación es más libre, individualista tal vez, donde todo depende de mi esfuerzo, soy libre y no dependo de nadie.

“En la Alberca Olímpica, mi entrenador, Juan Cabañas, me ha dado todo el apoyo, estoy avanzando en la técnica y me especializo en 200 y 400 libres, además de dorso 100 metros. Los demás estilos los sé pero no soy muy bueno.

“Mi papá no me apoyaba por la escuela pero como estoy en los últimos semestres ya entendió que puedo compaginar el deporte con la carrera.

“Yo no me limito, hasta donde llegue, por eso estoy aquí. Antes iba al paralímpico pero sentía que no avanzaba, aunque allá hay mejores que yo. Aquí no importa que entrenen chavos que ven bien, también puedo estar aquí.

“Nadar es una gran experiencia, me siento a gusto, sin presiones y enojos, estoy en paz, físicamente me canso, pero mentalmente soy libre.

La formación académica

“Otra mis facetas es la escuela, desde “chavito” era desastroso pero con buenas calificaciones, diplomas, hasta estuve en la escolta, pero ya no me gusta platicarlo porque se me hace muy *ñoño*. He estado en escuelas normales, sólo en primero estuve en una especial. Entre a la “Prepa” 4 de Tacubaya, ya no tuve buenas calificaciones pero tenía un buen promedio.

“Escogí comunicación porque me gustó la radio desde niño, experimentaba, hacía grabaciones de cuentos que yo mismo inventaba, y junto con mi hermana hacíamos efectos, dramatizaciones, música. Ahora quiero ejercer mis ideas en la radio.

“El lenguaje cinematográfico es lo que me ha costado trabajo, por las imágenes, sí entendía pero cuando explicaban montaje, los tipos de planos, fue pura teoría.

“Tomé fotografía y parece raro, hay un ejercicio que es con los ojos cerrados y no estoy acostumbrado a ello, todavía lo que percibo me ayuda a desplazarme, no puedo explicar el mundo de la ceguera porque no la he experimentado completamente.

“Los profesores me tratan igual que a los demás y nadie ha protestado, siempre llego a la primera clase y explico cómo voy a tomar mis apuntes. La entrega de los controles en la computadora como los demás y los exámenes los puedo hacer de manera oral. Y hay veces que ni les digo. Y los compañeros me apoyan en lo que pueden sobre todo a dictarme del pizarrón.

“También me gustan las Ciencias Naturales y las Exactas, pero por mi discapacidad no las puedo estudiar. Terminando Comunicación pienso estudiar otra carrera, Geografía y una maestría en Sexualidad Humana. Hace falta la cultura sexual y si yo obtuve esa información por mi cuenta pienso compartirla con los demás. Pero la docencia no la contemplo porque soy muy impaciente.

“Los idiomas es otra parte de mi existencia, sé italiano, inglés y francés, pienso perfeccionarlos y aprender alemán y portugués, de entrada; después vendrá más.

“No he pensado en el Servicio Social por la otra carrera pero en el Universum tengo una beca de servicio a la comunidad de divulgación científica y la Universidad me remunera con una pequeña beca, dura dos años y comencé en septiembre. Al final me darán una constancia de divulgación científica, me servirá como currículum..

“Económicamente dependo de mis papás, el Universum me da una ayuda y en la natación espero obtener una beca mensual, si gano el mundial. Y en la escuela no tengo beca, ya no alcancé.

Enamorarse es complicado

“El amor...(un gran silencio). Sí me puedo enamorar pero es complicado, tiene que ver mucho la discapacidad porque te limita, las personas que ven siempre se fijan en lo físico, al tener debilidad visual es lo “primerito” que no aceptan. Es lógico que si me ha interesado alguien y acepto que antes, cuando veía más si me fijaba en lo físico, pero ahora ya no puedo, ya checo otras cualidades, su inteligencia por ejemplo, platicando te das cuenta de sus capacidades, sus valores.

“Sí, me he enamorado. Lo sé porque idealizo parte de mi vida con esa persona, fijo mis objetivos en ella, deposito mi fe. Pero ahora no estoy enamorado, no por falta de tiempo, de hecho lo necesito.

“Tuve una novia que se llama Lizbeth, la conocí en un viaje a Querétaro; ella iba con otro grupo pero conocía a un compañero, lo iba a visitar y...platicamos, nos dejamos de ver como un año, cuando nos reencontramos empezamos a llevarnos bien, le dije que si quería ser mi novia y dijo que sí, por ocho meses.

“Se acabó por la diferencia de intereses, tuvo que ver en algo mi discapacidad porque no podíamos compartir cosas como el cine. Para mí ya no tiene chiste, escuchar la película no es suficiente, y es algo que no puedes compartir con una persona que no ve bien, entre otras cosas.

¡Claro que he sentido la discriminación!

“En la primaria los niños son crueles, te excluyen, te mienten. Para entrar a la secundaria no me querían aceptar, el pretexto era que no me podía desplazar en la escuela de tres pisos y no tenían fundamentos porque la escuela especial a la que asistí era de cuatro niveles. También concursé en las Olimpiadas del Conocimiento, donde te llevaban a comer con el Presidente; iba ganando ciertas etapas pero después ya no me dejaron por lo mismo, me limitaron, me excluyeron.

“Muchos con discapacidad visual se sienten excluidos de la sociedad y le tienen aversión a los que sí ven, se refugian entre ellos y forman su mundo. Se divide el mundo de los ciegos y los que ven pero también existimos los débiles visuales y estamos como en el limbo porque nadie nos toma en cuenta. Tenemos necesidades diferentes de los ciegos, nosotros vemos poco y de repente chocas con alguien, y dicen “¿no que sí veías?”. Depende de los colores, los contrastes, en pocas palabras: “ves pero no ves”, y por tanto necesitamos ayuda. Se debe comprender que no siempre nos tienen que hacer todo pero requerimos atención.

“Antes me comunicaba con él...”

“Dios en un tema complejo, ha cambiado mi percepción, él es la totalidad de la materia y la energía, es el conjunto de todo, no es una entidad aparte. A veces creo pero otras no, porque la ciencia me hace dudar. Dice que todo fenómeno tiene explicación real. Pero deduzco que Dios está en todo lo existente. Antes me comunicaba con él pero ahora estoy en paz conmigo mismo. Simplemente soy agnóstico, prefiero estar en una posición media entre creer y no creer. Y perdón pero, ya no quiero hablar más.

... y al final del túnel, llegó la luz

Estephanye M. Reyes Aguinaga

“Mi nombre es Claudia y a los 5 años cambió mi vida. Tuvimos un accidente en 1975, íbamos 48 familiares, falleció la mitad, entre ellos murió mi papá, mi madre se quedó viuda con seis hijos, tres hombres y tres mujeres y al frente del negocio. Yo tuve fractura craneal, tengo una cicatriz que abarca toda la frente y el doctor dijo que no podría estudiar, me dejaron una plaquita interna donde iba a desechar todo lo que no era de mi cuerpo, se me hacía como una costra de donde me salió un vidrio, una piedra, un fierro, otra piedra y el hilo con el que me cosieron.

“Tengo 35 años. Ahora estoy estudiando hebreo y quiero empezar el árabe. Doy clases de inglés, tengo la licenciatura en italiano y el francés todavía no lo termino, me quedé en el intermedio. Soy música terapeuta, cantante, estudié canto clásico, ópera, me dedicó a cantar música versátil, leo partituras, toco guitarra además de instrumentos hindúes, canto sánscrito, en fin, son regalos de Dios. Cuando necesito y le pido, él me da todo y estoy muy agradecida”.

El accidente

“Sucedió, como ya lo dije, cuando tenía 5 años. Recuerdo que mi papá me dijo vamos a ver a tus abuelitos, fuimos por ellos e iban con nosotros en el camión; también fallecieron. Antes de irnos a la barranca, cruzamos la curva del tambor y en ese entonces, no sé ahora, había barrancos de un lado y del otro, dicen que al chofer le fallaron los frenos, chocó con el cerro antes de llegar a Chalma, como llovía en ese tiempo se deslizaron las llantas y caímos al voladero, en el que rodó el camión, algunos quedaron en los árboles, en las piedras, mi papá se desnucó, encima de él cayó un amigo de mi hermana y sobre él, ella, que fue la que sobrevivió, sólo se pegó en la cabeza y se le hizo un chichón, se rascó y le salió sangre, dicen que fue lo mejor para que no tuviera un tumor.

“En el accidente las más graves eran mi mamá, una ahijada y yo, mi mamá quedó desecha de los intestinos, esperaban que muriera pero gracias a Dios vive. La ahijada le quedó la cabeza en forma de sandía y el doctor dijo que conforme creciera se le acomodaría la forma del cráneo. Verónica, mi otra hermana, quedó dentro de la canasta donde se ponen las maletas y no le pasó absolutamente nada. Mi hermano se fracturó una pierna pero aún así pudo caminar.

“En el momento en que el camión fue rodando, salí disparada por una ventana la rompí con la cara y en el momento que empecé a rodar se me floreó la frente, inmediatamente me llevaron a un hospital cerca de Chalma pero el doctor no me limpió sólo me cosió y se me infectó la herida, cuando me trajeron a la Ciudad de México me volvieron a abrir.

“Antes de lo sucedido cantábamos *El corrido del caballo blanco*, después, es verdad lo que dicen del túnel porque enseguida del impacto vi ese túnel de colores y al fondo una luz preciosísima. Había momentos en que estaba allá y otros acá, cuando me veía aquí, observaba como me metían a la tina de hielos porque la fiebre la tenía muy alta, yo me estaba viendo de frente, no estaba dentro de mi cuerpo...

“En cambio, la experiencia allá fue de mucha paz, tranquilidad, no sientes el cuerpo sólo la esencia, cuando iba llegando a la luz una voz varonil, muy paternal me dijo ¡Regrésate! Y yo le dije ¡No!, insistió ¡Regrésate!, di la vuelta y desperté. Ya había pasado una semana, la misma que estuve en coma, y para mí fueron momentitos; volví a aprender a caminar, a comer, fue como empezar una nueva vida, nacer otra vez.

La asistencia

“Se me nubló todo cuando me estrellé con la ventana, y lo único que recuerdo fue cuando me trasladaron al hospital, mi hermana fue la que vio como auxiliaban a los demás, dice que se tardaron porque no querían recoger a los heridos porque podrían tener problemas, pero llegó un hombre vestido de blanco y dijo: hay que ayudar a esta gente. Mi hermana dice que llegaron camiones de aceite y en ellos trasladaron a los muertos y a los lesionados los repartieron a los hospitales cercanos, nunca estuvimos juntos.

“Mi madre iba cortada de la cara por los fierros y vidrios, quedó prensada entre los asientos del camión, entró mi hermano y de desesperación la sacudió y le dijo tú no te mueras, pero no le mencionó que ya había visto a mi papá muerto, volvió en sí y echó dos bocanadas de sangre, fue como empezó a reaccionar, creo que fue a la única que llevaron en ambulancia al hospital, mi cuñado la acompañaba. Cuando llegaron al hospital le sacaron radiografías y diagnosticaron que se iba a morir, ella preguntaba por qué no la atendían, si no le iban a dar de comer, y otro doctor le hizo como cuando vas a coser una almohada: mojar el dedo de saliva y

hacer el nudo al hilo, y así la cosieron, sin anestesia, no le dolía porque estaba hinchadísima.

“Mi hermano fue el que le dio la noticia de la muerte de papá, la reacción fue de vamos a echarle ganas, tenemos que salir adelante, cuando pasan 72 horas el doctor dijo: vuélvanse a bautizar porque volvieron a nacer, no sé porque están vivos”.

Mi ejemplo

“Mi mamá nos sacó adelante, se vio en muchas dificultades pero somos muy unidos, nos queremos mucho. La vida familiar no fue fácil, hubo carencias económicas por un intestado y en conciliación con los trabajadores del negocio de mi padre, él era ebanista, hacía comedores, recámaras bonitas. Hubo una mujer que decía tener una hija de mi papá, eso finalmente se terminó.

“Mi madre es una mujer admirable, se hizo cargo de todo, la fábrica volvió a trabajar con 40 personas, nos transmitió valor, fuerza, a mí me daban mareos, vértigos horribles como reacción de la operación, yo era una quejumbrosa y le decía a mi mamá, me siento mal, no, me contestaba, eso ya lo tienes en la mente, tú tienes que levantarte, mucha gente se siente enferma pero tú debes salir adelante, me transmitió mucha fortaleza, ella es un excelente ejemplo, a pesar de las adversidades uno se tiene que levantar.

Las consecuencias

“A raíz del accidente valoramos más la vida, ya no nos preocupa tanto los problemas, sé que estoy aquí por Dios, y es para algo.

“Sé que en la vida no hay nada imposible, si quieres hacer las cosas, las puedes hacer, las limitaciones están en la mente, porque el doctor dijo que no podría estudiar y hago mil cosas, cuando me dicen de un curso voy y estudio, no tengo dificultades, pero hay gente como yo que sin haber tenido un accidente es lenta, necesito ir a mi paso para captar todo, lo analizo, sólo me debo cuidar porque si me excedo en estudiar aparece una lucecita en la vista y llego a cegarme del ojo izquierdo, dicen que es migraña sin dolor; así que trato de vivir la vida muy tranquila, no tomo, no fumo, soy súper espiritual.

Mi religión

“De chica le dije a Dios Padre: tú te llevaste a mi papá, está bien, pero ahora tú vas a tomar su lugar, me vas a cuidar, vas a ver por mí, espero que lo que necesite me lo puedas dar, y sí, me lo ha dado todo.

“Cada día me levanto y hago mis oraciones, me encomiendo a Dios, me arreglo, vengo al CELE, algunos días por las tardes doy clases y los otros voy a ensayar para los fines de semana cantar en iglesias o en grupo.

“Mi familia me dice que tengo fax con Dios, siento que él está conmigo, cuando le digo que necesito algo me lo da, si quiero cantar en “x” lugar se me presenta la oportunidad y lo hago, me da las facilidades para estudiar, para todo, pero mucho dependen las acciones: cómo eres con la familia, contigo mismo, con los amigos, es pedir pero también dar a los demás, ser honesto.

“Soy muy afecta a sentarme en una sala de lana y platico con él, cuando estoy angustiada, preocupada, feliz, contenta.

“Me gusta rezar, pedirle a Dios, las oraciones de los judíos son muy largas como el Shabat, los musulmanes tienen sus horarios muy establecidos, en la India es cantar la Vara vaguita de cinco horas y media y me encanta. Las culturas como la hebrea, árabe, hindú son lenguas muy santas.

Habilidades.

“Ofrezco terapias musicales. Dependiendo de su carácter les digo lo que deben escuchar, también es vestirse de blanco porque tranquiliza este color. A mucha gente le gusta porque los instrumentos son muy importantes, los teclados van para el intestino, el tambor al corazón, los instrumentos de cuerda a la sangre, éstos deshacen quistes, tumores, limpian la sangre, los instrumentos de viento a los pulmones, y es un beneficio para ellos. Este trabajo es como un servicio, en especial a Dios ayudando a los demás sin esperar nada a cambio.

“Toco instrumentos hindúes, la tambora es un instrumento similar al arpa, pero está hecha de una calabaza y un tallo de rosál, ambos gigantes, los puentes son de marfil y se cubren con la madera del sándalo. Es un instrumento que utilizas sentado en flor de loto, la colocas en tus piernas y la comienzas a tocar y es exactamente igual al arpa, el armonio es un piano chiquito que tiene un fuelle en la parte posterior, tres octavas al frente y sus válvulas para medir el aire, conforme vas dando la presión al fuelle van saliendo las notas. Los crócalos son como el pandero pero alargados, el citar es como la tambora pero más pequeño y su sonido es uniforme y los hindúes lo utilizan para hacer vibrar los siete chacras.

Proyectos

“Voy a dar clases de italiano, inglés y pronunciación francesa es una escuela de música, donde podré seguir estudiando porque tengo un horario flexible.

“Deseo terminar el hebreo, comenzar el árabe y tal vez estudiaré el arameo. Todos ellos en el CELE de la UNAM porque no hay otro lugar confiable para estos idiomas. Del hebreo me gustaría hacer traducciones y dar clases, me encanta la docencia, llevo dos años de impartir inglés, y el italiano aproximadamente un año haciendo traducciones de canciones, revisando la pronunciación de cantantes.

Logros

“Me he presentado como cantante clásica en la delegación Venustiano Carranza, en Coyoacán, en la Sala Nezahualcóyotl, con el Coro de la UNAM gracias al maestro Gabriel Saldivar, en el Centro de Mediación he cantado mantras de la India y como cantante versátil en bodas, XV años y lo que se presente porque vivir del arte es difícil. Fue un placer compartir con ustedes mi experiencia, mi nombre es Claudia Quintana Teruel y le doy gracias a Dios por existir.

Policía montado

Harumi Yoshikai

Vestido de charro y montado en un gran caballo café, César Torres deambula con elegancia a través de los pasillos de la Alameda del D.F. para cumplir con su deber. Contrario a lo que se pudiera pensar, él no se dedica a rentar caballos a los niños y turistas que visitan la ciudad: es miembro del cuerpo de policías encargados de la seguridad en este parque emblemático de la Ciudad de México.

“Tengo 24 años y llevo tres en este oficio, me agrada porque tienes la oportunidad de conocer a mucha gente de diferentes partes del mundo y, de pronto, te comparten sus experiencias en la ciudad”.

¿Alguna vez te han pedido que los orientes?

-Sí, la mayor parte de las veces, de hecho para este trabajo nos dan capacitación para conocer los lugares más turísticos y poder invitarlos. El turismo es muy importante en esta parte de la ciudad, por eso también nos piden que nos vistamos así”.

¿La institución les proporciona el traje de charro?

-No, todo nos lo tenemos que comprar nosotros, si alguna vez no venimos vestidos así, nos suspenden porque es nuestro uniforme de trabajo. Yo éste se lo pedí prestado a mi papá al que le gustaba mucho la charrería y en sus buenos tiempos la practicaba en su pueblo natal, pero hay varios que de plano sí lo tienen que comprar y creo que sí está caro”.

De pronto miro a mi alrededor y me percató de que dos charros malencarados con espuelas y pistola se acercan a hablar con César. Le piden rudamente una libreta, que mi amigo busca con gran afán en sus bolsillos aunque está seguro de que no la encontrará. Avergonzado, pide perdón a sus supervisores y confiesa su olvido, ellos se retiran con una sonrisa burlona en la cara. ¿Para qué es esa libreta? “Todos debemos de portar una libreta para anotar nuestras observaciones en las rondas, como un récord de lo que hemos hecho en todo el día, por eso se enojaron, porque sabían que la había olvidado y querían ponerme en evidencia contigo.

¿Si no te dedicaras a esto qué harías?

-Me fascina la fotografía pero más la pintura, de hecho hago réplicas de cuadros cuando me lo piden pero me gusta más hacerlos de temas libres. Cuando hay varios turistas por aquí, les ofrezco mis pinturas y muchos de ellos me han comprado

algunas. Nunca he tomado clases, pero mi familia pintaba y creo que de ahí me surgió la inquietud y el gusto. ¿Qué pintas? Pues al principio dibujaba paisajes, luego comencé a pintar lugares turísticos o pueblitos. Si quieres un día te enseño mis pinturas a ver qué opinas.

¿Es cierto en la Alameda es un lugar inseguro y poco familiar?

-Hace algún tiempo, se ganó esa fama porque había muchos vagabundos y borrachos que prácticamente acampaban aquí, en las bancas, en las áreas verdes o en donde les ganara el sueño, y poco a poco se fueron adueñando de la Alameda, se metían con la gente que venía sanamente a divertirse o con los "merolicos" que trabajan aquí desde hace años. Pero fue nuestra labor corregir esto, poniendo orden. Así, estas personas, dejaron de venir, aunque todavía hay uno que otro que se anda drogando sin hacer daño a nadie y lo andamos vigilando hasta que se va.

-En general todos los payasitos, merolicos, comerciantes, fotógrafos que trabajan aquí son muy pacíficos, y siempre se respetan mutuamente sus lugares de trabajo.

-Entre algunas de las anécdotas que recuerdo, te quiero platicar una en la que una parejita se estaba besando apasionadamente en una banca del parque y de pronto un payaso que estaba trabajando cerca, comenzó a hacer chistes acerca de ellos, para divertir a los demás; el chico muy enojado se levantó y fue a reclamarle al payaso. La gente se seguía riendo de él, porque él no se había dado cuenta de que tenía la bragueta abierta. Fue algo que todavía recuerdo que me da mucha risa.

Mi vida es el teatro: Héctor Hernández

Harumi Yoshikai

“A pesar de que era un niño bastante serio, y no me gustaba sentirme el centro de atención, desde muy temprana edad manifesté gran inquietud por participar en cada festival que se realizara tanto en la primaria como en la secundaria. Me fascinaba sentir la adrenalina correr por todo el cuerpo, pero una vez que terminaba mi participación, volvía a ser el mismo niño retraído que siempre había sido. En cuarto de la primaria se abrieron en la escuela, talleres diversos, que como alumnos teníamos que escoger obligatoriamente y uno de ellos se llamaba “Teatro Humano”, al cual me inscribí. Dos días después, el taller se canceló porque sólo *un pobre gato* se había inscrito en dicho taller, yo. Desde pequeño ahí me di cuenta que mi vocación en la vida era ser actor” –comentó en entrevista un empleado de la Secretaría de Relaciones Exteriores que portaba un traje caquí y que me presentó un amigo. Su nombre es Héctor Hernández, pero él se hace llamar Héctor Herrás en el ámbito artístico; tiene 31 años de edad y su pasión es el teatro.

Como todo buen mexicano, de niño quería ser futbolista; más grandecito pensó ser psicólogo, internacionalista y hasta abogado; sin embargo, el teatro siempre estuvo latente en su cabeza, “Comencé a dedicarme profesionalmente a la actuación en teatro desde los 17 años y me casé a los 21, pasé tiempos muy difíciles”, comenta con dolor en su rostro que parece recordar aquellos años, “no tenía mucho que ofrecerle a mi familia, el teatro jamás me ha dado lo suficiente como para sobrevivir en esta ciudad, así que me tuve que dedicar a ser una especie de *mil usos*: fui obrero, mesero, vendedor, promotor de calzado, etc. Hice de todo para que no le faltara nada a mi familia, pero tampoco estaba dispuesto a renunciar a mis sueños teatrales”.

Ante esto, surge una pregunta obligada: ¿Su esposa sabía en qué situación económica se encontraba usted? “A mi esposa la conocí en una escuela de actuación de Bellas Artes; ella también estudiaba teatro, así que cuando le dije que quería seguir dedicando a esto, me apoyó incondicionalmente”, con una sonrisa y mostrándose orgulloso de lo anterior, le pregunto: ¿Hasta qué grado escolar cursó?, -él me responde con algo de arrogancia- “Soy licenciado en Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM”. Honestamente me quedo sorprendida, veo que él así lo esperaba y añade: “Sí,

terminé porque amo mi carrera y la respeto mucho, a mí me ha dado muchas satisfacciones, que a lo mejor no son económicas, pero para mí son suficientes”.

Le pregunté si había entrado a alguna empresa de teatro alguna vez y me respondió: “No, aunque tampoco lo intenté demasiado, la verdad es que la industria del entretenimiento está envuelta en un terrible círculo mafioso al que muchas veces tienes que acudir para poder trabajar un poco. En la Facultad me junté con otros compañeros y formamos un grupo de teatro con el cual quisimos formar una pequeña empresa y poder vivir de ella, ¡Oh, sueño guajiro!, a pesar de que el grupo aún continúa vivo, jamás se le pudo llamar empresa. Más bien es un grupo de amigos que se juntan en ocasiones para hacer un poco de teatro, sin ánimos de lucro”. ¿Por qué? “Porque sabíamos que sólo siendo nosotros nuestros jefes, podíamos montar en el escenario cosas que verdaderamente llenaran nuestros gustos y expectativas”.

— *¿Cuánto ganaba?*

—Nunca he percibido un salario base en el teatro. Las funciones en las que trabajábamos podían pagarnos 200, 500, 1000 o hasta 1500 pesos. Cuando hay trabajo, sólo me dedico los fines de semana, pero le dedico mínimo una hora diaria a leer obras de teatro y analizarlas también.

— *¿No le ha sido difícil trabajar en otra actividad al mismo tiempo?*

-Desde hace 10 años, además del teatro tengo otra actividad oficial como empleado del gobierno federal en la SRE, en el área cultural, he decidido conjuntar estas dos actividades sobre todo por necesidad económica. Esto uno no lo decide, es simplemente un acto de sobrevivencia”.

— *¿Podrías platicarme alguna anécdota que recuerdes de tu vida en el teatro?*

-¡Claro! Hay tantas, que te contaré la primera que tuve. Fue en mi debut teatral, en la primera obra que trabajé cuando tenía 17 años. Mi personaje era de un soldado que portaba un bigote falso durante la obra, por el calor de las luces del escenario y con el sudor que emanaba de mi cara, el bigote se fue desprendiendo, así de que antes sucediera tan lamentable accidente, en medio de uno de mis diálogos decidí arrancarme el bigote sin que se notara mucho. Después de este desafortunado suceso, al terminar la función no quería mirar a la cara a mis compañeros actores (sin saber que ellos ya tenían bastantes cosas por qué preocuparse, los debuts en el teatro no son fáciles), ni a mis amigos y familiares que habían ido a verme al teatro. Cuando les expresé mi malestar por lo que había ocurrido, me contaron que

el público había creído que la obra estaba pensada en ese modo y que en realidad yo había hecho dos personajes diferentes. Dejé que lo creyeran y cuando yo lo que deseaba en ese momento era jamás saber más del teatro, al otro día ya me encontraba en los ensayos de la obra.

-¿Si en este momento de su vida, le ofrecieran ser actor de tiempo completo en una importante empresa teatral, aunque esto no le garantizara un sueldo importante, dejaría su otro trabajo?,

-Sí, si lo aceptaría, ¿por qué? Porque mi vida es el teatro.

La vida no espera

Hugo Enrique Cruz Tapia

“La primera vez que lo vi no me animé, la verdad estaba mejor otro terreno que habíamos visto por el Cerro de la Estrella, además ahí hay mucho que hacer, hay trabajo, se mueve seguido, por acá estaba más canijo, se está muy solo”.

“Me tocó vivir en una granja para damnificados, al lado del hospital de Magdalena de las Salinas del IMSS, ahí, arrinconados en unos cajones de metal, yo llegué cuando tenía 4 años, la casa en que vivía con mi mamá y 2 hermanas mayores se cayó en el sismo del 85, estábamos en República de Chile, vivíamos en el segundo piso, se quedaron las paredes y se hundió el piso, nos sacaron según temporalmente para arreglar los edificios; y sí, tiraron todo y construyeron una unidad nueva, con muchas más casas de las que había, cuando nos avisaron que ya se podía regresar nos pidieron una cuota de 20 millones para poder trasladarnos, que si no juntábamos pronto el dinero perderíamos la casa porque las iban a poner en oferta para los damnificados de otros lados, la verdad es que esas casas ya tenían dueño, al mes del primer aviso fue otro señor a decir que las casas ya estaban ocupadas, habíamos perdido la oportunidad por lentos, todavía nos dijo que teníamos suerte porque nos podíamos quedar en la “bodega” el tiempo que quisiéramos y así fue”.

El oficio del ocio

“No creo que haya una razón verdadera para haber desperdiciado mi vida, seguido he dicho que no estudié porque tenía que trabajar, o porque no había lana, pero esos son puros pinches pretextos, no estudié porque me dio hueva, mi hermana la mayor, Laura, estaba ya en la prepa cuando nos cambiamos de casa, y le siguió, acabó como si nada, después se metió a estudiar contabilidad, y como *la movía*, la jaló luego un profesor para que fuera una de sus auxiliares en el despacho; eso era lo que mantenía a la familia, porque mi madre se dedicaba a vender chácharas en los mercados, agarró esa costumbre después del temblor, aquel día cuando regresó a la casa para ver qué había pasado se puso a recoger todos los tiliches que medio servirían, para arreglarlos decía, ésas fueron las primeras mugres que vendió, de ahí le gustó, se conectó con un chavo que traía el camión de la basura, a él le compraba las cosas que pudiera vender, a él y a un ropavejero que tenía mejores cosas, a él le compraba también las cosas para

nuestra casa, la tele, la plancha, todo era de segunda mano, aunque eso no se decía nunca porque para ella *eran pendejadas esas de andar contando manos*, siempre me enseñó que uno debe ser agradecido por lo que tiene y no andar chismeando, “ni que fuera policía” decía siempre que uno le andaba explicando cosas que no le importaban. Desde entonces me quedé con la idea de que se podía vivir con el mínimo esfuerzo, que siempre había alguien a quien le sobraba justo lo que a uno le hacía falta, me gustó eso, vivir con el mínimo esfuerzo, y al principio era sólo eso, esperar a que llegara Don Joaquín, el ropavejero y esculcarle su carrito, encontrar alguna que otra cosa útil y agarrar, así ni dolía que se descompusieran las cosas, todo lo que teníamos era desechable, todo podía echarse a perder en cualquier momento, lo único seguro era que después habría otro, barato y feo, pero seguro habría, la mala vida era mi vida, y no me afectaba ni tantito.

“Fui cuatro años a la primaria, y no reprobé ningún grado, pero no me gustaba estar ahí, se me hacía tiempo perdido, lo bueno de la vida, lo útil estaba afuera, el dinero, esperando nomás a que alguien se lance sobre él y me puse a buscar trabajo, pronto conseguí con uno de los vecinos de la bodega que se puso las pilas y armó un puesto de tacos de guisado afuera del hospital, siempre un chingo de clientela, siempre una ganancia, me pagaba mil pesos diarios que para mí eran una fortuna, a esa edad, sin tener que andar pensando en gasto o cosas así, además de que a la hora del hambre siempre podía echarme mis tacos, mi trabajo consistía en tener limpia la barra de los clientes, quitar los platos vacíos, recoger los cascós de los refrescos, tener lleno el servilletero, era fácil; además, la gente que iba pues me veía chavito y me dejaban unas moneditas por ahí.

La hora de crecer

“Como a los 12 años encontré algo en que gastarme el dinero que ganaba; José, un vecino de la bodega, que es como cuatro años mayor que yo me invitó un día a dizque jugar fútbol en una de las canchas de Zacatenco, la escuela del Poli, yo iba como si nada, cuando llegamos a las canchas, le pregunté donde estaban los demás chavos con los que íbamos a jugar, nada más se me quedó viendo y como que le dio risa, en eso sacó un cigarro y empezó a fumar, yo nunca había fumado, en mi casa nadie fumaba, Don Luis, el de los tacos, no fumaba tampoco y pues nunca se me había antojado ni nada, después de que se fumó como la mitad me lo pasó, yo no me negué, y empecé a jalarle, la primera me quiso dar un chingo de tos, me quemó la garganta pero me aguanté, tenía la idea que no debía toser, y me la

aguanté; saqué el humo y me dejó un sabor asqueroso, como de hule quemado, pero le volví a dar, cuando le estaba fumando José me lo arrebató, nada más me dijo “aguanta que te vas a poner muy loco”, aun así no entendí porque me lo había dicho, él le volvió a fumar y empecé a sentir que había pasado un chingo de tiempo, pensé en irme, a fin de cuentas era su cigarro, en eso estaba cuando me lo pasó, parpadeé y al abrir los ojos tuve una sensación rara, como si hubiera despertado de nuevo, sentí que los minutos que habían pasado eran como un recuerdo lejano, me espanté y me paré, porque ya estaba sentado, no me acordaba a qué pinche hora me había sentado pero ya estaba en el suelo, me saqué de onda todavía más, mientras me paraba le dije a José que me estaba sintiendo mal, mareado, que me iba a regresar a mi casa, se me quedó viendo y se echó a reír, no sabía por qué, pero su risa era como contagiosa, se me trepó el payaso también y pues ni entendía muy bien de que nos reíamos, pero yo me estaba riendo, me volví a sentar, no se cuánto tiempo estuvimos ahí, pero cuando serían como las seis nos regresamos a la casa, pero antes compramos una torta de pierna saliendo de la escuela, en mi vida nunca he vuelto a probar torta más chingona que ésa.

Después entendí el truco, no era la torta, cuando estábamos cruzando Montevideo, caminando por Instituto Politécnico Nacional me dijo, “la mota sale en 30 la bolsa, es un chingo, ¿te late si compramos una para los dos?” hasta entonces me cayó el veinte, andábamos pachecos, bueno, entonces ya no, o no tanto, pero habíamos estado de marigüanos, entré a la casa sintiéndome rey del mundo, un hombre, no se necesitaba nada más para probar que ya estaba grande, agarré la costumbre de echarme mi *toque* los viernes en la tarde, pero pues me fue ganando el vicio, como a los dos meses ya era de todas las tardes, luego a las mañanas, un día de esos don Luis me dijo que estaba malo el negocio y ya no me iba a poder pagar, siempre me quedé con la idea que había sido en verdad por la droga, porque el puesto ahí sigue, *rolando* chambas llegué a cuidar carros ahí mismo, afuera del hospital. Allí conocí a Ramiro, un chavo de Tenayuca con el que hice gran amistad, me pasaba las horas siempre oyéndolo hablar de todo lo que quería hacer en la vida, para él no hay nada peor que aguantarse estar jodido, siempre hay que tener aspiraciones, la suya era tener una casa, y eso era lo que lo hacía conectarse con gente, “hasta que encuentre al indicado, o que él me encuentre a mí, que sería lo mejor” le gustaba decir, un día fui a conocer el cuarto en que vivía, era más grande que mi casa, pero estaba cayéndose, toda la

construcción era de lámina de asbesto, vieja como el diablo, y mientras estaba yo pensando que realmente no vivía tan peor entró, con su faldita de la escuela y una colita de caballo, Sofía, la que hoy es mi mujer, el único artículo de lujo que tengo, y lo único por lo que no he tenido que pagar. Eso pasó cuando yo tendría como 16 años, empezamos a ser novios y hace poco más de un año nos casamos por el civil, tengo ganas de casarme bien con ella, con su vestido, en la iglesia y hacer una comida, algo en forma pues, que se vea que estoy feliz de tenerla conmigo, eso será después.

El futuro llegó hace rato...

“La cosa es pues que se me fue metiendo la idea de hacerme de mi casita, mi hermana Laura ya está casada y con hijos, vive por Ferrocarril Hidalgo y la otra, María de los Ángeles vive con la jefa, nunca le llegó su época de loca ni nada, siempre con mi mamá, en la casa, en el puesto, platicando un día me dijo que ella se iba a quedar a cuidarla y pues hasta hoy ha sido, ellas siguen en la bodega, creo que están felices ahí.

“Cuando empecé a acompañar a Ramiro a las oficinas conocí un poco de ese mundo en el que vivían sus sueños, la Asociación de Colonos 20 de Noviembre era un grupo como de veinte o treinta personas con la única idea de hacerse una casita, y con ellos me metí yo, pues es una mafia esto, como muchas cosas, la información cuesta, supongamos que se sabe de un terreno plano, se le dice así cuando ya está todo arreglado para que llegue uno y se acomode, eso ya está tratado antes con autoridades y todo para que no haya sorpresas pues, me fui metiendo y haciendo contactos, al poco tiempo ya era yo de los permanentes, de los que hablan en las juntas, de los buenos pues, el año pasado, en julio nos avisaron que estaba ya plano éste, medio feo, raro, yo estaba acostumbrado al ruido de la calle, hasta oír las ambulancias en la noche y todo, pero esto de salir y ver la autopista, todos los días aguantar como se mete el ruido de los carros y los camiones, pues es distinto.

“Todavía el día que llegamos a armar las casas tuve mis dudas, me dio cosa y estuve a nada de echarme para atrás, me animó ver a mi vieja conmigo, cuando llegamos ella tenía ya cuatro meses embarazada de Sandra, nuestra hija, la primera, y de momento la única, aunque mi señora me dice que donde comen tres comen cuatro, y es cierto, pero comen menos, y sí quiero, pero primero tengo que hallar un trabajo bueno, en una gasolinera me gustaría, de momento estoy en un auto lavado por aquí, en la vía Morelos, lo que más me hacía pensar de quedarme aquí

era el seguir siendo pues no un mantenido pero sí un paracaidista, este terreno no es nuestro, nos pueden venir a sacar y me entraba la duda, luego me di cuenta de que ésta era una oportunidad, y que se van, si uno la piensa se van, porque la vida no espera, uno si, puede analizar, discutir, planear, pero la vida sigue fue entonces que me di cuenta de que lo mío era haber llegado ahí, no era suerte, después de todo, lo mío es la mala vida”.

Un tren cargado de historias

Hugo Enrique Cruz Tapia

A sus 59 años Julián Mendiola presume un rostro con pocas arrugas, cabello negro en el que apenas algunas canas se animan a aparecer y pareciera ser feliz en todo momento pues jamás deja de sonreír.

Julián es profesor, o capacitador como él mismo se describe, pues “para ser maestro hay que estudiar, y yo no tuve esa suerte”; sin embargo, es fácil deducir que el sueño de Julián nunca fueron las aulas, su intención era cursar una ingeniería en la UNAM o en el Politécnico, meta que vio alejarse cuando cursaba el último año de la preparatoria. “mi padre se fue sin avisar, así de repente, nunca supimos porqué, puede que hubiera estado enfermo, pero nunca lo demostró” y mientras giran en su mente los recuerdos de aquella época dice, como para sí mismo “mi padre siempre nos decía que la familia era como un carro, le quedaba muy bien la comparación pues en casa sólo éramos cuatro y eso, si no era raro, por lo menos no era común en aquellos años, en fin, la cosa del carro es que no se puede andar con 3 ruedas, si uno falla, los demás no servimos”.

El fin de la infancia

Después de haber escuchado suficientes ocasiones la parábola de su padre, Julián se dio cuenta de que el carro en el cual se transportaba por la vida había perdido una pieza para siempre. Ante este problema, resolvió hacerse cargo del asunto, asumir el *rol* de padre y el de hijo; en adelante, se encargaría de trabajar por el sustento de su familia y a los 17 años iniciaría un largo peregrinar entre oficios sin beneficio.

“Recuerdo que fui a buscar trabajo en La Merced, porque es un lugar donde siempre hay actividad: un par de manos extras serían bien recibidas. La ilusión me duró como dos horas, cuando llegué fui a buscar al *diablero* que atendía a mi mamá cuando iba a surtir la despensa del señor Isaac, un judío que encontró en el sazón de mi mamá un negocio, el chiste es que, cuando encontré a Héctor, así se llamaba el chavo, me llevó con su jefe quien de inmediato me dio mi mandil y mi diablo, como ya me sabía los pasillos no tuve ningún problema con mi primer servicio, después vino lo feo, en mi casa teníamos por costumbre hablar con

respeto, de todos hacia todos, no decíamos groserías, no maldecíamos, éramos bien decentes y ése era otro mundo, al poco rato ya me estaban poniendo apodos y todos se sentían con la liberad de mentarme la madre, no aguanté, como a las dos semanas me *pandeé*.

Cambio de planes

Sin una técnica, o conocimiento de algún oficio, Julián se dedicó a transitar entre “chambas”, en el mercado de La Merced se dedicó también a vender papas; luego estuvo en una cremería y aproximadamente a los tres años de haberse iniciado en la vida laboral, empezó a trabajar en un taller mecánico de la colonia Jardín Balbuena.

“El dueño del taller era un camionero, bueno, era dueño de 3tres o cuatro peseras, como le iba bien puso el otro negocio, ése era buen trabajo, lo que yo quería era aprenderle bien a los motores, y de ahí, a *la manejada*, me puse como objetivo ser chofer, pero la vida es caprichosa, hasta que encontré algo en lo que me sentía bien a gusto empezaron las broncas, al poco rato de haber entrado se perdieron unos fierros, nadie me echó la culpa, yo no fui, pero la desconfianza se dejó sentir y así no está bueno trabajar, me salí, y ahí dejé mis ganas de ser chofer, al poco rato conseguí un lugar de albañil, no me gustó, era un trabajo muy pesado, peligroso y mal pagado, pero eso sí, es el único en el que siempre hay, me quedé un rato..”

El principio del sueño

En 1969 se inauguró la línea 1 del Metro, para que esto fuera posible antecedieron a ésta meses de trabajos colosales nunca antes vistos en la ciudad, la apariencia de la avenida Chapultepec era la de un paciente a mitad de una operación a corazón abierto, para realizar esos trabajos se requirió de todo un ejército de trabajadores: hasta esas filas llegó Julián.

“Se corrió la voz de que ahí iba a ser lo *mero bueno*, yo fui con la idea de conocer algún jefe o algo, para irme metiendo y entrar después como mecánico o algo así, total que chambeamos varios meses y sí platiqué con algunas personas, pero nada tenía que ver, lo que nosotros hacíamos con lo que iba a ser el metro, lo que si nos dijeron era que el trabajo iba a seguir porque el metro iba a cubrir toda la ciudad, nosotros imaginábamos cuando menos cinco o seis años de chamba segura y del gobierno, eran mejores tiempos; y si me latía para quedarme, pero ya cuando se estaba en la parte de acabados me enteré de que estaban dando una formación para conductores de los trenes, y pa´ pronto que me voy a ver qué

onda, y estaba bien, necesitaba mi certificado de prepa, para ese entonces ya hasta se me había olvidado que estudié alguna vez, no me pasaba nunca por la cabeza acabar mi prepa, pero en ese momento decidí que ya no quería nada más que manejar el metro, se me hacía un sueño, como que algo muy moderno, lo mejor”

Otra vez a las aulas

“Me metí a terminar la escuela porque ya para esas fechas sólo trabajaba para mi, mi madre se había colocado como cajera en la farmacia París; mi hermano estudiaba en la facultad de Ciencias Políticas y vivía con unos compañeros por Copilco, se dedicaban a escribir trabajos a máquina, eran como seis y tenían dos máquinas, uno tras otro se iban poniendo a darle, de ahí les salía la renta y sus gastos, dejé la chamba y me metí a la escuela, todo el dinero que necesitaba me lo daba mi mamá, siempre decía que era mi dinero, porque todos los años que trabajé ella guardaba dinero, para las emergencias, según me dijo de ahí salía todo, total, hice la prepa y me tocó convivir con chavos a los que les llevaba unos cinco años, fue raro, pero yo tenía en claro mi vida, me sentía ya adulto, así que yo fui a lo mío y nada más.

Y por fin, al metro

Aquellos cursos, si bien trataban de algún modo los mismos temas que en la actualidad, si eran algo distintos según cuenta Julián “en ese tiempo no había mas que aprender que lo de las puertas, los controles de velocidad, la dirección y pues algunas cosas por si las emergencias, era más simple, salí rápido de la formación, fueron como cuatro meses, luego me fui a conducir y en eso estuve como ocho o diez años, hasta que me fastidió, el tráfico subterráneo es desesperante porque no puedes ni ver al conductor de al lado ni nada, quedarse en el túnel es de las cosas más aburridas que hay, por eso me metí al Instituto de Capacitación y Desarrollo del Sistema de Transporte Colectivo (InCaDe). ¡Vaya que ha cambiado el proceso para llegar a ser conductor! Ahora, yo por ejemplo, doy un curso donde sólo se trata de aprender el sistema de puertas, todo el sistema, entenderlo a la perfección, el conocimiento se va especializando más, y hay cosas que no se veían cuando yo tomé la instrucción, por ejemplo ahora dan unos cursos de como enfrentar el estrés y cosas así, hay tratamiento psicológico porque de repente si pasan cosas muy fuertes, como que de repente *le salte un canijo* a las vías o algo así. El metro me sigue pareciendo una maravilla, pero ya es una cosa muy rara estar ahí, yo por eso mejor me quedo en las aulas ahora, creo que éste es ya el mejor lugar para mí

aunque de vez en cuando algún conocido me deja manejar o algo, ese era mi sueño, pero creo que ahora me gusta más mi realidad”.

¿Y quién es Socorro Rojas?

Irene Cedillo Ocampo

Los Hornos de Zoquiapan ni siquiera figuran como colonia. Es un lugar olvidado por Dios donde no hay drenaje y mucho menos agua potable. Sus habitantes se alumbraban con velas, que luego, gracias a que improvisaron postes de madera para “jalar” la luz de las colonias cercanas, pudieron cambiar por focos. Hornos de Zoquiapan es uno de los asentamientos más miserables de todo el país. Allí sobreviven unas 550 personas entre aserrín, lodo y humo de incandescentes hornos donde se cuecen ladrillos.

Sus ingresos son de 60 pesos a 500 pesos semanales, quincenales o mensuales, dependiendo de la producción que haya. El pago es a destajo; ya sea por acarrear tierra o estiércol, batir lodo, cargar ladrillo o quemarlos en los hornos.

En Zoquiapan las labores, para hombres, mujeres, adolescentes y niños, comienzan a las cinco de la mañana. Allí se puede ver a pequeños desde los cinco años de edad, acarreando la tierra para que mujeres, la mayoría sus madres, la mezclen con estiércol, tezontle y agua, hasta formar el lodo para rellenar las gaveras de madera que dan forma a los ladrillos.

La organización civil “Un mañana para la comunidad, A.C.”, desde 1998 apoya a los habitantes de la ladrillera, Hornos de Zoquiapan, principalmente a las mujeres, con un Centro Comunitario en el que reciben asistencia médica, alimentación para ellas y sus hijos, una tienda para adquirir artículos de primera necesidad a bajo costo y, lo principal, un centro de educación preescolar para la educación de las futuras generaciones.

Estos dos centros se lograron con donaciones, principalmente de Bacardí y Compañía y el Nacional Monte de Piedad. El Centro de Educación Integral Popular (CEIP) capacitó a 10 mujeres de la comunidad como educadoras y, actualmente, pagadas por la institución EDUCA, bajo el esquema de reingeniería financiera; es decir, captando donantes recurrentes a través de tarjetas de crédito.

Otras instituciones que apoyaron a la organización son la Cooperación Técnica Alemana GTZ y la Embajada de la República Federal de Alemania en México; ésta última donó 500 mil pesos. Hasta la fecha, Un Mañana para la Comunidad, A.C. cuenta con el apoyo de diversas empresas e instituciones alemanas como Bayer, Siemens y Volkswagen entre otros.

Y, a la par que el Centro Comunitario se construyó, las madres de familia que también eran trabajadoras de Zoquiapan, eran capacitadas en el Centro de Educación Integral Popular (CIEP) para ser las educadoras de la próxima escuela de educación preescolar para la comunidad ladrillera.

La selección no fue nada fácil para Ana Palafox, voluntaria fundadora; ya que tuvo que escoger entre mujeres que o eran analfabetas o únicamente habían cursado hasta el primer año de primaria. Entre las mujeres que se escogieron estuvieron Socorro Rojas, Rita Rubio y Cecilia Castañeda. Una era alcohólica, otra una madre golpearora y la tercera, madre soltera de ocho niños a los que no podría dejar solos tan fácilmente; pero aún así, Ana creyó en ellas y las invitó a participar en sus proyectos.

¿Y quién es Socorro Rojas?

-Me costó trabajo levantarme moralmente, pero lo logré. ¡Socorro Rojas sigue aquí! Estoy contenta, muy satisfecha porque he logrado cosas que jamás en mi vida creí poder hacer. Tenía la convicción de no valer nada. Cuando dije “basta, hasta aquí”; me di cuenta que era el momento de dejar todo atrás: los problemas en la familia, una vida de golpes por parte de mi pareja, una vida de alcoholismo y de prostitución. Me quedé con mis tres hijos; luché y salí adelante.

-De niña trabajé elaborando ladrillo; vengo de Valle de Bravo. Allí nací y viví con mi abuela materna, Sofía. Mi padre no me quiso porque fui mujer; soy la mayor y él quería un hombre. Tengo siete hermanos más; ellos son hombres. Soy la primera en todo: en nacer y en ser mamá.

-Mi padre fue un hombre golpearora y alcohólico. A mi madre la adoro. Ella no es mala, sólo que nunca aprendió a defenderse y, por lo mismo, no sabía defenderme; ahora sé que ella también sufrió mucho. Siento que repetí el patrón de vida que aprendí; yo quería alguien que me protegiera, que me apapachara, que me cuidara y, ya ves, busqué todo lo contrario: un hombre 20 años mayor que yo, golpearora, alcohólico y que hasta me prostituyó. Cuando tenía 13 años me casé. A los 14 años tuve a mi primer hijo y a los 16, ya había parido a mis tres hijos. ¡Jesús! era una niña cuidando niños. Mi esposo me golpeaba por todo y por nada. Cuando estaba en su juicio era muy celoso.

-Siempre trabajé: primero como ayudante doméstica, luego como mesera en el mercado de Mixcoac en el sur de la ciudad de México; ya casada, a escondidas lavaba y planchaba ajeno para tener con qué mantener a mis hijos. Mi esposo, era albañil y le pagaban bien, pero por el vicio faltaba mucho y lo despidieron. Nadie lo contrataba. Hoy sé que su vicio era una enfermedad. En la casa no había dinero, principalmente para que él tuviera para su borrachera (se asoman unas lágrimas que logra controlar y carraspea), empezó a prostituirme. Me obligaba a tener sexo con hombres sucios y borrachos a cambio de 15 pesos. En ocasiones no le importó que estuvieran mis hijos en el cuarto. Llegué a pensar que mi valor como mujer y ser humano eran esos 15 pesos o hasta 1/4 de alcohol.

-Yo también llegué a tomar; sentía la necesidad de echarme un trago para tranquilizarme porque todo me ponía de malas. Golpeaba mucho a mis hijos. Les daba con un palo, con la plancha, con el cable; con lo que encontrara (baja sus ojos y mete sus manos a su mandil). Yo pienso que descargaba mi tristeza y mi rabia con ellos.

-La última vez que me pegó fue hace once años. Me acuerdo bien porque me salí del cuarto donde vivíamos y me vine con mi mamá a Zoquiapan; al otro día asistí a la primera plática de superación personal, ella me acompañó; yo traía ropa y unas chanclas prestadas. Escuché la plática que se daba a la sombra de un pirul. De hecho, el único árbol en la ladrillera. Allí algo me decía -aguas, abusada-. Empecé a asistir y a participar. Yo era muy insegura, no creía en nada ni en nadie; ni en mí misma. Era bien preguntona, pero no por lista, sino por tonta porque no entendía nada; las señoras que daban las pláticas se fijaron en mí.

-Ellas eran voluntarias de la asociación *Un Mañana para la Comunidad* y traían el proyecto de mejorar las condiciones de vida de la ladrillera de Zoquiapan, dar educación y de hacer participar a las mujeres de la comunidad. Recuerdo que con una muchacha que se llama Rita me mandaron llamar; fui aunque no sabía qué querían de mí. Ellas me invitaron a participar en la creación y atención de un kinder para los niños de la ladrillera y eso me asombró —¿Yo? ¿y por qué a mí?— platiqué con mi mamá y hermanos; todos me apoyaron. Seguí asistiendo y empecé a tener cambios positivos en mi persona.

-Toda mi familia está en Zoquiapan. Yo estudié sólo el primero de primaria, porque cuando murió mi abuela me regresé a la casa de mis padres y tuve que trabajar para ayudar en los gastos. Mi primer oficio fue elaborar ladrillos, solo que

en Valle de Bravo se utilizaba ocojal en lugar de utilizar estiércol. Mi abuela Sofía me enseñó el oficio; no olvido que me decía mientras rebatía el lodo y rellenaba las gaveras “el ladrillo hay que trabajarlo con amor, porque él dará protección a muchas familias y, si tú le pones amor, en toda casa en la que haiga un ladrillo hecho por tus manos, estará un pedacito de tu corazón”.

-Asistí al Centro de Educación Integral Pedagógica (CEIP), allí me enseñaron a ver la vida de otra manera. Ya estando allí, yo me la seguía sin creer; me preguntaba ¿cómo yo? Si no tengo estudios y no tengo nada. Allí me enseñaron a trabajar con los niños.

-Los niños siempre me llamaron la atención y ahora sé por qué: porque aprendo mucho de ellos. Dan lecciones de vida importantísimas y hacen ver lo que en realidad es uno, porque son nuestro reflejo.

-Yo no tuve niñez; nunca tuve una muñeca. Veo en los niños lo que yo no viví; En el CEIP me enseñaron que todos llevamos un niño interior que no cuidamos y que desechamos; que no lo sabemos apapachar.

-A través de los niños yo aprendí a cantar, a bailar, a jugar. Cuando empecé mis clases, con mucha sorpresa de mi cuenta de que yo no sabía jugar; no sabía lo que eran las canciones de niños, no sabía ni como arrullar con amor a un niño.

-Después de tanto andar para arriba y para abajo, aprendí mucho de mis compañeros y de las voluntarias; todos tienen mucha calidad humana. Las voluntarias creyeron en mí y eso hizo que yo creyera en mí. Hoy todavía me dicen que se van a dar clases de esto y de aquello y me preguntan ¿te avientas? ¡Pues claro que me aviento!.

-Yo estudiaba en la casa y me presentaba a hacer mis exámenes de primaria y ¡zas! que paso. Me entregaron mi certificado y me invitaron a hacer la secundaria “pues órale, vamos también” y tuve mi certificado de secundaria. Actualmente me acabo de meter a la preparatoria. Me peleo mucho con los maestros por las matemáticas, es lo que más me cuesta, “es mi coco” jamás en la vida me han gustado, jamás, jamás, jamás. En cambio todo lo que es español, lecturas, redacción, obviamente mejorando mi ortografía, se me facilita y me gusta mucho. Las lecturas más porque sólo con leer, una ya está viajando, conociendo gente y países.

-Cuando el maestro de la secundaria me dijo que pasé matemáticas con siete punto y tantos, le dije bien fuerte ¿qué, qué? ni yo misma lo podía creer, estaba

contentísima, hasta pregunté ¿seguros que no se equivocaron? (ríe y se toca la cabeza).

-He tomado muchos talleres desde sexualidad, psicología, música con Maruca Hernández, talleres de déficit de atención, fundación DANA, taller de computación. “¡Ah, computación!”, hígole, esta tecnología cada día avanza y avanza y nomás, yo no puedo alcanzarla; pero aún así, estoy comprobando que nunca es tarde para aprender.

-He tenido muchos tropiezos muy fuertes en mi vida, he tenido que pasar por problemas muy grandes; mi abuela tenía un gran dicho “hijos pequeños, problemas pequeños; hijos grandes, problemas grandes”. Y cuando los hijos se casan uno piensa que ya se acabaron los problemas, pero mentira, los problemas apenas comienzan.

-Mi vida hoy es el kinder, mi trabajo. Odio las vacaciones, no me gustan; siempre me sucede algo dramático en mi vida. Juro que si no hubiera aprendido todo lo que hoy sé, si no hubiera tenido toda esta proyección, mi vida hubiera acabado. Uno de mis hijos intentó suicidarse (en sus ojos se asoman las lágrimas que logra controlar). Me costó levantarme pero aquí sigo. Yo agradezco a Dios y a la vida misma, todo lo que me ha dado; todo, porque han sido cuestiones que me han hecho amar la vida cuando yo creía que no había nada que valiera la pena y, ¡claro que hay mucho!. Es bueno luchar y seguir adelante, a pesar de todo. Esto es lo que vale: mi trabajo y los niños. La fortaleza que me dan, porque ellos me dan una energía positiva tremenda. Incluso mi propia familia me dice “ya encontraste tu camino” y es cierto, mi camino es esto.

-Dejé a mi esposo hace siete años. Una vez uno de mis hijos me dijo que es lo mejor que he hecho. Dejé atrás tanto, que fue el empuje para hacer todo esto. Ahora creo en mí, soy positiva, tengo valores. Me quiero. Creo en lo que hago; tengo la firme convicción de que esto funciona, de que yo y todo esto vamos a seguir adelante. El Centro Comunitario y a este kinder los amo porque empezamos de cero. Desde emparejar la tierra hasta lo que hoy tenemos. Esto son los cimientos de creer en algo, tener la convicción de que vale la pena luchar por algo que se cree.

-Yo nací en el momento de que alguien creyó en mí. Y ahora el que las voluntarias, las mamás de los niños y los mismos niños sigan creyendo en mi es parte importantísima en mi vida porque he logrado mucho en muy poco tiempo.

-Recuerdo el largo camino de limpiar un lugar para establecer el kinder y cuando lo veían limpiecito, parejito, todo bonito nos decían -“siempre no”- y teníamos que volver a empezar.

-Estoy bien y tengo que estar mejor. Doy lo que puedo y lo que tengo, sobre todo, esa parte de tener convicción en el trabajo es dar lo que una tiene y yo creo que la calidad humana es lo que vale; darlo con gusto y sin cansarse.

-¿Dignidad? Hace mucho que no pensaba en esa palabra. Sentí escalofrío cuando mi hermano, después de que mi esposo me dio una paliza, me dijo ¿no tienes dignidad? Yo no sabía ni que era eso, pero sentí que algo en el pecho que se me retorció y me caló bien hondo. Pasé muchos meses pensando cómo le hacía para tener dignidad. Es más, un día le pedía a mi chamaco que le preguntara a su maestra a cerca de la dignidad. Ahora sé qué es y no la pierdo porque me costó mucho rescatarla.

-Estoy en Zoquiapan desde hace siete años. Primero vendí gallina enchilada y también hice cinta para garrafonos; vendí tortas en el campo y paletas de hielo. Ya luego me metí a hacer ladrillo. Vivimos con muchas carencias. Mis hijos hasta hacían las tareas de sus compañeros para que les dispararan la torta en la escuela. Yo siempre se las prometí si sacaban buenas calificaciones, pero nunca se las pude cumplir. El dinero no me alcanzaba. Hasta hoy me siguen recriminando que nunca les compré la tan prometida torta, pero me salvo preguntándoles -a ver ¿cuándo me sacaron buenas calificaciones?-

-No tengo una casa propia y tampoco me quiero quedar en Zoquiapan. Estoy pagando un terrenito en San Mateo Tlaltenango a un lado de Cuajimalpa; allí quiero mi casa; un hogar propio. Mi ilusión es hacer, con mis propias manos, los ladrillos con los que construya. Así siempre habrá en esas paredes un pedacito de mi corazón.

Actualmente Socorro está cursando el segundo semestre de preparatoria abierta y, aunque reconoce que las matemáticas siguen siendo su “coco”, no desiste en alcanzar el objetivo que se ha propuesto: obtener su certificado de educadora.

Por ti, yo dejé de pensar en el mar...

Israel García Trejo

*Por ti, yo dejé de pensar en el mar, por ti
yo dejé de fijarme en el cielo, por ti me
ha dado por llorar como el mar me he
puesto a sollozar como el cielo, me ha
dado por llorar...*

Oscar Chávez

La estación Chabacano de la línea del metro es el punto de reunión idóneo para muchos de los denominados “vagoneros” (gente que vende ciertos productos dentro del metro), los cuales hacen sus reuniones y se reparten los vagones del metro, todo esto con buena coordinación.

Alejada de ese grupo se encuentra María Isabel, radicada en la bien conocida Tacubaya en el DF, ella de 35 años y con dos hijos, comenta que la vida no es fácil dentro del metro: “yo como nueva en esto me tengo que poner *a mano* con los jefes y los de vigilancia para que no me saquen”. Y es que ella, a pesar de todo, toca la guitarra y canta en el metro.

“Llevo un poco menos de un mes en esto, al principio me dio mucha pena pero después le vas perdiendo el miedo a la gente y te acostumbras a todo, hasta a los viejos, esos groseros que siempre hay en los vagones”.

Ella tiene una licenciatura trunca en Antropología por la UNAM, aunque la vida no le ha sonreído como ella quisiera ya que a sus 20 años se embarazó y tuvo a su primer hijo Diego Armando, el cual ahora tiene 15 años y estudia el bachillerato, “mi esposo era un *hijo de la chingada*, siempre me pegaba yo no sé como lo aguanté tanto tiempo, ya sabes, lo de siempre, llegan borrachos y se sienten muy hombrecitos, hasta que un día me harté y lo mandé lejos”.

El segundo de sus hijos José de Jesús tiene 12 años y está en la secundaria, aunque comenta que es igualito a su padre: un flojo que no le gusta la escuela, pero tiene que estudiar, la vida está difícil.

“Mi hijo el mayor se queda en la tarde a cargo de la casa y de su hermano para que no ande en la calle, mientras yo trabajo de secretaria, aunque la verdad sea también vengo a cantar aquí al metro”.

Aunque nunca haya trabajado para lo que estudió, no se arrepiente de haber escogido esa carrera, “la neta me gustaba mucho lo que estudiaba hasta que cometí un error, pero bueno no me arrepiento ya que ahora tengo dos lindos hijos y eso es lo que cuenta”.

Hija de padres oaxaqueños, María Isabel pasó la mitad de su infancia en su estado natal, Oaxaca, y después, por causas económicas, su familia decidió emigrar a la capital en busca de una nueva oportunidad.

Cosa que según ella se le dio ya que su papá encontró trabajo como albañil en una construcción y después con el tiempo subió a encargado de obra en la compañía donde trabajaba. Su madre aprendió el oficio de costurera y logró encontrar trabajo en una fábrica, allá por El Toreo.

“Al principio vivíamos en un cuartito de lámina, éramos cuatro hermanos y mis papás, ellos nos dejaban la mayor parte del día solos y nosotros nos las teníamos que arreglar para comer, mi otra hermana y yo nos íbamos al mercado a comprar para la comida y mis hermanos les cargaban las bolsas a las señoras para que les dieran dinero y así juntar un poco para que a la hora de la escuela tuviéramos aunque sea para un dulce.

“Mi hermano el mayor se tuvo que salir de la escuela cuando estaba en segundo de secundaria, mi papá le consiguió trabajo de peón en una de las obras y como le gustó el dinero ahí se quedó, mi hermana y yo sí seguimos estudiando, aunque ella se casó a los 18 años, tuvo suerte con su marido ya que la dejó seguir estudiando, aunque a veces yo le cuidaba a su niño y mi hermano el más chico, ese sí de plano salió todo un holgazán: en la secundaria conoció a unos chavos de una bandita y se empezó a juntar con ellos y ahí *valió todo*; es más, un día lo fuimos a sacar de la delegación porque se metió a una casa para tener para el *toque*”.

Acompañé a María Isabel en uno de sus recorridos, desde la estación Tacubaya hasta la estación Pantitlán; al principio, la gente la ve como una más pero esa voz distinta que ella tiene y el sonar de la guitarra hacen que la gente voltee a verla y extrañarse de que una mujer cante en los vagones del metro.

En uno de los lugares un pasajero comentó que era la primera vez que veía a una mujer cantando en el metro, “por lo regular son hombres o niños, pero mujeres casi no”, su repertorio abarca canciones como La Malagueña, Amor Eterno, Vi Llover, Por ti, etc.

En el primer vagón no hubo mucha suerte, sólo juntó diez pesos, pero en los dos consecutivos le fue mucho mejor de a veinte el vagón, “con que saque unos 80 pesitos diarios ya la hice, aunque no alcance para nada es una buena tarifa, y un día malo me llevo entre 30 o 40 pesos”.

La cuota semanal para el “jefe” de los vagoneros es de 50 pesos y para el jefe de vigilancia de la estación es un poco menos ya que, comenta, *como le anda tirando el perro* le da chance de trabajar.

Su día comienza a las seis de la mañana, cuando se levanta a darles de desayunar a sus hijos para que se vayan a la escuela, después de asear la casa y darse un buen baño toma su guitarra y sale. A las once o doce del día ya esta lista para tomar el primer vagón del día, se persigna para que le vaya bien y a *darle duro* hasta terminar por ahí de las seis o siete de la noche.

“Ya después hay puro viejo manchado, nomás andan viendo a que horas la pueden a uno manosear, aunque yo me defiendo, cuando alguien *se pasa de lanza* le tiro un *cachetadón* o le recuerdo a su progenitora, mensas las que se dejan que las manoseen”.

Son ya las cinco y media de la tarde y para María Isabel su día está a punto de terminar, “nunca me habían entrevistado y menos para una tarea, se siente medio raro, es más te sientes hasta importante en cierto momento, pero bueno es de agradecerse que alguien de pronto tan común para muchos, lo deje de ser por un rato”.

Me llaman *el zorro*: soy *padrote*

Israel García Trejo

Nacido en la populosa colonia Guerrero, en una familia pobre de esas tantas que abundan en el Distrito Federal, nos topamos con el “zorro” (su apodo ya que no quiso revelar su nombre de pila), quien nos cuenta que desde su infancia se ha visto obligado a trabajar:

“Trabajo desde los 10 años, vendía tamales en el centro de Garibaldi, me acostumbré a ver la vida de noche, a las chavas taloneras, a sus *padrotes* y todo eso”. Ahora se dedica a “*la administración de chavas*”, mejor conocido como padrotes como él le llama. Cuando terminaba su trabajo como vendedor de tamales, “el zorro” se metía a los billares y fue ahí donde se hizo amigo de varios “*manejadores de chavas*” los cuales le enseñaron esta “profesión”.

“Mi primera vez fue a los once años, con una de mis vecinas, la cual era desde luego una prostituta, ellas no me cobraban, sólo lo hacían por gusto y pos yo también, la verdad son experiencias X”.

Su madre Doña Guadalupe, se dedicaba a vender tamales en otra de las calles de Garibaldi junto con su hermana la menor Raquel, la cual sí pudo terminar la escuela y contar con una carrera corta de Secretaria, Ella ahora trabaja en una oficina muy “nice” y ya casi no nos visita, comenta “el zorro”.

Sus otras dos hermanas Laura y Rosa ya están casadas y cada una con sus niños, “ellas ni se preocupan por chambear ya que sus maridos las mantienen, de mi padre casi ni me acuerdo, sólo sé que es uno de esos borrachotes que les pegan a las jefas cuando llegan a la casa y no se acuerdan si tienen hijos o no, él se fue cuando yo tenía 6 o 7 años, dicen las vecinas que dejó a mi mama por irse con una de esas de “la vida alegre”, pero mi mamá a pesar de eso siempre nos enseñó a respetarlo”.

“El zorro” cuenta que desde los 17 años ya era perseguido por las mujeres, obviamente de mayor edad que él, las cuales eran generosas si dejaba hacer lo que ellas quisieran. “Estoy rete bonito, yo creo por eso las mujeres siempre me han seguido y me dan lo que yo quiero”.

Su madre le enseñó a tratar bien a las mujeres, otra razón por la cual en este oficio ha tenido hasta 20 mujeres que administrar, les da buena protección, las “procura”, nunca les pega y siempre las trata con respeto, “antes que nada son mujeres y si a mí no me gustaba que mi jefe le pegara a mi mama por qué lo voy a hacer yo con ellas”.

Desde los 18 años se la pasaba en los salones de baile y los billares, ambos lugares fueron para él la clave en su formación para el futuro, “en los salones iba y me sentaba y no faltaba una chava que me sacara a bailar y después del baile me metían un billete en las bolsas del pantalón”.

Así fue como se hizo padrote o más bien lo hicieron ya que según él una mujer no te da dinero nomás porque si, “ay que sabérselo ganar”, a fin de cuentas las que eligen son ellas si les gustan y todo eso.

Aunque con muy poca experiencia en esos años, él se juntaba con los “papis” de las chavas de Tepito, La Merced, La Guerrero y la Santa María la Rivera, de los cuales aprendió mañas y cosas que un buen “administrador” debe de saber, en esta profesión que según él nunca va dejar.

Los finos y los corrientes

“Aprendes que hay dos tipos de padrotes: los finos y los corrientes, el fino es aquel que jamás va a maltratar a las mujeres a su resguardo y las cuales le dan a uno de comer, trátalas bien, dales amor y vas a ver que te va ir bonito; y los corrientes son éstos que les pagan a sus chavas, las ultrajan, las obligan a trabajar y las tienen muertas de hambre; yo digo que es mejor por la buena por eso decidí hacerme de los finos.

“Todo hombre debe saber que si quieres algo de una mujer debe tratarla bien, cuidarla, procurarla y se rendirá a tus pies; ojo te lo dice un experto”.

Su primer chava la conoció en un bar, “guapa (dice él) sola y con cara de triste, “me acerqué, le hablé bonito, la hice reír, nos hicimos novios, en un principio yo pagaba cuando salíamos y después con el cuento de que ya no tenía trabajo, ella pagaba todo, claro con la condición de que yo le pagaría cuando encontrara trabajo; la enseñé a tomar alcohol ya que ella no tomaba y poco a poco la fui metiendo en mi mundo y sin darse cuenta acabó trabajando para mí”.

Ella misma le presentó dos amigas las cuales por igual finalizaron trabajando para él, “y las demás las conseguí con las mismas mañas, incluso me iba a provincia, buscaba a las más simpáticas, las enamoraba y las hacía que se fugaran conmigo y ya estando aquí las ponía a chambear”.

“El zorro” comenta que lo que nunca ha logrado es vivir como otros “administradores”, tener a todas tus chavas juntas, “es difícil, se encelan, se pelean, se enojan y ya no trabajan bien”.

En sus buenos tiempos “el zorro” llegó a administrar unas quince o veinte chavas, ahora con el pasar de los años y del tiempo ya sólo tiene ocho de las cuales cada una le

entrega diario trescientos peso mínimo, en total ha manejado a unas cien mujeres diferentes.

Su éxito con las mujeres radica en sus buenas maneras, en su buenos modales y en su aparente poco interés por el dinero, “ser padrote es *a toda madre*, hasta que llegan los niños, ya que el dinero se tiene que repartir y hasta dejan de trabajar, así ya no conviene, la dejas y te buscas otra, suena *culero* pero así es y además ellas lo saben”.

De excesos él no ha sabido mucho, ya que no toma mucho y a las drogas ni se mete ya que puede perder el negocio y eso si dolería, “tanto esforzarse para que en un ratito todo lo tires a la basura”.

“La justicia es más que ciega por igual trátalos bien y nunca les falles y no hay bronca, hasta para tratar con él hay que ser finos”.

Para “el zorro” hay que asegurar el futuro: “tengo mi lanita juntada y pienso invertir en un negocio para cuando los años me alcancen no me quede sin nada”. Ahora con 39 años de edad, quién sabe cuántos hijos y casi 20 años en el negocio, “el zorro” tiene que comenzar a trabajar, son las 21:30 y tiene que comenzar el rondín con las chavas “si no paso, otro carnal se va querer *agandallar* y pos no va”.

Derribando estigmas

José Manuel Romero

A punto de arrollar a un indigente estuvo un día Erika Hernández, mientras conducía una hilera de nueve vagones repletos de pasajeros a más de 60 kilómetros por hora; sin embargo, gracias a su concentración y reflejos logró evitar una terrible tragedia.

Ella es una de las pocas mujeres que ocupan un lugar como operadora del Sistema de Transporte Colectivo (STC) de la Ciudad de México, mejor conocido como *metro*.

A pesar de saber que día a día premura, empujones, sudor, nervios y hasta temor a lo inesperado son algunas de las constantes que caracterizan a este concurrido tren, Erika decidió un día abandonar su puesto de cajera para ocupar el lugar de uno de sus compañeros operadores.

Digna representante del sexo femenino que ha logrado demostrar que no se trata de sexo sino de actitud y decisión, Hernández sabe que para que este transporte funcione aparte de trenes y maquinaria también se requiere de llevar a cabo con éxito su labor.

Su primera responsabilidad es lograr que los más de 23 kilómetros que van de la terminal Universidad a Indios Verdes, que tiene la línea tres, logren cumplir con los 40 minutos que tienen como límite para hacer tal recorrido, y antes que nada, seguros y en ocasiones hasta placenteros, para aquellos que no tienen rumbo fijo o los que, por el peso del sueño, suelen recargar la cabeza sobre la ventana o en el hombro de su compañero de asiento.

Después de haber estado durante más de dos años en la taquilla de la línea tres, decidió —por voluntad propia— cambiar el manejo constante de dinero por una cabina con una serie de herramientas que para quienes no conocemos su funcionamiento son lo mismo que las de un helicóptero o algún otro transporte poco común.

Ella ha demostrado que no siempre es preciso tener necesidades apremiantes para trabajar en uno de los oficios poco comunes en el país, ya que Erika, soltera y sin hijos, únicamente con el deber de atender su propia persona, tomó un curso de cuatro meses sobre averías, motores y demás menesteres que anteriormente eran

exclusivos del género masculino para ingresar a lo que ella manifiesta como su pasión.

No acostumbrada a las cámaras y a ser atendida por alguien con grabadora en mano, debajo de su húmedo cabello, sonrío y con respuesta corta dice: “mi horario es de lunes a viernes de una y media a nueve y media”.

Continuamos y luego de reiterar su gran gusto por los trenes, indago: ¿Es peligroso este transporte? Frunce las cejas y sonrío: “no, no, no es peligroso, llevo ocho meses aquí y no me da miedo”.

A pesar de la satisfacción que muestra por su trabajo, al preguntarle sobre las desventajas y obstáculos durante su labor, frota sus manos, da fin a su permanente sonrisa y dice: “los hombres sí son algo machistas, los mismos compañeros, luego dicen ‘cómo ella va a hacer eso’, o sea, es que a veces hay averías algo difíciles como cuando se traban las puertas y obvio que una mujer ¡cómo va a destrabar la puerta! o poner una tabla forzadora, ponen algo de peros (sus compañeros) y pues lo más difícil es el contacto diario con los usuarios porque se ponen histéricos a veces”. Sonríe y nuevamente observa a sus compañeros.

¡Corté corriente! ¡Paré el tren!

Por sus respuestas parece que el oficio no representa mayor riesgo pero a pesar de ello pregunto: ¿cuál ha sido la experiencia más desagradable que ha vivido? “Una vez estuve a punto de arrollar a una persona pero no, no la arrollé, iba caminando sobre la vía pero sí pude detener el tren, corté corriente. Era un usuario sobre las vías y la alcance a ver y lo detuve (el tren). Detuvieron a la persona. Creo que era de esas personas que andan en la calle (indigente)”.

Parecía que la labor no enfrentaba mayores peligros que el atender a usuarios encolerizados por la tardanza en el trayecto de los trenes; sin embargo, Erika afirma: “Ya van once muertes en esta línea (tres) del metro de enero a diciembre de 2006 ¡bueno las que yo he contado!”.

Su respuesta indica que un operador tiene un reto más que enfrentar, por ello mi duda crece y lanzo la pregunta: ¿Qué pasa cuando algún operador atropella a alguien? “te bajan del tren luego luego, te mandan al médico, te proporcionan ayuda psicológica, te dan incapacidad de algunos días, depende de cómo haya quedado la persona (se refiere a la impresión del operador)”.

Sus ojos se abren más, sus manos sudan, sonrío y subraya: “pero a mí nunca me ha sucedido, esa vez no atropellé al señor”. Luego de indicarle que no soy policía,

pregunto: ¿Qué ventajas tiene este empleo? Esa constante sonrisa se convierte en una desinhibida carcajada y dice: “la ventaja es que éste es un oficio que no cualquiera lo puede hacer”.

— ¿Y la desventaja?

“Es el poder arrollar a una persona y pues lo de los compañeros hombres”.

Con la ilusión de desarrollarse en ese trabajo, por su intenso gusto, y sin pretender estudiar una carrera universitaria, escucha el llamado del supervisor quien le recuerda la hora señalando su reloj de pulso: *cuarto para las dos*.

Termina la sesión y agradecemos (mi compañera fotógrafa y yo) su atención; ella hace lo mismo y, a pesar de ocupar un lugar de reserva, es decir, esperar a que lleguen todos los que trabajan en su turno y si alguno falta entra ella en su lugar, vestida con el usual uniforme rayado café claro y en la solapa el símbolo de dicho transporte, pacientemente toma asiento en la estación con el único objetivo de recorrer, un día más, las 13 estaciones de paso y 6 de correspondencia (sitio en el que coinciden dos líneas o más) que a diario millones de usuarios utilizan sin la mínima idea de que existe alguien, quien con la misma pasión y entusiasmo de un niño que adquiere un juguete nuevo, conduce un tren repleto de ansiosos y desesperados pasajeros.

Incansable lucha por la vida

José Manuel Romero

La vida y la de su hijo son los principales motivos para continuar enfrentando una batalla que dio inicio hace más año y medio (2007) cuando le detectaron cáncer en el seno izquierdo en la tercera fase, signo del estado crítico en el que su cuerpo se encontraba tras meses de no haber acudido al médico.

María del Carmen, quien en ocasiones utiliza una mascada o pañuelo para cubrir su precaria cabellera, resultado de las quimioterapias, comenzó a mermar sus aspiraciones y esperanzas de una vida mejor tras las constantes vicisitudes que la vida le ha puesto día a día.

Su piel blanca y el cabello negro aún no presentan evidencia de sus casi 60 años de edad; sin embargo, el claro de sus ojos están cubiertos por gafas oscuras tras la disfunción de uno de ellos, tal vez a consecuencia de las quimioterapias, tal vez porque el cáncer ha invadido el cerebro o porque es únicamente una infección. Ni ella misma sabe.

A pesar de este difícil panorama, Carmen no ha permitido que Gloria, su madre, y su hijo Celestino, no tengan sus tres alimentos diarios y la ropa adecuada para sus diversas actividades.

Dentro de un cuarto que hace las veces de sala y cocina al mismo tiempo, cuestiono a Carmen: ¿Por qué tardaste tanto en ir al médico? “Porque no tenía con que pagar los tratamientos. La verdad ya me imaginaba algo así porque a veces me punzaba bien feo el seno y un día que fui con un doctor porque tenía gripa me pidió que me quitara la blusa y él fue quién me dijo que no había tiempo y que fuera a Puebla con especialista”.

—¿Dónde o quién te ayuda con las quimioterapias y la medicina?

“Mi hermana Lupe consiguió a un señor que se hizo pasar como mi esposo para que me diera el Issstep (seguro médico para los trabajadores del estado de Puebla) y pues ahí es donde me atienden”.

—¿Cómo te sientes después de tus quimioterapias? Antes de dar respuesta, con la mochila casi arrastrando y sus mejillas enrojecidas entra a saludar Celestino, quién llega de la escuela preguntando por el menú del día.

“Espérate, ¿qué no ves que estoy ocupada? Ve a ver a tu abuela y te hablo al rato”. Tras pedir una disculpa por la interrupción, responde: “Bien, sólo con un

poco de náuseas pero bien después de que me dan el tratamiento. Pero sí como bien”.

— ¿En general, qué cuidados debes tener? “Pues no es algo muy especial, puedo hacer de todo pero no debo hacer mucho esfuerzo. La comida es en lo que más cuidado debo tener”.

—¿Qué debes comer? Luego de una búsqueda a tientas, de un bote de leche descremada que está a unos centímetros de su mano derecha, toma el objeto y responde: “No puedo comer grasa pero todo lo demás sí. Esta leche es sin grasa”.

Observar a una mujer con cabello encanecido, arrugas en el rostro, un pequeño de tan sólo 12 años de edad y una mujer con uno de los males más devastadores de la humanidad, provocan que surja la duda: ¿Qué haces para mantenerte a ti y a tu familia o cómo sobreviven? “Vendo tortas y comida”.

— ¿Aquí en tú casa? “Aquí las preparo, pero salgo a venderlas a los negocios de aquí del centro y la comida sólo para quién me encargue. Bueno ahorita ya llevo una semana de no ir por lo de los ojos”.

Ante semejante escenario pregunto: ¿Y estos días cómo le han hecho para sus gastos o quién te ayuda? “Nadie, yo he ido guardando pero creo que ya no me va alcanzar mucho”.

—¿Qué tal vendes? “Más o menos, a veces en la mañana sólo unas tres o cuatro tortas y en la tarde unas dos o tres comidas, pero hay días que hasta la comida se me queda”.

Si bien es cierto que su lucha parece enfrentarla sola no escatimo e indago: ¿Y el papá de Celestino? “Lo corrí por borracho. –Sonríe-. Nunca me casé ni viví con él, pero cuándo Celes tenía un año, llegó a buscarme a la casa de mi mamá bien borracho y le gritó a ella y a mí y desde ese momento le dije que se largara”.

El tiempo de contener el derrame de una sola lágrima terminó y luego de que sus ojos se enrojecieron brotó y resbaló la primera de una dosis de desahogo que durante años había permanecido oculta.

Tras más de 10 minutos de inconsolable llanto, quita sus lentes toma un pedazo de servilleta y limpia sus ojos. Vuelve a poner sus gafas y pide: “Perdón, pero ya no aguantaba”.

Su ejemplar esfuerzo altera un poco mis emociones al grado de querer salir corriendo por la inmensa pena que me provoca, sin embargo su aparente necesidad por seguir platicando provoca más interrogantes: ¿Cuántas horas trabajas al día?

“Pues me levanto a las 7 para darle de desayunar a Cele, comienzo a preparar las tortas y a eso de las 10 de la mañana me salgo a ofrecerlas. De ahí me voy por mi hijo a la escuela como a la una y regreso a terminar de preparar las comidas que me hayan encargado y las voy a repartir. Entonces ya vengo terminando como a las seis de la tarde”.

— ¿Te cansas mucho? “¿Qué le hago?, si no soy yo ¿quién?”

— ¿Qué es lo más difícil de un día para ti? “Pensar con quién se va a quedar Celes cuando yo no esté”.

A pesar de que sus blancas manos, con aparentes quemaduras por el aceite caliente, comienzan a mostrar un poco de nerviosismo al entrelazar los dedos sin cesar continuo: ¿Quién te apoya económicamente? “Nadie, pues a quién le importa”.

— ¿Por qué no trabajas en alguna empresa o comercio? “Antes de vender intenté entrar a trabajar en algunas farmacias de aquí (Atlixco, Puebla) pero me decían que luego me llamaban a pesar de que les decía que no tenía teléfono. Me di cuenta que no me daban trabajo por mi edad o porque era madre soltera”.

— ¿Qué te hizo pensar eso?

“Lo que pasa es que a dónde iba, siempre me preguntaban que si alguien me cuidaba a mi hijo o cómo le iba a hacer para atenderlo porque los horarios regularmente son de 9 de la mañana a 9 de la noche”.

— ¿Cuándo ya te habían detectado el cáncer buscaste empleo? “Sí pero a las dos farmacias que fui me preguntaron que si tenía alguna enfermedad crónica y les dije de mi problema, entonces creo que eso fue lo que impidió que no me llamaran después”.

— ¿Qué dicen los doctores sobre tu situación? “Ayer que fui a Puebla a la quimio me dijo la doctora que estoy bien pero la verdad no sé porque el ojo izquierdo se me va de lado y con el otro ya no puedo ver bien”.

—¿Crees que mejores? A pesar de que su voz indica el preludio del fin de la charla, logra responder. “No. Pero Dios es grande y sé que no nos va abandonar”.

Embellaciendo a la muerte

José Manuel Romero

“Felicidades joven, dejó a mi sobrina cómo si no le hubiera pasado nada”, dijo a Óscar el tío de una doctora a quien le reconstruyeron la cara luego de haber muerto al caer sobre la mitad de su cabeza la camioneta en que viajaba.

Más de 12 horas seguidas le llevó desinfectar el cuerpo, masajearlo para evitar que se colapsaran las venas e inyectarle los líquidos necesarios, y maquillarla.

Lograr que un cadáver no se descomponga y tenga una apariencia de vida es el trabajo de Óscar Vargas, quién únicamente con un curso de menos de dos meses adquirió las habilidades y el gusto por embalsamar a quienes por diversas circunstancias pierden la vida.

Con ayuda de sus manos y cuerpo describe la manera en que dio inicio su carrera como embalsamador: “en el curso, allá en Monterrey, primero aprendí a abrir y a distinguir colores de la vena y arteria, pero la verdad lo que más se me dificultaba era encontrar la vena”.

Apenas tenía 18 años de edad cuando entró a trabajar a la funeraria *Garcés* y sus actividades se limitaban únicamente a realizar la limpieza de la carroza, el aseo general del establecimiento y esperar a que *cayera* un servicio.

El haber ingresado a una empresa que trabaja con cadáveres no era su primer acercamiento con la muerte, ya que antes participaba como voluntario en la Cruz Roja, a pesar de su fobia de niñez por el algodón.

Óscar no estuvo exento, al entrar a la funeraria, de temerle a los muertos, sobre todo al agarrarlos de la cabeza porque temía que *se fueran a levantar*.

Talvez por herencia o probablemente por costumbre, señala que no tiene miedo al realizar su trabajo y permanecer demasiado tiempo manipulando y embalsamando cuerpos. Incluso, con una sonrisa en su rostro, recuerda: “cuándo eran servicios largos, en los que teníamos que llevar algún muertito muy lejos, yo me acostaba a un lado de la caja y ahí me quedaba dormido”, y opina que “mientras realices tu trabajo con profesionalismo, no te espantan”.

Lo que ahora para él son sólo recuerdos inició tres años después de haber ingresado a la funeraria, cuándo el dueño del lugar decidió agregar el servicio de embalsamamiento a los difuntos ya que, “en calores se descomponían los cuerpos porque sólo se inyectaban con formol”.

Para llevar a cabo su trabajo, Óscar fue elegido para ir a capacitarse a Monterrey luego de que su esposa también fuera elegida para tal cometido y él tomara su lugar.

Sin tener la mínima idea de que era embalsamar, recuerda que al llegar al curso “me impresionó mucho la manera que tenían de trabajar en Monterrey y como embalsamaban. En una ocasión tardaron más de 14 horas embalsamando dos cuerpos porque estaban muy dañados y resultaba casi imposible restaurarlos”.

A pesar de las críticas de sus amigos y seres cercanos que le decían: “estás loco, como puedes trabajar, ¿no sueñas feo?”, Óscar rememora: “yo trataba a un cuerpo como a un pollo”.

Su costumbre y acercamiento hacía la sangre y demás vísceras fue incrementándose con el paso del tiempo hasta llegar a comer al tiempo de embalsamar, desde luego fuera del laboratorio exclusivo para su trabajo.

Inyectar en las venas y arterias los líquidos que deben permanecer en el interior del cuerpo para lograr su conservación, son los pasos esenciales de su trabajo, ya que embalsamar sirve para evitar la descomposición del cadáver debido al tiempo de exposición en el velatorio y hasta tres días después. Ejemplo de esto fue el cuerpo del Papa Juan Pablo ya que tuvo que ser embalsamado debido al tiempo que tuvo que estar en exposición.

Con un conocimiento manifiesto de su oficio, Óscar enlista: “lo primero que tienes que hacer es pedir el certificado médico del cuerpo, para saber cómo está, porque al trabajar con alguien con Sida sí se puede uno infectar, por eso hay que desinfectarlo, por cuidado del embalsamador, luego se le saca sangre para inyectar los líquidos, que por cierto vienen de Estados Unidos, de ahí tienes que hacer movimientos de las partes del cuerpo para que corran los líquidos, como si fueran ejercicios de calentamiento, esto sirve para que no se colapsen las venas”.

Reiterando que el embalsamamiento es únicamente interno y no es necesario sacar órganos fuera del cuerpo, Óscar indica que cuando hacen falta partes de la cara se les pone cera con pegapiel, técnica aplicada a la doctora que le reconstruyó la mitad del rostro.

Maquillar y vestir a los cadáveres es otra de sus actividades que realiza con tal gusto que ha llegado a recibir felicitaciones de parte de los familiares de los difuntos.

Recuerda: “un día arreglé bien a un señor, hasta lo rasuré y quedó rosa de la cara por el líquido colorante que le inyecté. Pero no se quedan así nada más también se debe coser la boca del muerto para que no la abra. Pues ese señor me quedó tan bien que sus familiares me felicitaron y me dieron un dinero extra”.

A diferencia de otros países, en México no es necesario ser médico forense para embalsamar, tan sólo conocer las técnicas necesarias es suficiente para tener un puesto en alguna funeraria.

Actualmente los crematorios han tenido un mayor auge y con ello la labor de embalsamamiento de igual manera ha crecido, ya que en algunos lugares piden que el cuerpo vaya embalsamado para poderlo incinerar.

Consecuencias de una celosa labor

A pesar de su gusto por el trabajo, Óscar menciona los momentos difíciles que vivió mientras trabajaba en la funeraria.

Los problemas y situaciones difíciles no se refieren a manifestaciones extrañas de a quienes atendía, sino a los que se presentaron en su propia familia a consecuencia de su inseparable labor.

Recuerda los momentos privados y familiares que fueron destruidos por su ritmo de trabajo: “vivía en la funeraria porque trabajaba todo el día, a veces no llegaba a dormir a mi casa y cuando lo hacía siempre tenía que andar con radio y celular para esperar la llamada para irme en el momento que fuera”.

Esta situación originó tales conflictos en su familia que hasta “mi hijo ya ni quería saludarme porque decía que no me quería”. Con una muestra de frustración afirma: “un embalsamador es mal pagado por el riesgo que llevas. Aparte de eso a los seis meses tienes que ver a un psicólogo”.

Sin embargo y haciendo de lado sus conflictos familiares reconoce con un gesto de consuelo: “yo ganaba más o menos. Por cuerpo me pagaba el dueño 450 pesos y le daba 150 al chalán. La verdad no me quejo, pero mientras a mí me daban eso los patronos se llevan todo el billete, porque se cobra a parte del servicio de funeraria el embalsamar”.

Debido a que las necesidades y los gastos de la casa se incrementaban día a día, Óscar solicitó un aumento de sueldo el cual le fue negado.

Luego de soportar la situación durante dos años sin obtener respuesta de parte de los dueños de la funeraria, porque a pesar de que sentía que ganaba bien considera que lo desquitaba con trabajo, decidió renunciar.

Buscó empleo en otras partes, incluso consideró la posibilidad de ir a Estados Unidos como ilegal, pero la suerte no estaba de su lado y regresó para continuar su carrera como embalsamador durante tres años más.

Ahora es dueño de un taxi y recuerda la manera en cómo superó las vicisitudes en el hogar y trabajo, incluso afirma que el gusto y costumbre por decorar y hasta embellecer cadáveres no sólo se relacionaba con actividades exclusivas del embalsamamiento, a Óscar lo que más le agradaba eran las relaciones que se establecen con distintas autoridades y personas.

Ejemplo de ello era cuando el agente del Ministerio Público le informaba donde había muertos y quiénes eran.

También lo más emocionante era brindar los servicios de la funeraria, que sin previa organización se asimila a un mercado, ya que al momento en que se presentaba “un accidente y resultaban personas muertas se juntaban todos los empleados de las distintas funerarias alrededor del cuerpo para ver quien se lo ganaba”.

En el momento del accidente ofrecían los servicios y tal y como se lleva a cabo la oferta en un mercado de diversos productos, en estas situaciones las ofertas de un mejor servicio funerario se dirigían a los dolientes.

Ahora ya no son seres sin vida, ni conflictos familiares, ni problemas de sueldo lo que le interese con mayor prioridad, ahora la mayor preocupación que tiene es no abandonar de nueva cuenta a sus pequeños Óscar y Eduardo, pero sobre todo no volver “a ser empleado porque ahora ya soy patrón y es difícil que me conforme con un sueldo”.

El Jul: una semilla olvidada

Luz María Hernández Carballo

En esta ciudad de humo, miseria, vida, tristeza, recuerdos y melancolía, me encontré en una calle del Centro Histórico del Distrito Federal, con un hombre singular: traía puesto un sombrero con una pluma grande que se movía delicadamente a pesar del rápido y despreocupado caminar de lo que aún quedaba de aquella persona.

Su rostro es parecido al de Jesucristo: facciones finas, barba de candado, delgado, sólo que Jesús -mi entrevistado- tiene los ojos negros, ceja gruesa, dientes con forma de maíz pozolero, no tiene un colmillo y está a punto de perder uno de los dientes delanteros. A pesar de esto cuando sonrío ilumina el mundo, su presencia es cálida. Es de carácter introvertido pero a veces atrevido. Lo delata su voz aguardentosa, se sabe cuando él está en algún sitio por el timbre especial que tiene su voz. Cuando habla de su vida, de sus vivencias lo hace expresándose también con ademanes ágiles y variados. Las manos de Jesús son de músico: delgadas y estilizadas. Su habla es pausada, parece tranquilo, reflexivo. Su mirada y presencia es parecida a la de un niño: inocente de toda culpa. Es imaginativo, soñador y pacífico. Sin embargo, quienes lo conocen dicen que cuando ingiere su “pócima mágica” se transforma en otro: en un ser “maldito”, en un torbellino de sufrimientos y placeres ilimitados, su presencia se vuelve otra: mirada trastornadora, impulsivo, muy activo pero agresivo, inaguantable para el olfato e indeseable para la vista de los que lo ven tirado en una de tantas banquetas de la ciudad de México.

La banda de la colonia Portales, en la ciudad de México, lo conoce como *El Jul*; los del centro como *El chácharas*. Pero él tiene un nombre: se llama Jaime Pérez y ésta es su historia, platicada por él mismo:

“Nací en un año que no se olvida: 1968. Mi padre nunca recordó la fecha, el mes y el día de mi nacimiento, su desmemoria fue tal que olvidó mi existencia. No lo conocí, sólo en fotografía. Ya siendo joven, me contarían que él era cantante. Se crió en Huixquilucan, Estado de México, llegó a grabar un disco de música ranchera, físicamente éramos muy parecidos y me cuentan mis tías que era buena persona pero también se echaba sus tragos.

“Cuando mis jefes decidieron jalar cada uno para su lado, en ese tiempo estaba en el vientre de mi madre, faltaban cinco meses para que viniera a conocer esta mierda de mundo. Mi hermano tenía dos años de edad.

“Tiempo después mi mamá conoció a un hombre para “rehacer” su vida. Él se casó con mi madre, pero con la condición de que ella dejara a mi hermano bajo el cuidado de la abuela Marcela - mamá de mi madre- Mi jefa aceptó. A partir de ese día mi carnal se convirtió en el “hermanito” de mi jefa. Nunca lo ha reconocido como lo que es: su hijo. Registraron a mi hermano como hijo de mi abuelita Marcela.

“Mi carnal se llama Erick, el canijo utiliza siempre un paliacate porque se está quedando calvo, es delgado y de piernas largas, tiene un tatuaje de escorpión en su vientre y otro que se hizo con su maquinita inventada por él, no se ha casado, tampoco tiene hijos. La gente dice que nos parecemos en los gestos y ademanes, pero sobre todo en que nos gusta la mala vida, tal vez en eso tienen razón”.

“Conocí a mi hermano cuando hice mi primera comunión, tenía siete años, aún no sabíamos que éramos hermanos. Recuerdo que en las fiestas me gustaba llevarlo a mi cuarto a jugar, era como si la sangre llamara. Cuando Erick tenía 24 años, se fue a conocer el país. Ha estado en muchos sitios arqueológicos y en comunidades indígenas. Le gusta escalar cerros, colecciona tepalcates, dice que si nos fijáramos en las piedras grandes, veríamos formas de animales o de seres extraordinarios. Él ha leído y sabe mucho, pero casi nadie lo escucha, lo tiran de *loco-mariguano*.

“La abuelita Marcela y mi abuelito, lo cuidaron dándole alimentación, cuidando de su salud, pero a pesar del empeño, mi hermano creció sabiendo que tenía una mamá, pero no era su mamá, un padre, pero no era su padre, una casa, pero no era su casa. Compartió el cariño de mi abuela con los hijos de mi tía muerta, quien era la hija más querida de mi abuelita.

“En cuanto a mí, aparentemente me fue mejor. Jaime, esposo de mi jefa, decidió ser mi padre, me dio su apellido, comida y algo de cariño. Pero desde niño he sentido que soy un estorbo. A los cuatro años mi mamá me dejó en casa de la hermana de la abuela Marcela, la tía Lucha, esta viejita vivía con Don Gus, su marido, me quisieron *un chingo*. Había tardes que se ponían *bien pedos* con pulque, lo que más recuerdo son los brazos cálidos de la tía Lucha abrazando mi cuerpo... con ellos nunca recibí ni un solo golpe. Me gustaba estar allí.

“Pero mi madre se enteró de las “fiestecitas” de los viejitos y fueron por mí. En su “esfuerzo” por protegerme, decidieron “encargarme” con Doña Gloria y Don Andrés, padres de Jaime, le dijeron a mi “mamá” Celia que sólo sería temporal.

“Cuando se fueron y me dejaron en aquel departamento de la Portales, vi como se iba mi madre, sólo una palabra puede describir lo que sintió el niño de 6 años que acababan de dejar: abandono. Me quedé debajo de la mesa de ese departamento extraño, no quise salir a pesar de la insistencia de mamá Gloria, No puedo olvidar que en esa noche abrió la puerta un hombre grande, muy grande, era Don Andrés, a quien después llamaría abuelo, empecé a temblar cuando preguntó:

-¿Y ese niño?

-Jaime me pidió que lo cuidáramos, es el hijo de Tania –respondió mi abuela-

No quería salir de mi refugio pero el abuelo, me sacó de la mesa haciéndome cosquillas. Me llevó a una recámara donde había juguetes de su hija pequeña. Jugué con él hasta que me quedé dormido.

“Mi abuela iba todos los días al mercado. Pero un día tardó tanto, que me preocupé, entonces llamé a Locatel para reportar que mi abuela se había extraviado. También le hablé a mi abuelo para enterarlo. Él, preocupado, vino rápidamente a la casa, pero mi abuela ya había llegado. Me regañaron, pero después ésta se convertiría en una anécdota que mi abuela gustosa contaría a sus amigas. Mi abuelo trabajó en los estudios Churubusco a la vez que vendía y compraba coches. Era un viejito *pocas pulgas*, cuando un coche se pasaba la raya del peatón, no sé como lo hacía pero él se subía arriba del coche, armaba unos alborotos, también cuando los taxistas no tenían cambio y le decían:

-Oiga, ¿le puedo quedar a deber un peso?.

- Mejor se los quedo a deber yo pendejo –mi abuelo enojado respondía-

Mi abuelita iba por mí todos los días al kinder. Un día tenía que disfrazarme para un carnaval escolar y llevar un disfraz de lo que quisiera. Al llegar a casa estaba mi abuelito allí sentado, esperándonos. Le comenté lo que me habían encargado en la escuela. Entonces, enfrente de nosotros había dos cajas de cartón vacías y los dos dijimos al mismo tiempo: un robot. La caja más grande la cubrió con una tela color gris, ese sería mi abdomen, con la caja más chica me hizo la cabeza y mi abuela me dio un pantalón gris, para completar el atuendo. Ya tenía hecho mi traje de robot. Al siguiente día iba feliz con mi disfraz puesto, mis

abuelitos me fueron a dejar, pero no se quedaron al evento y el robot (bobocot) se sentía mal pues nadie de su familia asistió al evento y escondido en la caja de cartón lloré y lloré. La felicidad se había cambiado a decepción, sentí nostalgia de ver a los padres de todos sus compas menos los míos y me sentí como de otro planeta.

“Con mis abuelos pasé mi niñez y juventud. Pero casi todos los fines de semana iba de visita a la casa de mi mamá, jugaba con mis medios hermanos. El alcohol estaba presente en las reuniones de mi mamá y de mi papá Jaime, por eso hasta me da risa que me digan: “no sabemos, de donde aprendiste eso...”

“Mis papás me inscribieron en una primaria particular, allí tenía muchos amigos y llevaba buenas calificaciones. La secundaria la hice en una escuela militar, sí que eran unos *hijos de la chingada*, nos dejaban las nalgas rosadas por los reglazos que nos daban.

“Después cursé el primer semestre de bachillerato en el Bachilleres. Ahí me quedé, no lo terminé. Mi vida era un *desmadre*, tenía problemas con mi abuelitos, no les gustaba mi forma de vestirme, mi música: rock progresivo, yo quería ser músico y nadie aceptaba lo que hacía. Había roces frecuentes con mi abuelo y con mis papás.

“Con mi carnal Erick me inscribí a clases de guitarra, sí que quería ser músico. Recuerdo que nos daba risa el maestro que teníamos porque era gordo y cuando tocaba la guitarra él empezaba a sudar y sudar. Sabía que tenía habilidad para tocar la guitarra, mi amigo Carlos Rojas “El negro” quería aprender, pero no podía, a mí se me daba natural. Carlos, trabaja en la Suprema Corte de Justicia, él está terminando su carrera en la UAM, cuando éramos jóvenes su mamá y su familia me querían mucho, hasta llegaron a decirme que me fuera a vivir con ellos. Pero no acepté, me daba pena.

“He sido penoso pero atrevido, hago las cosas aunque me dé pena. A veces cuando no tengo ni que comer canto en el metro o en los camiones, también vendo libros usados, aretes, lentes para el sol, monederos y cuando me inspiro y estoy “entonado” e inspirado me acerco a las parejas para recitarles poemas o cantarles.

“¡Cuántas vivencias con Sergio! Además de él había otros chavos que nos reuníamos para ir a fiestas, iba mi primo –el hijo de mi tía muerta– al que apodábamos “El burgués” porque es hijo de un periodista reconocido que tiene

mucha lana, también, iba mi carnal Erick, y otros cuates de la Portales, resaltábamos porque éramos altos y nos gustaba ir vestidos de negro a las tocadas de rock o a las fiestas. Tenía suerte con las chavas, me seguían bastante. Además de gustarme la música de rock, siempre he admirado a *Pepe al cuadrado*, o sea José José, el *güey* alcanzaba unos tonos interesantes e interpretaba las canciones con mucha intensidad. Yo tenía entonces como 20 años y mi vida era estar con mujeres, tomar alcohol y consumir drogas.

“En una ocasión salimos de pleito en una fiesta, fuimos a apedrear la casa de un militar-sin saber que lo era- cuando de repente empezó a dispararnos, uno de ellos le dio a uno de mis cuates apodado *El tanque*. Rápidamente nos subimos al auto de El burgués. Le salía bastante sangre, así es que le apreté lo más fuerte que pude su herida con mi mano:

-No me quiero morir, *Jul*

-No *güey*, no te vas a morir, cálmate

Llegamos al hospital. Lo atendieron. Nos preguntaron qué había pasado, pero mentimos, Como ya nos habíamos puesto de acuerdo en lo que íbamos a declarar esperamos en la sala del hospital. *El tanque* dijo lo que había ocurrido. Pronto llegaron unos judiciales. Nos llevaron al Ministerio Público, nos levantaron cargos. Estuvo *grueso*, pero llegó el papá de El burgués y por sus influencias el MP rompió la averiguación previa que había en nuestra contra. Salimos libres esa misma noche.

“A partir de ese día cambiaron las cosas: El burgués ya no salía con nosotros porque su papá lo amenazó con quitarle todo si seguía juntándose con nosotros. Él se ostenta como licenciado pero no es cierto, le compraron el título, sé que está ahora metido en la política.

“Mi papá Jaime trabajaba en el Banco Cremi. Me metió a trabajar con él. Lo hice quedar mal. Tenía que entrar a las nueve de la mañana pero llegaba a las 9:30 o a las 10:00. Fue una oportunidad que desaproveché. Si hubiera sido *lambiscón* así como me decía mi papá que fuera, ahorita tendría una casa, un coche y una familia.... Me corrieron del trabajo por estar fumando marihuana con el policía y con la secretaria. Mi padre siempre me reprochó esta oportunidad que me había dado de “regenerarme y superarme.

“En la Portales conocí una linda tapatía: ojos cafés claros, piel blanca, cara bonita y de buen cuerpo, muy atractiva, todo un pavorreal de nombre Silvia. Fue

bondadosa conmigo. Me enamoré de ella. Me entusiasmé con la vida otra vez. Decidimos vivir juntos. Conseguí chamba en una joyería. Me propuse beber menos para tener dinero para la renta y la comida, pero de repente venía ese cabrón impulso que me hacía beber, ya no podía controlarme. Tomaba en el día y hora que no debía. Empecé a faltar a la joyería. Me decía a mí mismo “la próxima vez será distinto, por ella ya no lo haré”. Sin embargo, seguí tomando cada vez más seguido. Me corrieron de la joyería. Sin trabajo, sin comida, sin dinero para la renta, me sentía muy presionado, y me refugié todavía más en el *chupe*. Mi autoestima ya estaba por los suelos.

“Pronto nació lo que más quiero en la vida: mi hija. Se llama Liliana, se parece mucho a mí, es de ojos grandes, mirada luminosa. La llevaba a los parques, a ver las obras infantiles. Es lo que más extraño.

“Después conseguí trabajo como cobrador en una empresa, pero era necesario utilizar motocicleta. Nunca había manejado alguna, pero tuve que aprender en ese día. Lo hice, ya tenía otra vez trabajo. Empezaba mi vida a estabilizarse. Pero consumía cocaína cada vez más seguido, me ponía como loco, alucinaba. En cambio cuando tomaba me volvía violento. Tanto era el miedo que le provocaba a Silvia que hasta me acompañaba a conseguir mi “mota” o la coca. No le gustaba que me drogara ni que tomara, pero prefería que me diera mis *toques* a que tomara alcohol. Una vez ya todo briago, no me importaba lo que ocurría a mi alrededor, nada más importa tu dolor, tu placer. A veces llevaba a la banda o a cabrones que apenas acababa de conocer a la casa. Cuando terminaba el efecto de la coca o del alcohol, me sentía mal, muy mal con Silvia y mi hija y prometía que ya no lo volvería hacer.

“En uno de esos días de parranda en mi casa, estando medio crudo y medio desnudo, llegaron dos *güeyes* a la casa, rápido uno de ellos me sujetó de un brazo y el otro cabrón tomó mi otro brazo. Me dijeron que venían de Alcohólicos Anónimos a ayudarme y que me llevarían a un anexo. Me resistí les dije que no quería ir.

-Yo puedo sólo cabrones. Les respondí

Me subieron a una camioneta blanca. Por los vidrios vi a mi madre y a Silvia hablando con uno de esos *güeyes*, fueron las que solicitaron que me recluyeran en aquel lugar de “recuperación”.

“Llegando al Anexo, me bajaron e hicieron que entrara a la fuerza, estando adentro el director del lugar me dijo:

-Bienvenido cabrón, aquí te vas a alivianar a la buena o a puro *chingadazo*.

Me dieron de beber un poco de alcohol con té. Acto seguido le ordenaron a un morrito como de catorce años que me llevara al “cuarto oscuro”: una recámara pequeña y fría donde había sólo una cama, el colchón era delgado y estaba lleno de chinches.

“En aquel sitio me sentía prisionero. Si hacíamos algo mal, nos castigaban. En las mañanas tocaban una campanita, era hora de levantarse, si te retrasabas subían por ti para despertarte a *madrazos* y ya no te tocaba desayuno. Una vez me dejaron cuatro horas parado con los brazos extendidos mirando hacia una pared. Estaba tenso, nervioso, sintiendo una ansiedad infinita, un dolor profundo en el corazón. Lo único que me sanaba –pero por ratos- era que había un momento en las juntas en que si quieres pueden subir a la tribuna y contar tu historia, tus desgracias, lo que te duele, allí sale lo más profundo que hay en ti.

“Me enteré que mis papás habían pagado un año completo para que me quedara allí. No me permitían las visitas, no podía escribir. Así es que ya no aguanté y junto a unos compas nos escapamos. Fue un día antes de que amaneciera, salté la barda y me lastimé el tobillo derecho, allá iba con mi pie cojeando, mi cabello recortado como si fuera un loco, pero corrí lo más que pude. Estando afuera pedimos dinero a la gente para los pasajes.

“Llegué a las casa pero todos se decepcionaron y querían que me regresara. Yo no quise. Prometí cambiar. Lo hice un tiempo. Una noche llegué drogado -no lo recuerdo- pero me dijo Silvia que la había jalado de los pelos y le dije que alguien me quería matar, era una alucinación. Le dio mucho miedo. Se fue con Liliana al siguiente día de decírmelo. Me abandonó. Me dolió mucho.

“Lamenté mucho que mientras estaba en el anexo mi papá haya tirado a la basura mis notas, mis discos y letras de canciones que había escrito. Sólo quedó un poco de aquello. Mi vida fue decayendo, cada vez más. Poco a poco me fui acostumbrando a dormir en la calle, en los parques, banquetas, coches abandonados, a veces tengo un trabajo estable, acudo voluntariamente a anexarme o a las sesiones de AA, pero después vuelvo a lo mismo: no puedo dejar el alcohol”.

Mi vida con el Sr. Alcohol y la Sra. Droga

“A veces lloro y lo hago para desahogarme de la nostalgia de vivir solitario sin sentido. Donde me pare ya he perdido acción. Yo me lo he buscado y ganado a pulso. No me debo de arrepentir ni puedo, pues soy el único culpable de la soledad y derrota que estoy viviendo. Ahora he tenido perdido todas y cada una de mis oportunidades, que me ha brindado la vida, “la sociedad” y mi familia misma, por eso, y por lo que ahora estoy sintiendo no voy a refutar a nadie, sino a nadar contracorriente.

“Mi vida es falsa, sin sentido común, viviendo de fantasías y viviendo un rechazo de la sociedad. Ya estando alcoholizado no me importa como me vean. Inmune para amar y para recibir amor. Sufriendo por dentro y demostrando lo contrario. Soy un ser solitario que se alimenta de vanaglorias y sueños. Pensamientos y utopías, tengo una vida vacía que me conlleva a transformar mi carencia de amor en alegría falsa para fugarme de la realidad, de mi bien ganada soledad. Estoy apartado de las cosas bellas de la vida. Soy un ser inadaptado, repugnante, estúpido y desagradable.

“La libertad se marcha, pensaba que nunca me dejaría, me he envuelto en mundos raros, en caminos errados, que jamás imaginé perderme en ellos, la encrucijada me confunde, ya no sé qué camino seguir y ahora lloro mis fracasos recordando esos falsos ídolos. Demasiado tarde para llorar, ahora tengo que salir de la encrucijada. Sé que me costará más trabajo, pues ya son varias ocasiones y no encuentro el correcto. Desespero y miro al cielo y le pido a los luceros que me guíen al sendero. De repente el cielo me traiciona y cubre los luceros y me pierdo en los caminos. Pero espero reaclarezca de nuevo y seguiré si es que antes no me muero.

A veces me imagino a Jesús dando conciertos como el músico que quiso ser, a veces lo miro en el rostro de los niños. Se ha ido, muy lejos, nadie sabe en qué lugar está. Quizás un día lo vuelva a encontrar en las calles donde lo vi por primera vez. Me gusta pensar que está en un lugar donde ya no sufre ni siente ansiedad. Siempre recordaré la calle donde conocí a este hombre peculiar.

El Reclusorio Sur visto desde adentro

Luz Olivia Badillo

Rateros, asesinos, secuestradores. Griselda Camacho Rocha ha pasado la mitad de su vida conviviendo con presos del Reclusorio Sur. Primero como celadora y a últimas fechas de trabajadora social. Una labor que desde joven le forjó un carácter de hierro; inquebrantable, contrastante con el trato tan delicado que tiene hacia sus nietas.

Arrellanada en un sofá de su casa; la señora Gris atiende la entrevista mientras cuida a tres pequeñas que la llaman abuela. Con el sonido de la televisión de fondo y las niñas jugando; se cepilla su cabello corto, teñido de rojo.

El próximo 15 de marzo, Griselda Camacho Rocha cumplirá 29 años trabajando en el Reclusorio Sur. De baja estatura, rechoncha, y con la enfermedad del mal del pinto en comisuras de su piel. La señora Gris como se le conoce; platica que el primer año se la pasó yendo diario al Reclusorio Preventivo Varonil Sur –nombre completo- a ver si encontraba una plaza; hasta que fue recomendada por un licenciado amigo suyo; no recuerda el nombre. Los primeros siete años de trabajo le fueron pagados por honorarios. Confiesa que en ese tiempo y más ahora, es muy difícil obtener una plaza. En ese entonces tenía la carrera de comercio internacional hasta segundo semestre; no obstante el primer puesto que obtuvo fue de seguridad y custodia. Una labor muy difícil pues tenía trato directo con los reos. Su carácter en sí es muy fuerte. Es la cabeza del hogar. La que tiene la última palabra, muy a pesar de su marido.

Durante varios años, se desempeñó en diversas áreas del Reclusorio Sur como cocina, intendencia; hasta que terminó su carrera en trabajo social; el área en el que se encuentra actualmente. Para su fortuna; según manifiesta, pues aunque todavía tiene trato con los presos, se dedica a realizarles entrevistas, a orientarlos y encontrar las razones por las cuales delinquieron. Se les brinda ayuda sicológica, y se canaliza a los individuos que pueden salir bajo libertad condicional o anticipada. En realidad “son muy pocos. Solamente salen de la cárcel las personas que muestran buena conducta y deciden superarse. Contados son los que deciden estudiar y terminar sus estudios; o participar en talleres que se imparten dentro como herrería, horticultura o tejido”.

La señora Gris reconoce que en la mayoría de los casos los presos salen más maleados de la cárcel de lo que entraron; pocos entran siendo inocentes, muchos ingresan por crímenes que se pueden arreglar por la vía civil, pero la gran mayoría termina aprendiendo las peores mañas. “Es una escuela del vicio, yo tengo prohibido mencionar cualquier asunto relacionado con mi trabajo pues corren riesgo mis hijos, mi familia. Nuestros superiores nos impiden hablar de lo que ocurre adentro. Y por no ir más lejos te puedo decir que la droga entra auspiciada por las propias autoridades y ellos mismos se encargan de distribuirla entre los reos. No me atrevo a decir que entran toneladas, porque es una cantidad que no sé cómo se mida. Pero si te puedo decir que entra en grandes cantidades. Eso de que los familiares se encarguen de meterla (droga) y el alcohol es una vil mentira. Hay un muy estricto control en las entradas. Eso viene de arriba”.

Los empleados no pueden denunciar, por temor a represalias contra sus seres queridos; de alguna manera la misma impunidad acaba convirtiéndose en su *modus vivendi*. “Nosotros siempre nos enteramos de lo que realmente ocurre no sólo en el reclusorio donde trabajamos; sino en los demás. Los mismos reclusos nos comentan lo que sucede, tienen contactos, saben perfectamente quién estaba amenazado de muerte y contra quién va alguna venganza. Es más, se hacen favores entre ellos mismos para ajusticiarse a alguien.”

Se le pregunta qué sucedió realmente con José Luis Calva Zepeda, “El Caníbal de la Guerrero”; muerto en el Reclusorio Oriente en el 2007. “Dicen que se suicidó pero la verdad es que lo mataron, digo, no es un secreto para nadie. Hasta en los medios de comunicación se habló de esa posibilidad pero no se llegó a fondo. Pero esa es la verdad.”

También asevera que los casos de asesinato al interior de las cárceles son más comunes de lo que se publica; nada más que la censura es extrema. Las autoridades no permiten que se filtre información que les perjudique aún más de lo que ya se difunde.

Se le pregunta de los casos en donde hay motines. ¿Por qué se dan? La respuesta es muy lacónica. Quizá no la única, pero si una de las más obvias. “Porque les quitan la droga”. Agrega, “los principales motines se han dado en el Reclusorio Sur o en cualquier otro porque las autoridades dejan de suministrar la droga a la población. Así, se sienten acorralados, verdaderamente presos; porque se les acaba su escape, su dosis de sueños”. “Mira la situación dentro de una cárcel es

más grave de lo que se piensa, de lo que se “acepta” decir. Aunque hay servicio psicológico, se ofrece ayuda de superación personal, talleres. La mayoría no lo toman, porque no les interesa, porque están más preocupados por drogarse todo el día y pensar en sus problemas sin solución. El ambiente, claro, es muy propicio para evadir la realidad. Los penales están sobre saturados, ya no hay cupo. La población es demasiada. Hay muchos hombres que a falta de espacio usan su ropa para amarrarse a algún barrote y así poder dormir por las noches. Otros cortan sus mismos zarapes y se suicidan ¿Te imaginas lo que es eso?”

“En esas condiciones no puede haber una verdadera readaptación; a pesar de que es uno de los principios del sistema penitenciario, en realidad es una aspiración, una visión romántica de lo que se quisiera”.

Miguel Ángel Félix Gallardo, uno de los históricos líderes del narcotráfico aprehendido en 1989; vivió protegido en la cárcel. Según la señora Griselda era el dueño de “La Íntima”, el lugar donde los internos realizan su visita conyugal. Al lugar entraba su familia a diario, sin restricción de horarios. Incluso el mismo “Padrino”, como se le conocía, podía entrar y salir del penal del Altiplano a su antojo. A condición de ir escoltado. Todo resultaba mejor para él. Ya podía realizar su negocio sin miedo a ser asesinado. Alcohol, drogas, prostitutas. No había límites. Este personaje engendra en sí una especie de idolatría entre un sector importante de la población. Cuenta con su propia página de Internet (www.miguelfelixgallardo.com); y mantiene informados a sus fans de cómo le va en prisión. Existe un toque heroico entre los narcotraficantes que los vuelve motivo de orgullo entre la gente y eso no se puede negar. Además del miedo, la simpatía hacia los narcos hace casi imposible que éstos sean erradicados (además de las leyes del mercado). Sobre esto, la señora Gris agrega que el tráfico de drogas rebasa las rejas de la cárcel. “No hay un límite ante la demanda interna, los riesgos son muchos, como se mencionó, puede haber un motín”.

Se le pregunta si ha influido directamente o con fines personales sobre la liberación anticipada de algún preso. “Sí, he ayudado a salir a personas. No a muchos, pero dependiendo el caso y de acuerdo a mis posibilidades, he ayudado a gente. No lo he hecho por dinero, que quede muy claro. Lo he hecho porque creo en su inocencia y mira que a mis años ya no tan fácil se me puede engañar. De un caso peculiar te puedo platicar que hace años ayudé a un señor que vivía en Milpa Alta, pero era originario del estado de Guerrero; resultó que tenía el mismo

apellido de mi esposo; y después resultó que eran parientes. Salió en libertad, porque lo ayudé. Pero como este caso, realmente son contados. Yo también me puedo meter en problemas”.

Sus nietas juegan y gritan. A ratos no dejan continuar la entrevista; la señora Gris, de vez en cuando las reprime, pero siguen jugando. “Son niñas, yo las dejo que se diviertan. Están en la edad de la inocencia”.

La fotografía es muy ingrata: Gustavo Graf

Ma. Haydeé Rivera Gómez

Gustavo Graf Maldonado forma parte del selecto equipo de fotógrafos del semanario *Proceso*; 13 años en el mundo de la fotografía lo avalan.

Originario de Toluca, Estado de México, nace el 3 de febrero de 1972 y cursa sus estudios profesionales en la Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública en la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM). Estudió hasta el sexto semestre de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación.

— *¿Por qué no terminaste tu carrera?*

—Cuando descubrí que me iba a dedicar a la fotografía, la carrera ya me estorbaba, me quitaba tiempo y entré a trabajar en un periódico en el que me pidieron que me quedara de tiempo completo. Con la escuela no podía ya hacerlo. En la Facultad donde yo estudié que era la Universidad del Estado de México, la carrera de comunicación era la segunda generación y la verdad estaba bien mal, y tomé la decisión de dedicarme a lo que me gustaba y después tomé un Diplomado de fotografía en el Claustro de Sor Juana y complementé lo que me faltó de fotografía, pero si me di cuenta de que iba a dedicarme de lleno y no terminar la carrera.

— *¿Cuándo te diste cuenta de que era la foto lo que te gustaba?*

—Pues no, no fue un momento, una revelación.

— *¿Siempre te gustó?*

—No, no más bien tomé un curso de foto en la escuela y después entré a trabajar a un periódico y me mandaron al departamento de fotografía y conforme fue pasando el tiempo me di cuenta de que me gustaba muchísimo.

En el momento en que Gustavo toma una fotografía piensa en la responsabilidad que tiene por el periodismo, realizar un trabajo de calidad.

¿Qué tipo de foto de manera personal te gusta tomar?

—Bueno, mi trabajo personal va casi siempre ligado a lo documental, ciertos temas, reportajes o historias. Más bien cosas que yo veo o interpreto. No es tanto publicar por publicar.

Participaste en la 4ª. Bienal de Fotoperiodismo en julio del 2001, obtuviste el primer lugar en la categoría de deportes ¿Cuál fue el tema de tu fotorreportaje?

—Mujeres boxeadoras, fue un trabajo que me llevó 2 años.

— *¿Y por qué mujeres boxeadoras?*

—Todo empezó porque un día me llevaron a hacer una entrevista con unas mujeres boxeadoras, ni me gusta el box, la verdad, pero les tomé fotos ese día y se me hizo muy interesante ver pelear mujeres a ese nivel, cómo pegan, la preparación, la entrega, se rompe con el *cliché* de ver hombres boxear. Es una manera de salir de esa situación tan precaria en la que viven, no fue tanto por el deporte sino por la manera de salir adelante de esas mujeres.

— *¿Y este trabajo se publicó o se exhibió en algún lado?*

—Se publicó en *Milenio*, cuando yo estaba trabajando ahí”.

— *¿Por qué saliste de Milenio?*

—Por azares del destino llegué a ser coeditor, me la pasaba encerrado en una oficina enfrente de una computadora, observando y seleccionando fotografías de otros compañeros. Era muy interesante pero no sirvo para estar encerrado, lo mío es la calle. Estaba harto de estar encerrado, entonces renuncié y me tomé *un año sabático*

—Cuando me reincorporé, decidí hacerlo en una revista ya no en periódico. En una revista tienes más oportunidad de que te publiquen el trabajo, es menos castigado que en el periódico.

— *¿Cómo llegaste a Proceso?*

—Antes de *Milenio*, trabajé en una Agencia de Información que se llama Imagen Latina, ahí conocí al editor de *Proceso* y cuando quise regresar a trabajar, lo contacté y le dije que me gustaría trabajar en una revista y en ese momento, por suerte, había una plaza vacante, me la ofreció y me quedé.

—Lo que me agrada de *Proceso* es que no hay una línea, no te imponen fotografías, por decir si me piden que tome a Fox, no me piden que se vea bien, puede ser cualquier toma.

Me comentabas antes de la entrevista que todas las noches como a las 10 p.m. te entregan una orden de trabajo. ¿Qué es una orden de trabajo?

—Una orden de trabajo es como una agenda. Te indican los lugares a donde vas a ir a tomar las fotos por parte del departamento de fotografía. Por decir: tienes que ir a la Cámara de Diputados, al Senado, de ahí a una manifestación”.

— *¿Hoy cuál fue tu orden de trabajo?*

—Hoy fui nada más a la sesión de la Cámara de Diputados”

—*¿Y vas tú solo o con reportero?*

—Depende del evento. Si es un reportaje para la revista me mandan con reportero, pero casi siempre voy yo sólo.

— *¿Y cuándo vas tú sólo, también recabas información escrita?*

—Yo sólo tomo fotos, pero soy periodista y por lo tanto tengo que estar bien informado. No sólo llevo y le tomo fotos a Juan Pérez. Debo saber cuál es el diputado más importante, quién está dando la nota, dónde va estar la polémica, tengo que estar bien enterado.

— *¿Con qué equipo trabajas?*

—Nikon digital, por su calidad. Para el periodismo es más práctico, por las impresiones, etc.

— *¿Cuánto tiempo tienes trabajando en Proceso?*

—Dos años.

— *¿Y piensas quedarte ahí más tiempo o tienes alguna otra aspiración?*

—Por el momento ahí me pienso quedar. 2009 es muy interesante porque son elecciones, campañas.

— *¿Tienes pensado publicar algo o tienes algún proyecto en mente?*

—Quiero hacer más reportajes, algún documental.

— *¿Alguna sugerencia o recomendación para los que quieran incursionar en el fotoperiodismo?*

—La fotografía es muy ingrata. Hay mucha gente que se dedica a esto y hay muy pocos los lugares que valen la pena como para trabajar aquí en México, ser *free lance* es casi imposible, si para que te contraten y te paguen está canijo, sin contrato y que te paguen pues más. Puedes estudiar, pero la práctica es lo que te forma, mucha práctica.

— *¿Es caro estudiar fotografía?*

—Sí. Me sorprendió que me dijeras que llevas Periodismo Gráfico. En México el único lugar que yo sepa, donde se estudia fotoperiodismo a nivel licenciatura es la Universidad de Jalapa, en Veracruz. En mi Diplomado me dieron mucha técnica, pero casi nada de documental, reportaje o periodismo. Me dieron mucha técnica y más técnica.

— *¿De quién dependes dentro de la estructura de la revista?*

—Tenemos un departamento de edición de foto y abajo un departamento de fotografía. Casi en todos los periódicos o revistas hay un jefe de edición y un jefe

de fotografía que es el encargado de coordinar el trabajo de los fotógrafos, quién cubre qué, quién va a cubrir un reportaje.

—En muy pocos periódicos hay un editor de fotografía. El editor de fotografía concentra todo el material, lo ve, y decide que es lo que se publica de acuerdo a, obviamente, al reportaje o a las personas, etc. El editor de fotografía depende del jefe de producción o del jefe de información, y los fotógrafos casi siempre dependen de los jefes de fotografía o del editor.

— *¿Alguna vez te han regresado tu trabajo porque lo consideren malo?*

—¡Uff! Muchas veces.

¿Quieren una chava guapa como yo?: Estoy en el directorio

Mario Ortiz Murillo

Samantha no vende favores sexuales, tan sólo compañía. Trabaja cuando el cliente la requiere, ya sea día o noche, puede ser hoy o quizás esperar una semana. En su actividad, verse bien es esencial. La imagen personal se vuelve una obsesión para mantenerse activa. El cuidado del cuerpo para mostrar una figura delgada y bien tonificada en sus músculos, la obliga a asistir al gimnasio por lo menos una hora al día, amén del extremo cuidado que otorga a su aseo y arreglo personal. *Samy*, como le dicen sus amigas es *escort*, o como también se conoce es la “chica contratada para ir del brazo del patrón”.

Cada cliente, un papel diferente...

“Hay que asumir un rol diferente con cada cliente”, confiesa. En los dos años que se ha dedicado a prestar este oficio *sui generis*, es muy importante creerse el papel que se está interpretando. “Una vez me pidieron que estuviera con un vestido de noche en la inauguración de una concesionaria de automóviles del brazo de un empresario que parecía era viudo. Eso me dijeron, como no me gusta regarla pregunté al quien me contrató en calidad de qué iba estar con este señor, me dijo, él sólo quiere estar acompañado de una chica joven y distinguida durante la inauguración. Sólo luce bien, —me dijo— sonríe, tómalo de la mano y convive de manera superficial como si ya lo conocieras. Así pues, sólo eso, risitas y brindis”.

Nuestra entrevistada sostiene que el servicio de escolta o *escoras* es una actividad legítima que no debe censurarse- “Imagínate que por alguna razón no esté tu pareja disponible y socialmente están obligada asistir a una comida o cena, no vas a llegar sola, de alguna forma este tipo de empresas encargadas de resolver los imprevistos de los eventos sociales sirvan para que las personas vivan con menos complejos”.

Samantha tiene que verse bien, alterna el modelaje y el servicio de *escoras*. La agencia maneja ambos trabajos aunque ella ha empezado a independizarse. *Samy* tiene 26 años, es de tez blanca y pelo castaño claro, su piel denota el cuidado y los costosos tratamientos que la mantienen con un cutis suave y delicado. Basta observar sus manos para constatar cómo una mujer puede consagrarse enteramente a sacarse provecho. Largos dedos con una cutícula perfectamente tratada, uñas

limpias con los resabios del manicure. Cubiertas con un discreto esmalte rojo, las de Samantha resaltan la delgadez de su cuerpo. Sus ojos color aceituna, iluminan el rostro bronceado enmarcado en su larga cabellera extendida con luces rubias que le acentúan sensualidad. Conocedora de las artes y trucos del maquillaje, el rostro de la joven escora aparece perfectamente tratado.

Andanzas del negocio

“Cuando voy a otro tipo de eventos como fiestas familiares o eventos muy íntimos y se me pide que asuma la posición de una empresa, entro en situación y no tengo mayor problema en aceptar el rol, claro cuando son casos especiales se cobra más”. Es sorprendente cómo la sociedad te exige estar acompañada por tu pareja, cuando las personas son solitarias generan sospechas. Samantha admite que tiene una cartera de clientes regulares que son quienes le aseguran cierta estabilidad de ingresos, pero evidentemente son los llamados “extraordinarios” como los llama ella los que le generan dividendos.

“Una vez me habla un señor muy correcto de unos 45 años y me dice que le resulta incómodo visitar a su familia sin pareja porque no quiere confesarles su homosexualidad y era necesario presentarles a una novia. La honestidad con la que me trató este asunto me inspiró mucha ternura y yo en cambio le hice creer que efectivamente éramos novios, con este cliente tengo una relación, además de negocio, de amistad, porque siempre me ha tratado como una dama. Por eso digo para los que quieren pararse el cuello con una chava guapa como yo, estoy en el directorio.

Los disgustos se producen de vez en cuando, Samantha quien se enorgullece de ganarse el dinero con el esfuerzo y dedicación de cualquier otra labor, tiene que lidiar con algunos que creen que este negocio es una forma de prostitución. Una vez un ganadero me dijo “dónde fichas, de aquí nos vamos al hotel, cuánto cobras”. De forma educada le insistí que yo no me dedicaba al talón, él con tono majadero me dice *pinche puta* estirada entonces, qué haces, te exhibes para después hacerte la modosita. Hay quien no entiende qué es esto, falta educación y que la costumbre empiece a volver esta actividad como algo más normal”..

“Mis clientes son empresas o particulares que a través de una agencia pagan mis honorarios. Las propinas son extras y casi siempre han sido generosas en este aspecto. Entre mis solicitantes están industriales, áreas de Relaciones Públicas, áreas de eventos especiales, comerciantes y personas de altos ingresos en general.

Ganancias y propinas

“Mi sueldo lo marca el ritmo de trabajo y la eficiencia de mi actuación”, señala Pamela, “muchas veces he ganado más en las propinas que con el mismo trabajo, aunque también he rechazado el trabajo cuando el cliente se sobrepasa, claro me quedo con el dinero”.

Samantha R. destaca que el encargado de la agencia- igual que ella- siempre deja en claro los términos de este tipo de trabajo, “una cosa es una cosa y otra”. Dirás que me hago mucho del rogar, pero si yo advierto que buscan otra cosa e insisten, los mando al carajo. No niego que en este negocio existan chicas que utilicen estos servicios para pantalla y hacer sus movidas, yo busco el modelaje y el acompañamiento de clientes. El dinero es bueno en una noche me he hecho hasta de 5 mil pesos, en buenas rachas trabajo tres o hasta cuatro veces por semana, con ello pago mi departamento, mantengo a mi hija y le doy dinero a mi mamá”.

Samantha es madre soltera, tiene una hija de tres años a la que ve poco por dedicarse en el día al modelaje y en las noches al servicio de escora, pese a eso ella presume de buena suerte porque hasta la fecha ha podido llevar una vida digna, insiste, sin prostituirse.

La suerte de la fea...

La belleza se desvanece con el tiempo, ella lo sabe. “Ahorita estoy cotizada porque luzco bien, porque invierto en tratamientos y buena ropa pero cuando el cuerpo no me permita verme como hoy me veo, mejor me voy buscando otro trabajo, esto, yo lo sé es temporal. Gasto en accesorios finos, en perfumes y ropa de marca porque de hacerlo de otra forma me devalúo y me tratan como edecán si quieres ser escora de primer nivel tienes que parecerlo, muchas que empezaron ganando bastante son tacañas y compran garritas de tianguis, al rato parecen gatas o edecanes y claro, el cliente no se quiere quemar”.

“Me ha ocurrido que algún cliente, no mal parecido se enamoró de mí, al principio me halagaba que me hubiera llamado en menos de un mes dos veces, luego se repitió. Ellos se confunden, creen que porque una es amable quiere algo con ellos, no es eso lo que tenemos que representar. En este caso me mencionó, el señor no me era desagradable pero una cosa es como te tratan como esposa y otra como novia, y casi siempre quedan reducida a ser amantes, yo no quiero terminar

haciendo esto. Casi todos tienen su familia y sólo quieren darse el gusto, porque tienen el poder y el dinero de tener a su queridita, cuesta trabajo pero hasta la fecha no he dado ese paso”.

“También me ha sucedido lo contrario, hay hombres muy interesantes que además son guapos y ricos, una superaría por tener una relación formal con alguien así, pero cuando el corazón le gana al negocio la casa pierde”.

Para los padres es cosa diferente...

Pamela admite que la percepción de sus padres sobre su trabajo no siempre ha sido buena. Para su madre, por ejemplo, no le queda claro cómo obtiene el dinero necesario para mantener a su hija con un trabajo en el que sólo depende de su imagen y su arreglo. Admite nuestra entrevistada que hay ocasiones en las que ya no quisiera estar explicando lo que ella hace –“Mi mamá me dice – aclara con tristeza- muy pintada y muy arreglada siempre, yo jamás me gastaré tanto en un vestido así, y tú tienes muchos, quién te los compra, con quién te acuestas, tu hermana es una simple secretaria y trabaja mucho. Me consta y no gana ni la mitad de lo que tú ganas, claro ella no está con el maquillaje todo el día y menos tiene tu figura”. A mi papá es mejor mantenerlo con una idea menos dura, para él soy modelo y recibo ayuda del padre de la niña –que no es cierto- pero creo que eso me trae menos problemas. Tengo dos hermanas una es secretaria, es mayor y no le gusta lo que yo hago. Cree que mis amantes me dan el dinero. Mi hermana pequeña me ve con admiración, me mira y me mira, ella es adolescente estudia en la secundaria, me considera como su ídolo y es quien siempre me dice que me veo muy bonita. Para mi hermano menor que está en la universidad le avergüenza que yo me dedique a esto, una vez le dije que yo no era ninguna puta para que me viera así, que si no le gustaba lo que hacía no me hablara, la cosa no llegó a tanto pero nuestra relación es muy fría”.

Proyectos

Samatha reconoce que aunque existe frivolidad, dinero y muchas relaciones en este medio hay una factura que debe pagarse: las majaderías, la envidia, la crítica, la disciplina del cuerpo, la mala imagen ante tus padres, el reto de cuidar a tu hija. Ella pensaba hace algún tiempo, cuando empezaba en esto, cuando dejó la carrera de Mercadotecnia en la Universidad del Valle de México que este trabajo le

permitiría pagarse la escuela, y emprender un proyecto de vida. Siempre se supo bella y cuando realizó un *casting* en una agencia de modelos y le ofrecieron realizar fotografía publicitaria y eventos como edecán de lujo en Tecate. De ahí se dieron otras actividades como asistencia a eventos, y una amiga le explicó como funcionaba el negocio de escoras: “un rato le agarras la mano a un buey, sonríes, saludas y convives y luego te llega una propinota, lo demás es cosa tuya”, le decía Jenny, su amiga.

Con cierto orgullo –concluye Samantha- “les guste o no de aquí vivo, y he podido independizarme, ojalá respetarán eso, aunque esto se va a acabar espero prepararme para el siguiente paso”.

José Trinidad, adicto al juego.

Mario Ortiz Murillo

José Trinidad juega desde muy pequeño. En su niñez a *los volados* por las estampas, luego fue la rayuela; cuando su papá le enseñó a jugar póker y dominó, jugaba en la secundaria y luego en la preparatoria. “Desde que soy chavo me gusta jugar, pero siempre con apuesta: No se quien salió con esa tarugada de que lo importante es jugar y divertirse sanamente.” opina Trinidad, “si no le vas a poner emoción que chiste tiene, el riesgo es el que le da el sabor”.

A José Trinidad le cuesta admitir que su inclinación por el juego es un vicio.

“No, vicios el alcohol, el cigarro, la mota y el sexo; el juego es algo que te hace sentir amenazado, en una salida, una mala apuesta o una señal equivocada lo pierdes todo”. Trinidad sabe un rato de esto, tiene 34 años y las pérdidas no lo agobian, aunque a veces le entra el arrepentimiento.

“Quise entrar a la UNAM para que a mi papá no le costara mi educación, pero perdí; hice tres intentos, quería ser ingeniero civil, no me apliqué o la calificación de pase la pusieron muy alta entonces, por insistencia de mi padre, me inscribí en la UNITEC aunque no somos pobres, esta escolita sí te baja un buen varo, las colegiaturas eran entonces de unos cuatro mil pesos, yo me frustré en la pinche escuela esa. Puro cotorreo, chupe, fiestas, creí que en una escuela particular que se dice de excelencia, se preocupaban más por el estudiante, ni soñarlo. Pronto entendí que no podía ir contra la corriente y ahí sí, ahí en el segundo semestre de la carrera me tiré literalmente al vicio. Noviecitas, fajecitos, un churrito, caguamas, alcohol y un grupito de cuates que despertaron mi gusto por el juego”

“No chingues, me tiraba una lanota diario, al principio era de lo mío, .Luego me lo acabé y me empiezo a gastar la lana de la colegiatura en mis farras, pero sobre todo para el pokarito y el dominó en la cantina. Tenía 22 años y ya me metía en líos grandes”.

“Una vez le inventé a mi jefe que tenía que comprar un equipo de escuadras y regletas para hacer unos planos; a mi mamá le eché el choro de unos libros que me estaban pidiendo urgentemente los maestros, con esa lana y la colegiatura junté casi 7000 pesos y me lancé al Hipódromo, un cuate me había dicho que allá la lana

era en grande que no fuera apostar “mis cien pesitos”. Dije va, y le metí toda la lana a las tres primeras carreras, en la primera entré muy temeroso y por guey, porque ahí debí haber metido todo, aposté sólo cien pesitos a un caballito que me hizo ganar 8 a una, suerte de principiante. En las dos siguientes me emocioné, jugué quiniela y me quedé así de cerca, en la tercera me tiré a matar con trifecta, la pinche apuesta más cabrona, uno tiene que atinarle exactamente al primero, segundo y tercer lugar. Mi cuate me dijo cálmate guey vas muy rápido, son 8 carreras. Ni madres voy todo o nada y eso, pues nada, me vacié rapidito”.

A Trinidad le emociona más perder que ganar. Cuando habla de qué ha ganado y qué ha perdido, de su rostro emana cierto orgullo, cierto aire de honor.

“No te niego que desde entonces a la fecha estoy jugando de todo, he ido a los Gallos a Texcoco, a los perros a Tacubaya, hasta al Melate, Pronósticos y siempre le aconsejo a mi jefe que compre su cachito para el sorteo de Navidad en la lotería y su número para el Sorteo Tec”.

“He ganado varias veces y no poco eh...En los nuevos Books y Yaks he jugado en apuestas de deportes como el Hockey o el Básquet ball colegial y me he llevado mis 30 o 40 mil varos., pero como no soy un buen jugador, me pico y le sigo hasta que no me queda nada. Estos negocitos que están por toda la ciudad te tratan muy chido cuando eres cliente asiduo, te sirven tu chupe, te dan botana, a veces hasta cenita, te dan la caminera, pero sin lana ni siquiera vale la pena entrar”.

“Antes era más velado, uno se escondía o se metía a jugar con sus cuates en su casa, ahora estos pinches yaks están por todos lados. Te digo una cosa, no me lo vas a creer, queriendo mejorar mi suerte los he visitado todos, hasta Ecatepec, Tlanepantla y Cuautitlán he llegado a parar, yo creí que era anormal pero en esos lugares hay muchos que andan como yo acechando a la suerte”.

Para un jugador, las rachas son importantes como lo son las supersticiones, José Trinidad carga su amuleto, una patita de conejo que dice le da suerte en los momentos difíciles. Él aunque joven, parece un hombre de cuarenta años. Arrugado, con entradas visibles de una calvicie inminente, de mirada ansiosa y manos que no dejan de marcar el ritmo a la mesa.

¿Ha perdido algo más que el dinero por el juego? José Trinidad contesta categórico: “muchos eventos familiares, muchos. Bautizos, bodas, el cumpleaños de mi madre; citas con amigos, una novia la dejé esperando en el centro comercial

y me metí a jugar, tres horas después seguía ahí llorando por no saber qué hacer. La que fue mi esposa me reclamaba hasta el cansancio que fuera responsable y llegara a recoger a mis hijos y más de una vez los dejé esperándome. En el aniversario de boda de mis padres fui el gran ausente. Eso es lo más importante, de lo material ni hablar, negocios, trabajos, citas, compromisos con proveedores todos se fueron al bote de la basura porque estaba pegado a un monitor apostando”. El recuerdo de estos momentos provocan que Trinidad haga una pausa en sus respuestas. Le duele, voltea su rostro y parece suspirar como agarrando fuerza para cambiar de tema. – “En fin esto también es parte del juego”, comenta.

José Trinidad admite no haber tocado fondo, el juego, las deudas, haber perdido el crédito de varias tarjetas y haber quebrado dos negocios no es suficiente. “Cuando uno llega al Book uno cree que la suerte va a cambiar, que te vas a llevar todo, un poco de suerte y todo olvidado. Y a veces así ocurre, lo malo es que para los que no podemos parar, nunca es suficiente”.

Entre las adicciones, el juego se considera una de ellas, para Trinidad la apuesta es un gusto que tiene sus riesgos. “Perder lo material y quedarse sin nada: vender tu carro, rematar tu taller, dejar la factura o robarle a tus padres no te frena, sinceramente uno se vuelve cínico. Cada vez que intento recuperarme me alejo un rato de esto, pero no falta la ocasión. Tiene uno que tener el valor para poner en riesgo tu patrimonio, de esta forma uno ve las cosas con relatividad, hoy estás bien, mañana quién sabe”.

“Yo que he tenido buena posición económica he llegado a vender ropa, trabajar de ambulante y hasta de chalán para sobrevivir. Siempre me dicen, ¡no tienes por qué estar así! Luego me recupero y una vez con una lanita de sobra, para qué te quiero”.

A José Trinidad no le gusta que se le vea como bicho raro; para él lo perdido se fue y no volverá, es su gusto.

“El riesgo siempre existe, desde que sales a la calle alguien puede matarte o asaltarte”.

Él al menos vive con la adrenalina hasta arriba, no culpa a nadie de su gustito, sólo le duele afectar a sus seres queridos. Socialmente el juego está permitido, las casas de apuesta se extienden a lo largo de las grandes ciudades de México, José

Trinidad es uno de esos miles de apostadores que, conscientemente, le ponen mayor emoción a su vida.

Carencias Benditas

Moisés Medina Emiliano

“La diferencia de vivir en el campo y en la ciudad, se refleja en la forma en que se convive, se conocen todos, la mayoría de la población son parientes; sin embargo no se tiene todo, hay carencias, se sufre, pero en esa forma se es feliz”.

En una lejana comunidad del municipio de Aculco, Estado de México, encontramos al señor Benito que también es conocido como “El prieto”, el nombre se lo dieron por lo moreno que está. Vive con su esposa y sus cinco hijos, todos varones, Don Benito no estudió, ni su esposa porque en ese tiempo en la comunidad no había escuelas, la única que existía se ubicaba a diez kilómetros aproximados, para asistir tenían que ir caminando por varias horas, además otro de los inconvenientes es que sus padres eran muy pobres.

Sexto lugar en la cadena de hermanos de un total de trece, por lo que los recursos no eran suficientes para que ellos asistieran a la escuela. Todo lo que sabe es porque lo aprendió empíricamente. Para fortuna de sus hijos, los tiempos cambian, y ellos lograron asistir a la escuela, gracias a que se instaló una pequeña escuela rural en la localidad, con los apoyos que se les brindó en esta escuela lograron terminar la secundaria, ahora sus hijos ya están grandes, dos de ellos ya están casados.

Labor sofocante.

Al comenzar el día, Don Benito descubre una mañana como cualquier otra, con el sol apenas naciendo de las montañas que rodean la localidad donde vive, observa su casa de la cual surge una pequeña columna de humo, muy ligera, apenas perceptible a la vista humana, escucha los cantos de los gallos, del ceniztle, de los tecolotes muy a lo lejos.

Don Benito se prepara para una larga jornada de trabajo. Es un hombre que se dedica al cultivo de la tierra, cuenta con una pequeña parcela que trabajándola bien le da el suficiente maíz y frijol para todo el año. Desde que se casó se dedica al cultivo de maíz. Además de ser agricultor realiza cobijas de lana de ovejas para tener otro ingreso más para el hogar. Hay mucha gente de las localidades cercanas

o de la ciudad de México que le encargan este trabajo, a Don Benito le agrada realizar esta actividad, pues le recuerda momentos con su padre cuando éste le enseñaba a hacer cobijas o jorongos.

Su telar está construido de madera, muy rústico y viejo (se lo heredo su padre, Don Salomón poco antes de fallecer,), lo tiene colocado en el patio, porque dentro de su casa no hay el suficiente espacio, lo cubre del sol, de las lluvias con láminas de cartón. No es la única herramienta con las que cuenta para realizar su trabajo, por falta de material se ha tenido que ingeniar para elaborar complementos, construyó la rueda o rin de una bicicleta de nombre “Hiladora”, es con una rueda que le sirve para realizar las hebras de lana, dos tablas con grapas llamadas cardas para cepillar la lana, todas éstas elaboradas por él mismo.

Proceso de elaboración.

El proceso para realizar una cobija de lana original es muy laborioso, lo primero que tiene que hacer es lo siguiente:

Cuando las personas le piden una cobija le llevan la lana de los corderos o borregos, así como se la quitan sucia, se tiene que preparar.

Antes de empezar su trabajo debe lavarla con agua muy caliente y ponerla al sol, ya que la tiene limpia y seca, la palea con un madero grande.

Con las cardas la va limpiando mucho más, esto es para que quede manejable, hace pequeños rollos para después enroscarla en una “canutero” con la ayuda de la rueda

El tercer paso es hacer la cobija o jorongo en el telar.

Este trabajo es cansado y muy tardado. Para realizar una cobija o un jorongo, se tarda semanas. El proceso de elaboración es muy complicado y como sólo tiene un telar, en ocasiones su familia le ayuda con el cardado, paleando, lavando la lana, pero aún así se llevan mucho tiempo, por tal motivo las personas que le encargan la realización de una cobija o un chaleco van desde uno ò dos meses antes para apartar el lugar; para que estén cuando son requeridas.

En ocasiones se lleva más tiempo porque les tiene que hacer algunos detalles como son figuras, poner lana de color negro y hacerle las puntas. Estas cobijas son de lana natural, no incluye nada (como nylon, poliéster ò algodón), son al 100 por ciento lana de oveja. En ocasiones aún se pueden sentir pequeñas basuritas que con

el cardado no se lograron quitar y el olor es todavía a oveja. Otra de las prendas que hace son los jorongos que llevan el mismo procedimiento.

Esta labor la aprendió de su padre Don Salomón, que toda su vida hizo cobijas y jorongos de lana, aparte de hacer otras actividades, Don Benito se siente muy orgulloso de hacer este trabajo que él dice “fue la única herencia que le pudo dejar su padre la enseñanza y el amor a este tipo de trabajo”.

Don Benito sabe hacer cobijas y jorongos maravillosos y además sabe trabajar el barro para que éste le regale con hermosas formas, artesanías ingeniosas y bellas, esto, también se lo enseñó Don Salomón, su padre.

Como podemos darnos cuenta desde que su progenitor realizaba esta bonita labor no ha progresado, no ha podido comprar otro telar o comprar herramientas más sofisticadas para poder incrementar su desarrollo laboral.

Una de las causas es porque hay muy poca gente en la localidad y está muy alejada de los otros pueblos, no existe transporte público, para ir de un lugar a otro se tiene que caminar largos tramos, otra es que ya existen grandes empresas que fabrican cobertores, y muchas otras cobijas y algunas otras son traídas de otros países.

Con una sonrisa en los labios, un gesto amigable, explicó; que espera que en México se apoye a las personas que se dedican a actividades como las que él realiza, al referirse a esto comenta que le gustaría que estos apoyos que el gobierno proporciona a empresas, realmente lleguen a las manos que lo necesitan ya que ha solicitado apoyos al gobierno municipal y se le han negado por carecer de conocimientos básicos y de los tramites que debe de realizar para obtener el crédito o apoyo solicitado.

¡Aquí!: quesos Zamudio

Moisés Medina Emiliano

Jueves 20 de octubre. Jilotepec, Estado de México. Diez de la mañana. Es un día normal para Javier Zamudio, ingeniero industrial egresado del Instituto Politécnico Nacional IPN en el año 1994; hasta que se topa con algo fuera de lo rutinario, un joven estudiante le solicita una entrevista, el encuentro había sido programado en días anteriores, pero debido a que Javier tuvo mucho trabajo, debió aplazarse unos días. El ingeniero realiza hoy un trabajo fuera de lo común para su profesión: es el proveedor de quesos y cremas más conocidos de la región “quesos Zamudio”.

Un sol resplandeciente se filtra por las ventanas de su camioneta Toyota, comenta en medio de un gesto de insatisfacción, de resignación, lo cruel que fue haber terminado una carrera y no poder ejercerla por falta de todo, ver sus anhelos de crecer en el ramo industrial tirados a la basura. El día de hoy sólo carga cajas de quesos.

Mientras estudiaba, trabajó por las tardes, ayudando a su tío en el servicio mecánico, a su lado comprendió lo difícil que es vivir en la ciudad de México si no tiene un buen empleo, esa idea lo mantuvo a flote a lo largo de 5 años en el IPN.

Mostrando un rostro cansado, sin afeitado, maltratado por los años de labor sofocante, de andar para allá y para acá se siente seguro del trabajo que tiene, “aquí he logrado lo que no pude encontrar de joven, cuando salí de la escuela pensé que tenía el mundo en mis manos, pero no encontré trabajo, fui a la coca, a la fábrica de maravilla, querían experiencia y no la tenía, cómo la iba a tener si apenas salía de la escuela carajo”, la fábrica de maravilla es de aceite, mencionó posteriormente.

Un poco molesto o triste al recordar aquellos años en que veía como se destruía su mundo, sus sueños, sus anhelos de niño, de joven y no sólo los propios sino los de sus padres que tenían esperanzas de un buen porvenir y de grandeza.

De un metro y sesenta y cinco centímetros aproximados con una figura regordeta, ancho de espalda de 34 años de edad, mostrando un carácter simpático, se ha hecho querer por las personas con las que tiene trato día a día; tanto en su casa como en su trabajo.

El sueño del Javier de hoy “es ser el mejor proveedor de quesos. Para qué meterse con los demás si finalmente todos hacen la lucha por comer, por vestir, por alimentar a la familia que eso si es pecado no llevarles de comer”. Tiene dos niños y una niña hijos de Gabriela, ella por falta de recursos no continuó sus estudios.

Javier considera que sus jefes se sienten satisfechos con su trabajo, tienen a un ingeniero que les apoya con consejos que piensa que Dios lo puso ahí por algo, no por nada pasan las cosas. Javier cree que es de más utilidad en la labor que realiza hoy que si estuviera ejerciendo su carrera, pero que le gustaría poder creer que él puede hacer algo e intentar buscar una empresa que lo apoye y le de confianza para poder trabajar en la ingeniería.

Mientras clava la mirada en la ventanilla mirando el cielo dice: “algún día realizaré mi propia máquina de destilación para la leche” utilizará los conocimientos que aprendió y hará su propio negocio de quesos.

Esperando unos minutos para seguir su trayecto, seguro de si mismo, asegura “el ahorrar es bueno si se quieren hacer de bienes materiales”.

Atribuye su trabajo profesional al el gobierno del presidente Salinas de Gortari. Sin embargo cree que en el campo ha recibido más ayuda que en la ciudad, “allá no tengo donde vivir, vestir, no podría resistir”, mientras en provincia con una sonrisa fingida puedes trabajar, sembrando maíz y como proveedor”.

Caminamos hacia un puesto de atoles para desayunar comenta que el futuro de sus hijos espera que sea mejor que el de él, porque ahora ya hay mas oportunidades, ya tienen parientes en México, ya no pagarían renta y con algunos ahorros solventaran sus gastos, no tendrán que trabajar y estudiar a la vez.

Refiriéndose a mi destino como periodista me deseó la mejor de las suertes “ojalá, que tú tengas mejor suerte que yo, no sé cómo sea el trabajo que vayas a hacer, pero que tengas buena suerte”.

Maniquí Humano

Pablo E. Turvein Molina

Estoy en la entrada para empleados de la tienda de departamentos *Liverpool*. Es un ir y venir de gente corriendo de un lado a otro; afuera, autos en doble fila, un ambiente de caos y desorden; algo lógico de la trastienda en un almacén de tales dimensiones, lo siento un lugar extraño. Transcurren quince minutos y ella no aparece, por un momento pienso que se arrepintió y ya no habrá entrevista.

Miro el reloj, son ya treinta minutos de espera, alzo la mirada y ella aparece: Yanuén, la maniquí humana. Es alta, facciones finas, cuerpo esbelto de formas balanceadas y bien distribuidas. Yanuén, sin mucho sobresalto, me saluda, la invito a tomar un café o subir al auto para hacer la entrevista; ella se niega, prefiere que la entrevista se lleve a cabo en la banqueta. Pienso: esto no va a ser fácil, pero empiezo a preguntar:

¿Desde cuando trabajas en esto?

“Desde los 17 años, ahora tengo 25”. (Aparenta más edad. El maquillaje ha ido deteriorando la piel de su rostro.

¿Tuviste alguna preparación previa?

“No, desde pequeña practico yoga y eso me ha ayudado, pero no hay una escuela para aprender esto”.

¿Qué estudios tienes?

“Preparatoria nada más” –sus respuestas me suenan secas y concretas- Entonces le digo cuéntame un poco sobre ti –“Pues mira, vivo con mi madre y mi hermano. Aporto para los gastos de la casa, pero no tengo hijos”.

¿Cuánto ganas?

“De 500 a 700 pesos por día”. Entonces es un buen sueldo. Me responde “sí, es un buen sueldo”.

¿Es pesado hacerlo?

“¡Pesadísimo!, no sabes cuánto, debo concentrarme mucho”.

¿La gente se percata de tu presencia?

“Por lo regular si y siempre me quieren hacer reír, o hacerme cosquillas.

¿Qué piensas mientras trabajas?

“Realmente nada, sólo me concentro y respiro”.

¿Cuánto tiempo has estado inmóvil?

“Lo más que he podido estar totalmente inmóvil han sido diez minutos”

Y un día normal de trabajo, ¿De cuántas horas es? “De cinco horas aproximadamente, tres o cuatro días a la semana”. ¿Te has sentido mal en alguna ocasión a causa del trabajo? Sí, un día no me dio tiempo de desayunar, ni de comer y me desmayé, lo chistoso que un señor pasó y le dijo a una de las demostradoras: ¡se cayó un maniquí!”

¿Qué características debe tener una persona para trabajar en esto?

“Ser delgada y fácil de maquillar, se utiliza maquillaje como el que utilizan los payasos para que no se te noten las venas”.

¿Qué opina tu familia y tus amigos de tu trabajo? “Que es bueno, pero extraño. Antes de esto, ¿En qué trabajabas? “Mi primer trabajo fue modelando ropa” ¿Trabajas en otra cosa aparte de maniquí? “Sí, soy edecán”.

Si no trabajaras en esto, ¿En qué te gustaría trabajar? “Haciendo teatro”.

¿Tienen preferencia por los maniquís hombre o mujer? “Por lo regular se contrata a mujeres, pero también tengo compañeros hombres”

¿Cuántos cambios de ropa haces en un día de trabajo? “Aproximadamente diez cambios y diez peinados” ¿Crees que tu labor sea una moda pasajera? “Sí, porque hace unos años, no había trabajo de esto, según me comentan”.

¿Te sientes a gusto haciéndolo?

“¡Sí, me encanta hacer esto!, en verdad estoy a gusto”.

En la semana ¿Hay días de descanso? “Al revés, trabajo siempre que hay trabajo, no importa si es fin de semana, por lo regular descanso los lunes y cuando no hay me quedo en casa durmiendo y viendo televisión”.

¿Cuáles son tus expectativas? “Casarme y tener una familia”.

¿Alguna anécdota?

“En una ocasión me moví para irme a cambiar y una señora se asustó tanto que la tuvieron que llevar al médico y darle un calmante. En otra ocasión, un señor me bajó el sombrero y me tocó un seno, al darse cuenta que no era un maniquí se disculpó muchas veces, pero me molesté mucho y se la “*menté*”; luego lo tomé como algo propio de este oficio”.

“Mis hijas se avergüenzan de mí”

Pablo E. Turvein Molina

Me encontraba esperando poder comprar unos panes de dulce. El joven que vende el pan no estaba en su bicicleta; al parecer había pasado al baño de la estación de servicio. De repente, se aproximó una mujer vestida de overol de trabajo y me dijo: me puede dar diez bolillos por favor, yo contesté: claro, pero... ¿bolillos o teleras? En ese momento ella se dio cuenta que yo no era el del pan, y yo me di cuenta que sería interesante conocer la historia de una mujer que se dedica a un oficio relativamente nuevo para el sexo femenino; despachadora de combustible.

Después de charlar unos minutos y comprar nuestros respectivos panes, le pregunté a la mujer de 36 años llamada Elsa, cuya mirada refleja cansancio: ¿Sientes que tu salud puede estar en riesgo por este trabajo?, a lo que me responde: “de hecho estoy enferma, porque inhalas plomo, inhalas todos los contaminantes, además, el ruido a mí me está afectando a mi oído, ya que estamos sobre un eje vial; el medio ambiente que me rodea es malo, yo, has de cuenta que en la noche me sueno la nariz y sale hollín, en las manos te cae gasolina y se te queman poco a poco”.

— ¿Entonces cuáles fueron las razones para buscar este tipo de empleo?

“Con las propinas se gana más que con el sueldo mínimo. El sueldo mínimo no le alcanza a nadie y como mi hija menor depende de mí pues no hay de otra. Las mayores ya trabajan y se mantienen solas”. Si no es indiscreción, ¿Cómo cuánto ganas en este trabajo?, “alrededor de cinco mil pesos mensuales en propinas ya que no tenemos sueldo base”

Ya con un poco más de confianza, le pregunto a Elsa: ¿Hace cuánto tiempo laboras despachando combustible? Ella me comenta: “primero entré como cajera, pero despachando gasolina como tres años”. ¿Fue sencillo obtener el empleo? “Si, sólo me pidieron una solicitud, comprobante de domicilio y un par de cartas de recomendación, pero eso era antes, cuando yo entré, ahora son mayores los requisitos porque mucha gente se ha pelado con el dinero de la cuenta, por eso ya te piden direcciones y teléfonos de familiares y hasta una fianza”.

Me surge una pregunta que no puedo evitar: ¿Te sientes en igualdad de condiciones con respecto a tus compañeros de trabajo hombres? “La verdad no, yo tengo ventajas sobre ellos, las mujeres tenemos ventajas sobre ellos es este trabajo,

porque percibimos un poquito más de propinas, nos dan más. Como que atraemos más a los clientes que los hombres, porque la mujer es más amable, la mujer trata al cliente con una sonrisa y el hombre siempre está enojado. Además como que la mujeres se esmera más en las cosas y el hombre es más de al ahí se va”.

¿Has sido víctima de algún robo dentro de tu trabajo? “Sí, pero de los propios compañeros, a veces falta producto, ellos, están, “a las vivas”, si te descuidas y ya “bailaste las calmadas”. Por ejemplo si a mí me dejan cinco aceites, y falta alguno, lo tienes que pagar sin discutir, si falta dinero, quién fue, quién sabe, se divide entre los que despacharon. No tanto que te lleguen a atracar, sino entre los mismos compañeros”.

¿Qué opina tu familia sobre tu empleo? “Que es muy denigrante, que es muy humillante, y se avergüenzan, mis hijas se avergüenzan de mí”.

Yo me imagino que no te sientes a gusto haciendo esta labor, “no, porque la gente te humilla mucho, porque la gente te trata como si fueras un gato, te menosprecian, te ordenan, te exigen y a veces hasta son groseros, y tú te tienes que callar, o sea por un peso, no estás pidiendo limosna”.

Bueno, por lo menos tienen otras prestaciones, como un seguro o algo así. Con una risa de indignación me contesta: “no, ni contrato, ni seguro de vida, nada, al contrario, te cobran, nosotros pagamos el almorol, pagamos las esponjas, pagamos los overoles, le pagamos el sueldo al policía y a la de mantenimiento, porque diario damos 15 pesos de “moche”, diario, cada uno, y son tres turnos”.

Por último quisiera preguntarte: ¿Tienes alguna anécdota que recuerdes? “Sí, un par de ellas mira: una vez, cuando empezaba a checar niveles, yo no sabía donde iban las cosas, y en dónde va el aceite, le eché liquido para la dirección hidráulica, la clienta se espantó, pero yo le dije, no le pasa nada al cabo que todos son aceites; y en esta ocasión, confundí a un muchacho con el vendedor del pan, y ya vez, me terminó haciendo una entrevista”.

La vida en un clic

Ricardo Luna

Cansada, con los ojos extremadamente rojos y un poco llorosos, consecuencia directa del uso de la computadora por más de doce horas, Leticia Reyes Allende, de oficio capturista cuenta su vida, su pedazo de historia con una voz trémula que permite sentir su cansancio: quizás de la vida, quizás del trabajo, 16 años, 14 de ellos en una sola empresa, trabajando más de 13 horas al día capturando datos no es nada fácil y se sufren muchas vejaciones.

“Nací en el pueblo de San Miguel Ameyalco, Estado de México, es un pueblo frío pero lleno de calidad humana. Cuando era niña soñaba sólo con ser grande. Llegué a la Ciudad de México a los quince años, en 1982, con la ilusión de estudiar la preparatoria, hecho que realicé gracias a la ayuda de mi tío Guillermo Reyes que se esmeró en cubrirme los gastos para la escuela”.

“Antes de meterme a estudiar, mi abuela, doña Daria Reyes Flores, la cual tenía un puesto de verduras en el mercado de las Lomas de Chapultepec, me consiguió trabajo de sirvienta en la casa del Sr. Antonio Cañedo, hijo de Don Guillermo Cañedo, alto ejecutivo de Televisa”.

“En esta vida he sido chacha, cajera, mesera y hasta madre de mis hijos y esposa de mi marido, todo requiere de un gran esfuerzo, pero el ser capturista lo es más”.

“En 1990 tras haber terminado la carrera de Técnico en Informática, en el CONALEP, sólo me faltó el título, encontré trabajo en el Gigante de Tacubaya, ahí son demasiado negreros, te hacían trabajar de 09:00 a 22:00 hrs, ora de cajera, ora vete a pescadería, a juguetería, a limpiar los pisos, se hacía de todo”.

“Desgraciadamente por rebelde y rezongona sólo duré en el empleo cuatro meses. Pasé un buen tiempo sin trabajo”.

“A finales del mes de Marzo de 1991 entré a trabajar en el Instituto Federal Electoral, en donde había hartó trabajó debido a la innovación de la credencial de elector, ahí capturaba hoja de datos, era por destajo; es decir, cobraba por lo que capturaba y el primer día sólo recibí \$25.00. Duré sólo un mes, me salí de ahí porque eran muy pesados los horarios y la paga, la verdad, era muy mala”.

“Durante un año ayudé a mi abuelita a trabajar en su puesto de verduras que tenía en la colonia Lomas de Chapultepec. Ahí conocí a la señora Maria Eugenia

Vaca que me ofreció trabajo en la empresa donde laboraba, Grupo Acir; era de capturista”.

Tercera hija del matrimonio entre Don Felipe Reyes Flores y la señora Cristina Petronila Allende León: Leticia, cuenta con 7 hermanos, Imelda, Daria, Norma, Felipe, Ana, Elizabeth, Carmen.

Cuando sea grande...

— ¿Con qué sueña Leticia, cuando de niña sólo anhelaba ser grande?

“Sueño, a pesar de mis 36 años, con terminar una carrera. No quiero ser toda mi vida una simple capturista”.

Durante su vida siempre le ha *echado la mano* a sus hermanos a salir adelante, por ejemplo al único varón de la familia, Felipe, le ayudó a terminar su carrera de Ingeniero Civil, en el Instituto Politécnico Nacional.

Leticia es una mujer fuerte, literalmente en cuerpo y alma, menuda de tez morena clara, cabello quebrado color castaño, viste un pantalón azul y un saco en color rojo que hace resaltar sus ojos aguamielados, mira al horizonte buscando en sus memorias algo qué recordar, porque finalmente la vida es lo que uno más recuerda y no como la vivió.

“El puesto se trataba de capturar órdenes de transmisión, en el departamento de Control, en donde se llevaba toda la organización de las órdenes de transmisión de los diferentes clientes que contrataban espacio en las estaciones de radio, tanto en el Distrito Federal como en el interior del país”.

14 años no es nada cuando te quieres superar

Era agosto de 1991, Leticia encontró por fin un trabajo que al parecer le gustó más de los que ya había tenido, debido que era muy atractivo el salario, contaba con prestaciones: Seguro Social, caja de ahorro, vales de despensa, buenas utilidades, etc.

“Con el tiempo empecé a conocer mucha gente y a entender que para permanecer en este trabajo era plantearse un gran reto, debido a que hay muchos tabués porque la mujer trabaja y más aun hay discriminación por desempeñar el oficio de capturista”.

“Por ello yo no he cejado en querer terminar una carrera, en estos momentos curso el bachillerato en su modalidad de carrera abierta, para poder pasar a la universidad y realizar mi sueño”.

Madre de dos hijos, una niña de 9 años de nombre Rebeca y un niño de 6 años Ricardo, Leticia menciona que al menos uno de los puntos en que se ha sentido realizada como mujer es ser madre. Casada desde hace diez años vive ahora, si no una vida resuelta si al menos con poca preocupación por el dinero.

Lety, como la llaman sus compañeras de trabajo, opina que a pesar de que su trabajo es importante para la empresa Grupo Acir, así como el servicio que se presta a los diferentes clientes de la radiodifusora siempre es segregada en comparación con los ingenieros en informática que tuvieron la ventaja de terminar una carrera

Por ello, Lety sigue soñando: una carrera, un título, un mejor trabajo, catorce años no son nada con lo que puede esperar para lograr realizar sus anhelos.

Barrendero

Ricardo Luna Barrales

Limpiar las calles de esta gran ciudad de México, sobretodo por las noches, puede, para algunas personas, ser un oficio insultante, para otras algo indiferente o simplemente sin importancia. Pero hay para quienes el limpiar la basura que dejamos los ciudadanos regada por las calles del Distrito Federal, se ha vuelto algo dignificante, pues, es un oficio que de alguna u otra forma los ha ayudado ha sobrevivir y salir adelante con sus quehaceres diarios

Ese es el caso de Jesús Esparza López, oriundo de Ciudad Cuauhtémoc, Zacatecas. Barrendero desde hace más de cinco años, por las noches limpia la inmundicia que se tira en las calles, avenidas y calzadas de esta inmensa ciudad. Don Chucho es sólo una voz de entre los más de 8 mil empleados de limpia que trabajan para el Gobierno de esta ciudad, y de los cuales 3 mil 400 los hacen por las noches.

Don Chucho, sólo se arrepiente de no haber estudiado y de no haber podido vencer a tiempo el vicio del alcohol para no sufrir los atropellos de los cuales son victimas tanto él como sus compañeros de brigada en el departamento de limpia del Gobierno del Distrito Federal.

-Huevones, basuras, cochinos, brutos. -cuenta Don Jesús, son algunos adjetivos que se llevan cada noche; otros son: analfabetas, indios, mujercitas, pendejos. Sufren, inclusive, el riesgo de perder su vida por la imprudencia de algún automovilista que no respete su trabajo. Don Chucho, *rechoncho bonachón* como le dicen sus compañeros, cuenta su vida, ese pedazo de historia que importa por cotidiana y por su incuestionable condición humana.

Cuando te haces en el campo lo único que te queda en la ciudad es la albañileada

“Llegué a la Ciudad de México en 1966, tenía 20 años y hartas ganas de ganar dinero, conocer mujeres chulas y hasta el Circuito Interior”.

“Recién llegado conseguí un trabajo en la refresquera El Barrilito, allá por La Viga. Primero cambié en el almacén, luego empaquetando las cajas con refrescos y cuatro meses después repartiéndolos en las tiendas de las colonias: Tacubaya, La Condesa, La San Miguel Chapultepec, en el poniente de la ciudad”.

“Desgraciadamente me corrieron un día porque faltaba mucho, ya sabes, cuando te mandan al seguro nomás te la hacen de emoción y nunca te atienden, así me pasé durante tres días y al cuarto, al llegar al trabajo ya estaba con mi liquidación, que fue una mierda, déjame te digo, y pa` fuera”.

15 minutos bastaron para que Don Chucho encontrara nuevamente trabajo, aquella vez fue en una constructora que se encontraba cerca.

“-Ya sabes”. Cuenta Don Jesús, -“cuando te haces en el campo lo único que te queda en la ciudad es la albañileada. Aquella era una constructora que prestaba sus servicios a las fábricas de la Vallejo”.

Sin trabajo otra vez

Ataviado con el clásico overol en color amarillo con líneas luminiscentes en la parte trasera y el pecho de quien lo viste, Don Jesús sonríe cuando recuerda aquellos tiempos de los años 60, en los que la vida valía mucho, la ciudad era pequeña y en contraste mucho más grande.

– “No había tanta fila para el transporte o tanto tráfico y mucho menos tanta gente”. –Aclara Don Chucho, llevándose a la boca un vaso con café, el cual saca de un termo que carga todos los días, menciona para soportar el intenso frío que se siente por las madrugadas.

Hombre alto, fuerte, de tez morena, 59 años de edad ya pintando canas en la mayor parte de su cabello y en el bigote “mostacho” .Chucho *rechoncho bonachón*, como le llaman sus compañeros de trabajo aguanta de todo en este nuevo trabajo que le trajo: la vida, una mala pensión y la borrachera.

“En la constructora primero era albañil, luego ayudante del capataz y finalmente chofer. Llevaba los materiales a las fábricas: tabique, cemento, mortero, varillas; los dejaba y pélate otra vez a recoger más cosas. Un día me caí del torton que manejaba y me rompí la cabeza. -pinche borracho cabròn, nomás recuerdo que me dijo mi compadre José Para cuando desperté del golpe ya estaba despedido y con tremenda venda cubriéndome la herida”.

“Luego entré a chambear en una editorial, esa que hacia la revista... disculpe pero la memoria me impide recordar su nombre, era chofer también, llevaba harto tiraje a Puebla y Veracruz. Hasta que me atracaron en Jalapa un día y me quedé sin camioneta, sin dinero y lo peor de todo: sin trabajo, otra vez. Nomás duré 6 mese, fijese”.

La familia

“¿Hijos? Tengo cinco con mi esposa desde hace 28 años, se llama Eugenia García Jiménez, tenemos tres hombres y dos mujeres. Una de ellas, la mayorcita, Betty, ya es casada, la otra está en la Universidad a punto de acabar”.

“Uno de mis hijos es contador privado, Manuel, trabaja para Hacienda. Otro es beisbolista, se llama José Esparza, no sé si lo conozca, en un tiempo fue muy famoso cuando jugó con los Olmecas de Tabasco junto con Rodrigo López, ése que ahora está con los Orioles allá en Estados Unidos. Mi hijo era mejor, pero aquél estaba apadrinado por un tal Peralta de los Tigres de México. José ahora juega en Michoacán en el béisbol llanero, es pitcher y así se gana la vida”.

“Mi tercer hijo se fue para Tijuana, quesque para pasarse al otro lado, ya lleva más dos años y ni una noticia de él”.

“Conocí a Gema, cuando entré a trabajar a una fábrica de aceites comestible, una que ya desapareció, estaba en la colonia Morelos se llamaba Cordial Libertador. Utah, si me acuerdo, ella empaquetaba los aceites y yo los repartía en las tiendas o casas particulares, en las Lomas. La invité a salir y aceptó y de ahí pal`real jamás nos separamos, bueno sólo unos días en que... ya ve como es el genio de los casados”.

“¿Infiel? nunca mi joven, a pesar de los 28 años de casado que llevo. Eso si, una que otra bronca, y precisamente por una me quedé sin casa. Ya tenía mi casita del Infonavit, estaba en Chalco, pero un día se alocó la familia y cada quien quedó en jalar por su lado, vendimos la propiedad y repartimos el dinero; lo malo fue que al mes nos volvimos a arrejuntar y las consecuencias fueron terribles: ni dinero, ni casa, el dinero se va como agua. Ahora rentamos una casita en Ixtapaluca”.

Barriendo pa´ sobrevivir.

“La barrida es tranquila, lo malo son los pinches coches que luego nos avientan la carrocería, fíjese el otro día un camión se nos aventó y por poco se lleva al Juancho. No más le alcanzamos a mentar la madre. Y otro día un señor con una camionetota nos hecho hartas groserías nomás porque cerramos un carril de la Avenida Observatorio y no lo dejábamos pasar –Pinches muertos de hambre lame huevos del Peje. Alcancé escuchar que nos gritó. También le mentamos su madre. Al cabo que ni nos conocen”.

“Trabajo de doce de la noche a seis de la mañana; el sueldo es poco, el mínimo, pero ahí vamos pasándola mi vieja y yo. De lo único que me arrepiento es de no

haber estudiado aunque sea haber terminado la primaria, sólo llegué a tercero. El vicio también me trajo hasta acá, ya ve cuando uno tiene dinero, hasta sientes cosquillitas en las manos para gastártelo”.

“Recuerdo que cuando me dieron mi liquidación en la fábrica de aceite, luego luego pal ´ alcohol y los cuates, ahí se fue casi todo. Me arrepiento pero ya ves,, ya no queda de otra más que aguantar el frío, las mentadas y barrer pa`sobrevivir”.

Mati: una mil usos en la ciudad

Ricardo Luna Barrales.

Ataviada con una gorra más sucia que los autos que lava, una camiseta ancha y delgada de tantas puestas que tiene, y unos pants extremadamente flojos, a tal grado que debe sostenerlos con un lazo delgadito, como aquellos con los cuales empaquetan pasteles en la Ideal, Matilde Romero Valentín se encuentra frente a mí, llena de miedo por las preguntas o quizás, de sorpresa por conceder una entrevista ya que menciona “soy alguien tan cotidiano que siempre he pasado desapercibida en la vida”.

Matilde o *Mati*, como la llaman sus compañeros de trabajo, hace de todo: lavacoques, hace jardinería, lustra zapatos y hasta se da un tiempo para ir a tocar la puerta en puerta, en las casas ubicadas en la colonia Lomas de Chapultepec, para alquilarse por dos horas y \$50, para hacerles la limpieza a las *señoras*.

“Vengo de Toluca, bueno de un pueblo de cerca que ni aparece en el mapa” menciona en tanto esboza una sonrisa que deja ver unos dientes pequeñitos, sorprendentemente blancos y bien alineados, contrastantes con su piel morena quemada.

“Soy de San Juan Ixtlahuaca, que está como a una hora del centro de Toluca y a dos de aquí, pero yo nací en Lerma, igual que mis papás y Juan”.

Y ¿quién es Juan? Le pregunto, queriendo aprovechar ese resquicio, que me permitió, en la conversación para tratar de saber de su familia. Por desgracia, el tema le pareció algo incómodo y lo cambió.

“Tengo tres hijos, dos varoncitos, Juan de 15 y Alberto de 16 años, y una muchacha, Vero, de 17 años. Ella estudia en la prepa allá en Toluca y los muchachos apenas están acabando la secundaria”.

“Antes de que se fuera mi marido pa “el otro lado”, nunca había trabajado, sólo en la milpa, pero hace varios años supe de que acá en México contrataban muchachas para hacer la limpieza, y luego como ya no estaba el Juan, me jalè para estos rumbos”.

Caminando entre las calles de las Lomas de Chapultepec, conoció un día de Noviembre a Romualdo, un albañil que hacía obras en estos lugares, él le dio informes sobre algunas “chambas” de limpieza de las casas; todo era de entrada por salida.

“Mi primer trabajo fue en una casa de allá por la calle Sierra Nevada, con doña Pepita, una señora de unos 70 años, que bien tierna nomás me pedía que limpiara bien

el baño y los trastes, lo demás no le importaba, pero como siempre he sido bien limpia le dejaba su casa bien hehecita”.

Con el tiempo y cansada de cambiar de casa cada dos o tres meses, encontré por fin un trabajo fijo; esta vez gracias a otro amigo *El Jorsh*. Fue una tontería “hacía de todo, subía, bajaba, por así decirlo ya que era un puestecito allá en las vías”, me dice señalando rumbo a la Avenida Reforma por el rumbo de la Fuente de Petróleos Mexicanos.

“Ahí yo contrataba el refresco, despachaba las tortas, cobraba, empaquetaba los productos, iba a la Merced por las cosas, hacía de todo”, el patrón nomás llegaba cada viernes por la tarde a cobrar, para eso si era bien puntualito. Se llamaba Jorge no sé qué, siempre andaba bien trajeadito, las malas lenguas decían que era un político muy influyente, creo que era un diputado”.

Afortunadamente dejé ese trabajo como a los cinco meses. Cuando vi que al puesto llegaba mucho *trajeado* y decidí mejor meterme a lustrar zapatos, dejaba más dinero y mis hijos tenían que comer.

“Empecé lustrando zapatos y acabé encerando coches, eso fue allá por el 2002. Un día me acerqué a un chavo chaparrito, se llamaba... Toño, me dijo que ganaba \$10 por coche lavado y \$15 ya encerado, me invitó a echarle la mano poniendo el armorol a los coches y poco a poco me dejó uno que otro pá lavar”.

Matilde, de joven mirada, a pesar de sus 38 años, risueña voltea a todos lados buscando clientes que estacionen sus autos o simplemente para espantar mi atención y que deje de hacer tantas preguntas.

“Al poco tiempo de estar lavando coches en Reforma, Romualdo me jaló pacá en Grupo Acir, en donde hay coches de a montón, fíjese, somos tres y ni así nos damos abasto. Un día llegamos a lavar hasta 15 coches, otros sólo 10 o ninguno”.

La tarde está rica pero la conversación se corta abruptamente; Matilde se niega a seguir contando más. Yo insisto, pero recuerdo que ante todo esta el respeto a la privacidad de la gente. Me retiro no sin antes voltear a ver como *Mati* se refresca el rostro, agarra sus cubetas y enfila rumbo a las calles de las Lomas a buscar donde limpiar una casa. “Por hoy, ya no hay coches que lavar”.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

Ana Nery Anaya Monroy

- “Sex Capital”

Arturo Sánchez Jiménez

- Todos se enamoran de Isis

Azul Kikey Castelli Olvera

- Metal de buena ley

Carlos Augusto de León Mejía

- Uno entre muchos...
- Un muerto caminando
- Réquiem por un hombre sólo

Carlos Rueda Pérez

- *El paletas*
- Reportero de policía por accidente

Chantal Johani Vargas Cerón

Chuchita Méndez: Curandera y partera por vocación

Christian Cedillo Labastida

“Voceadora hasta que me muera”

Dulces Mexicanos

Dulce María Alamilla Uribe

¿Profesión? Convivir con la muerte

En cera hasta la inmortalidad

¡Pague con *cacharpita*, por favor!

Estephanye M. Reyes Aguinaga

- El paso a Gringolandia
- “No estoy ciego, soy débil visual”
- “... y al final del túnel, llegó la luz”

Harumi Yoshikai

- Policía Montado
- “Mi vida es el teatro”

Hugo Enrique Cruz Tapia

- La vida no espera
- Un tren cargado de historias

Irene Cedillo Ocampo

- √ ¿Y quién es Socorro Rojas?

Israel García Trejo

- *Por ti yo dejé de pensar en el mar...*
- Me llaman *El Zorro*; soy *padrote*

José Manuel Romero Carranza

- Derribando Estigmas
- Incansable lucha por la vida
- Embelleciendo la muerte

Luz Olivia Badillo Badillo

El Reclusorio Sur visto desde adentro

Luz María Hernández Carballo

El Jul: una semilla olvidada

Ma. Haydeé Rivera Gómez

La fotografía es ingrata: Gustavo Graf

Mario Ortiz Murillo

¿Quieren una chava guapa? Estoy en el directorio
José Trinidad, adicto al juego.

Moisés Medina Emiliano

Carencias Benditas
Aquí: Quesos Zamudio

Pablo E. Turvein Molina

Maniquí Humano
“Mis hijas de avergüenzan de mí”

Ricardo Luna Barrales

La vida en un clic
Barrendero
Mati: una mil usos en la ciudad encerando coches”